

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
CARRERA DE PSICOLOGIA

ESTUDIO DEL CONCEPTO DE SUBLIMACIÓN EN LA OBRA DE SIGMUND FREUD.

Memoria para optar al título de Psicólogo.

Autores:

Alexis Osvaldo Cortés Montecinos.

María Gabriela Saldías Barrera.

Profesor patrocinante: Hugo Rojas Olea

Enero, 2004

I. INTRODUCCIÓN . .	1
II. ASPECTOS BÁSICOS DE LA INVESTIGACIÓN . .	5
2.1 OBJETIVOS .	5
Objetivo general . .	5
Objetivos específicos .	5
2.2 METODOLOGÍA . .	6
III. MARCO TEÓRICO .	9
3.1 PARA CONTEXTUALIZAR LA SUBLIMACIÓN .	9
3.2 LA PULSIÓN .	11
Pulsiones parciales de la sexualidad .	13
Fuente, objeto y meta de la pulsión sexual . .	14
La sexualidad normal, la sexualidad perversa y la sexualidad infantil .	14
El período de latencia sexual y las manifestaciones contrarias a la sexualidad infantil . .	16
Primer dualismo pulsional: Pulsiones del yo y pulsiones sexuales .	17
Segundo dualismo pulsional: Pulsiones de vida y de muerte .	18
3.3 LA REPRESIÓN . .	20
3.4 EL CONCEPTO DE NARCISISMO .	22
El Ideal del yo . .	24
La noción de apuntalamiento . .	26
Las dos clases de energía psíquica: libido e interés del yo .	27
3.5 LA SEGUNDA TÓPICA .	29
IV. ANÁLISIS DEL CONCEPTO DE SUBLIMACIÓN .	33
4.1 PRIMER PERÍODO: 1900-1909 . .	33
LA SUBLIMACIÓN COMO CAMBIO DE META DE LA PULSIÓN SEXUAL HACIA UN FIN NO SEXUAL . .	33
LA LLAMADA SEXUALIDAD PERVERSA COMO TRIBUTARIA DE LA SUBLIMACIÓN .	38

REPRESIÓN Y SUBLIMACIÓN: . .	42
4.2 SEGUNDO PERÍODO: 1910-1919 . .	50
LA SUBLIMACIÓN COMO DESTINO PULSIONAL . .	50
NARCISISMO Y SUBLIMACIÓN .	56
CREACIÓN ARTÍSTICA Y SUBLIMACIÓN .	63
4.3 TERCER PERÍODO: 1920-1938 .	66
EL YO COMO INSTANCIA MEDIADORA PARA LA SUBLIMACIÓN . .	66
LA SUBLIMACIÓN PARA CON EL NUEVO DUALISMO DE LAS PULSIONES .	76
V. CONCLUSIÓN Y DISCUSIONES .	83
VI. BIBLIOGRAFÍA .	91
Bibliografía de Sigmund Freud ⁵³ : .	91
Bibliografía de otros autores: .	93

⁵³ El primer año del paréntesis corresponde al del escrito original, el segundo al de la edición utilizada.

I. INTRODUCCIÓN

El presente estudio corresponde a una investigación bibliográfica del concepto de sublimación en la obra de Sigmund Freud, que pretende dar cuenta del lugar de ella dentro del desarrollo teórico propuesto por el autor. Para este efecto, surge como una necesidad realizar un intento de descripción del mecanismo que subyace al proceso sublimatorio, mostrando cuál ha de ser el operar de la sublimación al interior del aparato psíquico.

La sublimación se encuentra presente en el Psicoanálisis desde sus inicios, apareciendo tempranamente en la obra de Freud, observándose indicios de ella en su temprana correspondencia con Fliess¹ y un primer alcance en “Psicopatología de la vida cotidiana” (1901). Pero lo que llama la atención de estas primeras aproximaciones es que se instala la idea de lo sublimado como ya afín a la exposición psicoanalítica, sin detenerse a explicar cómo llega el concepto a la obra, aunque se puedan hacer alcances a su significado desde el proceso físico y la concepción filosófica de lo sublime. A pesar de esto, en contraste a la carencia de un cimiento sólido para la sublimación desde el comienzo y a la poca significancia que cobra en los primeros escritos, surge como un hecho de interés el que no se diluya con el transcurrir del desarrollo del pensamiento freudiano. La sublimación no desaparece ni su análisis termina en estas primeras alusiones, sino que al contrario sigue evolucionando y haciéndose más importante a medida que se consolida la metapsicología e incluso más aún, se observa una insistencia y una necesidad de dar coherencia al concepto a medida que se suceden nuevos

¹ Nos referimos a la carta N° 61, fechada el 2 de mayo de 1897. (Freud, 1895-97)

hallazgos.

Sin embargo, en este recorrido y frente a los nuevos descubrimientos al interior de la teoría, la sublimación no sigue un hilo continuo, en muchas ocasiones tornándose difícil de sostener como propuesta por su alcance y similitud con otros mecanismos que no justificarían su existencia como entidad independiente. Pese a estas falencias, debemos suponer que algo hay en este fenómeno que provoca que Freud jamás desista de su inclusión en la teoría, ligándolo en reiteradas ocasiones a la idea de aquella energía sexual que ha de sufrir una transformación y se pone al servicio de la obra cultural. Pero la carencia teórica está precisamente en que no se puede sostener este concepto en base a una manifestación a posteriori o en base a lo que se visualiza como producto, siendo en última instancia, necesario lograr establecer una metapsicología para la sublimación, aquella promesa incumplida por parte de Freud de los textos de 1915, nombrándola como uno de los destinos posibles de la pulsión².

Sobrepasando la sensación de esta aparente carencia, hipotetizamos que en el propio texto freudiano se encuentran los elementos que permitirían llegar a establecer esta ansiada metapsicología para la sublimación. De esta forma, esta memoria pretende sentar algunos pilares que permitan un avance en este sentido, poniendo en movimiento los conceptos en torno a ella, en especial aquellos que corresponden a la teoría de la libido. Es necesario destacar el sello de la sublimación mostrando cuál es su particularidad en el terreno de lo psíquico con respecto a otros fenómenos, pues pensamos que la obra de Freud entrega las luces necesarias para sostener que la sublimación no corresponde a un mecanismo de defensa como lo han señalado autores posteriores.

Para este efecto, se hará una división del texto freudiano en tres momentos distintos, donde la sublimación va cobrando nuevo significado e importancia, a la vez que se mantiene como una pieza fundamental del desarrollo teórico. De este modo, aunque la separación sea algo artificial, podemos distinguir cronológicamente tres momentos marcados por la adición de nuevos hallazgos, que serán fundamentales en la nutrición del concepto y en lograr una comprensión de la real dimensión que éste cobra para la obra freudiana.

Encontramos un primer momento histórico entre 1895 y 1909, donde los textos primordiales para la temática serán “Tres ensayos de teoría sexual” (1905b), “La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna” (1908) y la presentación de algunos importantes casos clínicos como lo son Dora, Juanito y El Hombre de las Ratas. Es en este período, cuando el eje central del desarrollo teórico gira en torno al conflicto entre las pulsiones del yo y las pulsiones sexuales, y donde el concepto de sublimación se ve en ocasiones muy oscuro por la dificultad para poder discernir si el proceso es parte de la labor represiva o corresponde a un otro distinto de ésta. En este tiempo y contexto la sublimación muchas veces se confunde con el mecanismo de la formación reactiva. La concepción de la sublimación con énfasis en el cambio de meta o fin de la pulsión con el resultado de un

² Se dice que un escrito sobre la sublimación pudo formar parte de una serie de textos perdidos de Freud, tendientes a formar parte de un libro destinado a exponer los fundamentos teóricos del Psicoanálisis. Una referencia sobre esto se encuentra en una nota al pie al inicio del texto “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915).

producto de valoración social, se prestará a esta confusión; efectivamente en la formación reactiva podría considerarse que hay un desvío de la pulsión respecto de su meta, por lo que surge la necesidad de discernir qué se considerará realmente por un cambio de fin de la pulsión. En este mismo ámbito, Freud agrega a la etapa de latencia como un momento clave para que se pueda consumir la actividad sublimatoria proponiendo la idea de que incluso las fuerzas contrarias a la pulsión que surgen durante este período hayan surgido por una forma especial de sublimación. Por otro lado, y como un hecho de especial interés aparece el énfasis ya puesto en el rol fundamental de las pulsiones parciales de la sexualidad (la sexualidad perversa) como germen de la actividad sublimatoria.

Un segundo momento entre 1910 y 1919, se anuncia con la aparición del texto donde Freud probablemente dio mayor dedicación al tema, "Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci" (1910a), llegando a la cúspide con la "Introducción del Narcisismo" (1914) y los textos de Metapsicología de 1915. Es en esta época, cuando se podrá hacer una delimitación más clara de los procesos de la represión y la sublimación como actividades independientes, como dos destinos diferentes que podría sufrir la pulsión sexual en el curso del desarrollo; es más, dice Freud (1914), la represión vendría a ser un obstáculo para la posibilidad de sublimar. Pero esta distinción será posible dentro de la lógica del nuevo sistema dilucidado por Freud, el sistema narcisista y la noción de Ideal del yo, siendo esencial el examen de la distinción entre dos procesos que se señalarán como totalmente diversos, la idealización y la sublimación.

En el tercer momento histórico que podemos identificar como comprendido entre 1920 y 1938, Freud, sin renunciar a la sublimación, deberá reubicarla en medio de la nueva dinámica del conflicto psíquico propuesta entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte, discerniendo al servicio de qué clase de pulsión se encuentra la actividad sublimatoria. Asimismo, dilucidar cómo acontece el proceso en el contexto de la segunda tópica (Ello, Yo y Superyó), surgiendo como de especial interés el papel que ocupará el Yo en esta labor.

Por otra parte, como se mencionó anteriormente, más allá de la de la comprensión de cómo acontece el proceso en el aparato psíquico, Freud distinguirá como definitorio su relación con el logro cultural, por lo que aparece como fundamental hacer un alcance hacia qué actividades del hombre y por qué podrían ser consideradas como sublimadas en determinados momentos de la obra.

Para sintetizar señalamos que el aporte teórico que esta memoria pretende entregar es una colaboración para llegar a una comprensión cabal del fenómeno sublimatorio dentro del psicoanálisis freudiano, constituyéndose como un sustento a la teoría de la pulsión. Pensamos que una relectura de las bases del pensamiento de Freud posibilitará pensar posteriormente la sublimación desde otras perspectivas teóricas dentro de la teoría psicoanalítica. En este sentido, este estudio pretende desmitificar ciertas significaciones dadas a esta actividad, incluso desde el propio sentido común. Creemos además, que lograr establecer en primer término el mecanismo psíquico de la sublimación permitirá seguir profundizando a través de futuras investigaciones que permitan discernir por ejemplo, el lugar de la sublimación en la clínica como también quiénes se encuentran más proclives a sublimar y por qué.

II. ASPECTOS BÁSICOS DE LA INVESTIGACIÓN

2.1 OBJETIVOS

Objetivo general

Analizar el concepto de sublimación en la obra de S. Freud, desde un recorrido descriptivo e interpretativo teórico.

Se pretende visualizar en qué pilares de la teoría se sustenta el concepto, demarcando sus peculiaridades y su campo de acción, a modo de comprender por qué, pese a lo confuso que resulta en ocasiones, Freud no vacila en mantenerlo; y por lo tanto, cuál ha de ser su importancia para la teoría psicoanalítica. En último término, la labor de este trabajo está dirigida a dar respuesta a la pregunta, qué es la sublimación.

Objetivos específicos

- Visualizar el desarrollo del concepto de sublimación dentro de la teoría de la libido.

En este sentido se pretende en primer lugar, rescatar y profundizar en la idea de las pulsiones parciales de la sexualidad como tributarias del proceso sublimatorio, señalando las condiciones que las llevarían a tal desenlace. Por otra parte, examinar la sublimación frente al primer dualismo pulsional y el conflicto psíquico entre el yo y la sexualidad, dilucidando los nuevos hallazgos que se sobrevienen con la incorporación del narcisismo y el Ideal del yo. Finalmente, situarla en el contexto del conflicto entre pulsiones de vida y de muerte, como también su expresión dentro de la segunda tópica.

- Establecer la relación entre represión y sublimación.

Determinando si la sublimación se enmarca dentro del contexto de la represión o corresponde a una actividad ajena a los límites de ésta. En este sentido, diferenciar la característica propia de la sublimación frente a un síntoma o un mecanismo de defensa, a través de la delimitación entre sublimación y formación reactiva, y sublimación e idealización. Además, en este intento de delimitación con la represión, se abordará el concepto de sublimación como destino pulsional, y el énfasis por lo tanto, en un cambio de fin o meta de la pulsión.

- Examinar la relación entre sublimación y cultura.

Estableciendo cuáles son efectivamente los aportes de la sublimación al proceso cultural, lo que convoca a reflexionar qué manifestaciones humanas pueden ser consideradas sublimadas.

2.2 METODOLOGÍA

Esta investigación corresponde a un estudio monográfico de carácter teórico, en torno a un concepto de la teoría psicoanalítica: la sublimación. La que será trabajada en específico dentro de la obra de Sigmund Freud, donde siguiendo una perspectiva histórica se pretende dar cuenta del significado del concepto y de la relación con otros que se van agregando a medida del transcurrir del pensamiento freudiano.

Para estos efectos, se realizó una revisión bibliográfica principalmente de fuentes primarias, puesto que la carencia de estudios al respecto obliga a tomar este camino. Estas fuentes corresponden a textos del autor que hablan de la sublimación, como también de otros escritos suyos, que aparecen como necesarios para dar cuenta de este fenómeno y de los hallazgos que se van sucediendo, influyendo en la caracterización de la actividad sublimatoria. El examen de las fuentes primarias se efectuó principalmente, en base a las Obras Completas de S. Freud de la Editorial Amorrortu con traducción directa del alemán de J. Etcheverry, por ser esta versión la que actualmente tiene una mayor aceptación en nuestro país, pero en ocasiones también se recurrió a la versión traducida por López-Ballesteros para evaluar la consistencia de ciertos términos.

Además, se hizo una indagación en torno a fuentes secundarias, correspondientes a investigaciones hechas por otros autores acerca del tema. Sin embargo, encontramos que el único estudio que se encuadra dentro de los límites del nuestro, es decir, un análisis del concepto dentro de la propia obra de Freud, es el texto de Laplanche (2002) *La sublimación* en el marco de sus "Problemáticas". El resto de los escritos, incluyendo tesis o memorias de ésta u otras universidades del país, se acercan al concepto a través de estudios relacionados con Psicología y arte o Psicoanálisis y arte, pero no al concepto de sublimación en concreto. Asimismo, en la Web se encuentran más que nada artículos con respecto a los temas referidos o bien con un enfoque mayoritariamente desde la perspectiva lacaniana, lo que se aleja de los objetivos de esta investigación.

A modo de estructurar este trabajo, y dado que la sublimación se encuadra dentro de la teoría de la pulsión, se realizó una separación cronológica en tres períodos, donde se introducen nuevos hallazgos en torno a ella, que posibilitan ir repensando las características de la actividad sublimatoria. Además, por decisión metodológica, se procedió a la elaboración de un marco teórico conceptual que permitiese situar a la sublimación sin tener que extenderse en una descripción de ciertos tópicos, cuando se les relacionase con la sublimación en alguno de los apartados.

III. MARCO TEÓRICO

En primer término se hará un breve recorrido dentro de la teoría freudiana que permita un acercamiento a la idea de sexualidad propuesta por el autor, a fin de que el lector no familiarizado con el Psicoanálisis comprenda dónde se enmarca este estudio. Posteriormente, se hará una revisión breve de varios conceptos, en especial con relación a la teoría de la libido, que serán fundamentales para poder situar y comprender la sublimación dentro de la obra. Para terminar, se hará también un pequeño alcance sobre la segunda tópica, que permita el posterior análisis de la sublimación en el tercer período.

3.1 PARA CONTEXTUALIZAR LA SUBLIMACIÓN

Tras los intentos de comprender los mecanismos de las neurosis de defensa ³, a finales del siglo XIX, Freud se ve llevado a interesarse por la sexualidad, intentando apropiarse de ella mediante un modelo fisiológico, atendiendo a disfunciones y sus efectos patológicos. Si bien, se instala en el esquema mecánico de tensión y descarga para con la sexualidad, explicando mejor la fisiología de los órganos o vísceras, transita desde ésta formulación a la distinción mente-cuerpo y a sostener una “representación psíquica” ligada a procesos somáticos. (Bercherie, 1988).

³ Histeria y neurosis obsesiva.

Lo que se nos presenta entonces, es a grandes rasgos, una sexualidad mirada bajo el espectro de la fisiología, en la lógica del arco reflejo donde es tributaria de excitación. De hecho, Freud acuña la expresión “neuropsicosis” aportada por Krafft-Ebing, en las cuales el trastorno funcional somático, puede tener manifestaciones nerviosas reflejas en todos los niveles del sistema nervioso, incluso a un nivel psíquico, evidenciando que se está moviendo bajo el dogma de la reflexología. En efecto, constatamos que Freud profesará un anhelo, donde su investigación en último término, encuentre consonancia o allane el camino a la biología, en específico la endocrinología. Es el oscuro terreno que posteriormente también limitará con la teoría de las pulsiones, en particular, el tema de la fuente pulsional.

Alrededor de 1895, tras lo insuficiente del modelo anterior para responder las razones de la defensa patógena y la elección de neurosis, profundiza en el plano de los contenidos psíquicos reprimidos, los que son constatados por él en los casos de histeria, cuya característica se visualiza como una desproporción entre causa y efecto. Los esfuerzos de Freud decantaron en la observación de que los histéricos habían estado sujetos a una experiencia pasiva sexual precoz, lo que en este momento constituirá para él la verdadera determinante etiológica de la histeria. Esta escena hubo de producirse en la primera infancia que en aquél tiempo no ha de ser para el sujeto una experiencia sexual, y menos traumática, lo cierto, es que ésta se enquistará en el inconciente y tomará fuerza en la pubertad, una vez que él pueda representarse la sexualidad.

Entonces, ya es posible visualizar, en cuanto a la sexualidad la idea de una representación sexual y de la sexualidad bifásica (en dos tiempos), propia de la especie. Al mismo tiempo, ante la observación y análisis de los mecanismos de las neurosis obsesivas, se postula un modelo más complejo de fases de formación de defensa (Freud, 1896), donde una primera fase en el desarrollo del individuo es descrita como de inmoralidad infantil. Detengámonos en este aspecto, ya aquí inscribe la sexualidad infantil en un ejercicio de nutrir los supuestos del Psicoanálisis y a la vez anticipar lo descrito en sus “Tres ensayos de teoría sexual” (1905b) acerca de la misma. Si bien, aún esta concepción no toma fuerza, el modelo de seducción se derrumba, y más tarde la profundización sobre la sexualidad infantil permite la intuición del Edipo. La observancia de los componentes parciales no genitales, orales y anales disponen de nuevos materiales relevando el modelo de seducción hacia las bases que aportarían el pensamiento teórico metapsicológico.

Con el trabajo de *Tres ensayos de teoría sexual (1905b)*, se emplaza aquí una teoría acerca del origen y evolución de la sexualidad. En una primera instancia, el concepto de sexualidad infantil nos parece una novedad, pero si agudizamos la lectura esta novedad es relativa⁴, la relevancia recae en la relación de la sexualidad infantil con la del adulto. Estos ensayos nos entregan, un concepto de sexualidad ampliada en oposición y tras el empeño de destruir una concepción de sexualidad de carácter biologicista e idealista, correspondiente también a la idea del sentido común. De este modo, Freud amplía el concepto de sexualidad tradicional, limitado a la actividad del coito, incluyendo otras manifestaciones de la vida sexual humana como son las perversiones y la sexualidad

⁴ Consideremos las apreciaciones por parte de Freud ante las neuropsicosis de defensa.

infantil, desde la cual posteriormente, tras un tortuoso camino se desarrollará la llamada sexualidad normal.

Freud apuesta desde una epistemología de carácter dinámico, su observación está atenta a fuerzas en pugna que condicionan algún fenómeno psíquico; regresión y evolución también adquieren sentido tras el concepto de dinámica. Entonces la sexualidad no aparece estática y es a lo que invita Freud, a la sensatez de deconstruir ese espejismo de saber. Es en este reparo que la noción de sexualidad alcanza vuelcos y resistencias como objeto de estudio; la sublimación no escapará a este reparo, pero debemos tener en cuenta que a medida que el saber se institucionaliza y se torna inamovible, la distancia hacia la comprensión de la sublimación se acrecienta.

La esencia de la sexualidad se encuentra en la pulsión, que empujará irremediabilmente hacia la satisfacción. La idea freudiana propone que en última instancia, toda manifestación del individuo encuentra raigambre en lo sexual, desde lo más bajo del ser humano hasta la más alta de sus obras tuvo su raíz en la fuerza de la pulsión sexual, pues todo conflicto psíquico gira en torno a ella y, por lo tanto, es también el motor de la vida del sujeto. La sublimación, en tanto actividad humana, también ha de pertenecer a este ámbito, por lo que tampoco nos es posible desconocer su origen último; lo interesante será entonces, descubrir cómo pudo llegar a una manifestación tan distinta de la originaria.

3.2 LA PULSIÓN

Se analizará brevemente el concepto de pulsión y otros conceptos relacionados a ella, dado que es desde la “teoría de la pulsión” de donde Freud anudará al resto de la teoría el concepto de sublimación, poniéndola como uno de los destinos posibles que ha de sufrir la pulsión sexual en el curso del desarrollo individual⁵. Así, en 1923 llegará a nombrarla como el más importante de los destinos de la pulsión sexual, siendo las pulsiones parciales de la sexualidad las que se comportarán como el germen de la actividad sublimatoria.

La pulsión {trieb} es uno de los conceptos “pilares” instalados por el Psicoanálisis, con objeto de dar cuenta de la vida anímica. Al igual que otras ciencias, se buscará apoyo en descripciones sustentadas por la observación y la intuición, permitiendo la aparición de un constructo, en este caso la pulsión, que posibilitará la comprensión y la conquista de ciertos fenómenos clínicos. Sin embargo, en numerosas ocasiones desde el inicio hasta el final de la obra, se hace alusión a la falta de un conocimiento cabal de la naturaleza de las pulsiones, esperando una respuesta de otras ciencias, en especial de la biología, que permitiesen una mayor comprensión de los fenómenos psíquicos. Freud, durante su obra siempre afirmó lo insatisfactorio de su progreso en cuanto a la elaboración teórica de las pulsiones, es así, que en la fase última del desarrollo de su

⁵ Freud, se refiere a cuatro destinos de la pulsión, los otros destinos que se señalan corresponden a la transformación en lo contrario, la vuelta hacia la persona propia y la represión.

teoría, las considera como "(...) seres míticos, grandiosas en su indeterminación" (Freud, 1933, p. 88), cuya descripción representa una mitología para el Psicoanálisis.

En este contexto, se ha invocado al concepto de pulsión con imprecisiones, pero lo indispensable de su presencia, radica en que permite llenar de contenido el campo de lo inconciente. Por ello, para el desarrollo del Psicoanálisis el concepto de pulsión, aparece como directriz en distintas fases de la producción teórica, reconociendo virajes para su expresión, que dan cuenta de un concepto que se va precisando, pero debido a su naturaleza biológica el concepto se aleja, de hecho, sólo es pesquisable para la psicología, por un derivado de ellas, un registro cuantitativo de excitación, de demanda para el aparato psíquico. Así lo expresa Freud en su texto de 1915, *Pulsiones y destinos de pulsión*:

(...) la "pulsión" nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante {Repräsentant} psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan al alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal. (p. 117)

La pulsión es, por lo tanto, la fuerza que mueve al aparato psíquico a trabajar, caracterizándose por no proceder del exterior sino que actúa desde el interior del organismo⁶. De este modo, puede ser considerada como *necesidad*, correspondiendo su supresión al estado de *satisfacción*. Esta procedencia interna hace que su fuga sea ineficaz, demandando siempre la satisfacción o descarga.

Sin embargo, Freud (1915a) si bien asegura que el Psicoanálisis no podría prescindir de la pulsión como constructo teórico para sus especulaciones, lo ve todavía como algo oscuro, como algo que no es posible aprehender en su totalidad, cuya respuesta última estaría en el lugar de la biología. Es desde este terreno que Freud hará converger dos principios biológicos: el primero es el "principio de inercia", que responde a que el organismo apuntaría a prescindir de estímulos, a mantener lo más baja posible la excitación o al menos constante, esto significa que la pulsión demanda un trabajo mayor para un sistema nervioso que modifica el exterior con el fin de doblegar la demanda del interior; en tanto, el segundo principio aludido, corresponde al "principio del placer", donde el incremento de estímulo por parte del organismo es vivenciado como displacer, entonces el placer va en dirección del descenso de la excitación. Estos dos principios tomarán renovadas fuerzas para uno de los virajes teóricos de la pulsión, que corresponde al conflicto entre la pulsión de vida y pulsión de muerte.

Con lo expuesto, se infiere que la pulsión es un concepto económico, que se va precisando a través de los montos de excitación y que su observación nos está excluida. Se habla en vistas de esto de "representante" de la pulsión, precisión que traza Freud en otro escrito de 1915⁷, señalando que una pulsión nunca puede pasar a ser objeto de la conciencia, sólo puede serlo la representación que es su representante. Ahora bien, tampoco en el interior de lo inconciente puede estar representada si no es por la

⁶ Lo que la diferenciaría de un estímulo cualquiera.

⁷ Nos referimos al texto sobre *La represión*.

representación. (Freud, 1915b). Entonces, reconocemos dos agentes de la pulsión, arrojados por los descubrimientos de la etiología de la neurosis: un carácter cuantitativo (monto de excitación) y un registro no material cualitativo. Situación que se sostiene para un primer momento, en que Freud reduce el conflicto en el par pulsiones de autoconservación o del yo y pulsiones sexuales; visión que por el contrario, será rechazada con su hipótesis (de raíz biológica) de un dualismo entre pulsión de vida y pulsión de muerte.

La pulsión, debemos pensarla en conclusión como la raíz, el fundamento del Psicoanálisis. Es desde este concepto, donde se llegará a discernir toda manifestación humana, en última instancia, la vida. Para esto debemos tener en cuenta la noción del conflicto psíquico como motor de la actividad del hombre, el que aparece expresado en los dos dualismos postulados. Sin embargo, dada la limitante última para poder aprehender netamente la pulsión debido a su origen biológico, queda también la interrogante abierta frente a muchas de las manifestaciones de la conducta humana, como se observa en el caso de la sublimación.

Pulsiones parciales de la sexualidad

La noción de *pulsión parcial* de la sexualidad, aparece por primera vez citada en *Tres ensayos de teoría Sexual (1905b)*⁸, debiendo tener en claro que el desarrollo sobre ellas en este escrito se basa ampliamente en la revisión hecha en 1915 tras lo planteado en el texto *Pulsiones y destinos de pulsión*.

La pulsión sexual es un todo complejo que está compuesto por numerosas pulsiones parciales de la sexualidad, las que al unirse forman las llamadas organizaciones sexuales⁹. (Freud, 1922). Es característico de las pulsiones parciales de la sexualidad el buscar la obtención de placer cada cual por separado en una determinada *zona erógena*¹⁰, es decir, en "(...) un sector de piel o de mucosa en el que estimulaciones de cierta clase provocan una sensación placentera de determinada cualidad." (Freud, 1905b, p. 166)

Este comportamiento anárquico de las pulsiones es típico de la sexualidad durante la niñez, esperando que se logre una cierta síntesis de ellas en el curso del desarrollo. Pero no todas las pulsiones participan en este feliz desenlace, sino que parte de ellas pueden fijarse en momentos previos del desarrollo, poniendo fin a su movilidad, favoreciendo la patología, ya sea en el ámbito de la perversión o de la neurosis. También podría ocurrir que otra parte de ellas busque la satisfacción a través de nuevas metas favorables al individuo y la cultura, como podría ser el caso de la sublimación.

Las pulsiones parciales por lo general, se presentan en pares de opuestos, un correspondiente activo y pasivo, siendo fundamental el tener en cuenta que no son

⁸ Ver nota al pie N° 46 de ese texto.

⁹ Estas organizaciones corresponderían al desarrollo la libido oral, sádico-anal y finalmente la primacía genital.

¹⁰ Al parecer, señala Strachey, la frase *zona erógena*, aparece por primera vez publicada en los *Tres ensayos de teoría sexual*, ver nota al pie 48. (Freud, 1905a)

primarias, sino que pueden ser descompuestas en componentes aún más elementales. Esta acotación tiene especial importancia ya que será posible observar entonces que en el caso de una misma pulsión, pudiese ocurrir que uno de sus componentes elementales no sufra el destino de la represión o que distintos componentes sufran destinos diversos.

Fuente, objeto y meta de la pulsión sexual

Cada pulsión parcial de la sexualidad se encuentra caracterizada por su *fuerza*, desde la cual nace su estímulo. Las fuentes de las pulsiones, son por lo tanto, ciertos procesos que ocurren al interior de un órgano corporal, especialmente en las llamadas *zonas erógenas*, aunque debemos admitir que todo el cuerpo es potencialmente erógeno. Freud (1915a) admite que el estudio de la fuente de la pulsión es dominio de la biología, cifrando esperanzas en que ésta a través de un mayor estudio podrá colaborar en la explicación de los fenómenos anímicos. Con este sostén de lo psíquico en lo biológico, podemos ver que Freud aleja la dualidad cuerpo-mente propia de los postulados occidentales acerca del hombre y además, alude a una concepción determinista, será la biología la que permitirá dar la explicación última de toda manifestación psíquica.

“El *objeto* {*Objekt*} de la pulsión es aquello en o por lo cual puede alcanzar su meta.” (Freud, 1915a, p. 118). Es lo más variable de la pulsión, pudiendo incluso orientarse hacia la propia persona ¹¹. Freud (1905b) en *Tres ensayos de teoría sexual*, señala que entre la pulsión sexual y el objeto sexual sólo hay una soldadura, es decir, la pulsión no necesariamente estaría predestinada a encontrar satisfacción en cierto objeto, sino que en un comienzo sería independiente de éste.

El *fin* o *meta* última de toda pulsión es siempre la satisfacción o descarga, a través de la supresión del estado de excitación de la fuente. (Freud, 1915a) Así, se llega a la conclusión de que en el caso de la pulsión sexual, una vez que se ha producido la síntesis genital, se constituye el orgasmo sexual como la posibilidad completa de satisfacción. Sin embargo, ya tomamos conocimiento de que no todas las pulsiones participan de esta síntesis, quedando algunas por ejemplo al arbitrio de la represión u otro proceso, las que de todas formas estarán en consonancia con el fin último, buscando nuevos caminos que conduzcan a esa satisfacción. Uno de los cuales, es el de la sublimación, como veremos en el desarrollo de esta exposición, aunque no sea el originario podría lograr una satisfacción casi intacta.

La sexualidad normal, la sexualidad perversa y la sexualidad infantil

Resultaría equivocado a la luz del psicoanálisis, el refugiarse en un concepto de sexualidad normal y permitirse desde esta posición, una lectura de la sexualidad. Sin embargo, existe la representación de una *sexualidad normal*, pero lo interesante es que no se habla desde ella, ni se condiciona el desarrollo del ser humano en este ámbito a una linealidad fija, en el sentido que toda la manifestación sexual del ser humano se agote en una sexualidad de esta índole.

¹¹ Estado de la libido que se reconocerá como narcisismo.

En *Tres ensayos de teoría sexual (1905b)* en el intento de hacer comprensibles ciertas manifestaciones ajenas a la concepción del sentido común sobre la sexualidad, Freud desglosa ciertos términos desde la pulsión sexual: el objeto sexual y el fin o meta sexual, "(...) llamamos *objeto sexual* a la persona de la que parte la atracción sexual, y *meta sexual* a la acción hacia la cual esfuerza la pulsión." (Freud, 1905b, p. 123) Aquí, es posible discernir como la "meta normal de la sexualidad" la unión de los genitales en el acto del coito y como el "objeto sexual normal" para este fin o meta una persona del sexo opuesto, estableciéndose de esta forma los límites de la llamada sexualidad normal. La manera de cómo la expresión de meta normal se liga al coito, responde al dato real de un estado en que no se puede añadir una nueva meta diferente y se ha alcanzado una primacía visible dada por lo genital; es más, la meta de esta fase que es el coito se ha traducido en la posibilidad de procreación de la especie.

De esta forma, la expresión de sexualidad normal halla un lugar desde una lectura de consecución de un estado terminal de desarrollo y cuya tendencia es la de someter a las originarias pulsiones parciales a la consecución del coito, tras la madurez del aparato genital. Por esta razón, es la sexualidad adulta la que se erige como una sexualidad normal.

Resulta así, que una vez hecho este análisis estableciéndose el objeto y meta de la sexualidad normal, se considerará en vistas de lo anterior, como *sexualidad perversa* toda aquella manifestación donde haya una desviación con respecto a esta meta u objeto.

La historia misma de la pulsión sexual sobre el individuo, ha inscrito la perversión, señalando hitos en el cuerpo para éxito de lo sexual. Remontándonos a los orígenes de la sexualidad, es decir, a la infancia del sujeto, tendremos que la *sexualidad infantil* se caracterizaría precisamente por esta constitución perversa, sin dirección, una organización laxa, donde las distintas pulsiones parciales conviven, aunque siendo pesquizable la primacía de algunas, ninguna es súbdita ni somete a otra, "En suma la sexualidad perversa no es otra cosa que la sexualidad infantil aumentada y descompuesta en sus mociones singulares." (Freud, 1917, p. 284)

Los planteamientos arrojados en los Tres ensayos, consideran un curso evolutivo o un desarrollo de la sexualidad, que permite el registro de manifestaciones singulares predominantes en ciertos momentos, a través del despliegue de las llamadas pulsiones parciales de la sexualidad y su predominancia, por lo que se van a distinguir ciertas temporalidades expresadas en fases del desarrollo de la libido. Estas pulsiones parciales, responden a las múltiples zonas del cuerpo que afectan con excitación o tensión, que con la actividad de ciertas funciones asociadas a estos órganos aseguran la satisfacción, así, tenemos que la sexualidad infantil se agota en la satisfacción de una zona erógena, calificándose al niño de "perverso polimorfo". Freud (1905b) señala que lo más llamativo de la práctica sexual infantil, es el hecho de que la pulsión no se dirija a otra persona, sino que se satisface en el propio cuerpo, estadio de la libido designado como *autoerotismo*.

Esta sexualidad infantil se vería aplacada durante el curso del desarrollo mediante la represión y otros mecanismos, generando la llamada sexualidad normal. De modo, que la

observación de manifestaciones originarias y con carácter de satisfacción sexual quedan proscritas al lugar de aberraciones.

Pero lo relevante, es que Freud (1905b) ha logrado establecer los nexos de esta sexualidad perversa de la infancia con la sexualidad adulta “normal”, desechando la idea de una sexualidad normal con carácter estático. Nos dirá:

Reconocimos entonces que las inclinaciones perversas están muy difundidas; y dado ese hecho, se nos impuso este punto de vista: la disposición a las perversiones es la disposición originaria y universal de la pulsión sexual de los seres humanos, y partir de ella, a consecuencia de alteraciones orgánicas e inhibiciones psíquicas se desarrollan en el curso de la maduración la conducta sexual normal. (p. 212)

Por esto, no resulta concebir la asepsia de componentes infantiles en la sexualidad adulta y lo normal lo entenderemos en la medida en que el desarrollo se conciba sin obstáculos, pero la presencia de las pulsiones perversas de la época de la niñez han de sostener la tensión siempre para con la sexualidad adulta. Se establece entonces, que en toda sexualidad normal encontramos ciertos rasgos perversos, y que la distancia se estrecha entre ellas, por lo tanto, el sello patológico estará dado por un aspecto cuantitativo, por la proporción de estas actividades respecto a lo normal.

Esta fase última expresada en lo genital será tomada como parámetro de salud y liberación en el caso de W. Reich (1955) al exaltar la satisfacción en el orgasmo, obviando uno de los grandes logros de los “Tres ensayos de teoría sexual” para con la sexualidad, la instalación de la sexualidad adulta desde la sexualidad infantil.

Freud, sustentará la tesis de las enormes contribuciones de estas pulsiones parciales, de esta sexualidad perversa a la sublimación. En efecto, en la sexualidad adulta, como hemos dicho no existe el extrañamiento de las pulsiones parciales sino que quedan integradas al igual que las vías por la cual se sometieron, pero son aquellas vías las que en la mayoría casos condenan a una expresión patológica. En este contexto, aparece la sublimación como uno de los desenlaces anormales de la sexualidad, con el debido resultado útil de la derivación hacia otros fines de intensas pulsiones en juego. Esto nos permitiría pensar a través de la sublimación un cierto triunfo o un destello de la sexualidad infantil, en un tiempo en que lo infantil es anacrónico.

El período de latencia sexual y las manifestaciones contrarias a la sexualidad infantil

La noción de período de latencia sexual, como el mismo Freud lo señala en una nota al pie de *Tres ensayos de teoría sexual (1905b)*, fue tomada de Fliess.

Observando el desarrollo del niño, es posible determinar que la vida sexual infantil normalmente termina alrededor del quinto año de vida dando lugar a un período de latencia sexual. Durante esta época, se producen restricciones éticas frente a los fuertes impulsos del período edípico y contra las expresiones de la sexualidad perversa infantil en general. La presencia de este momento de la historia de la libido, da cuenta de un desarrollo no lineal ni continuo en el ser humano, sino interrumpido por este período de

latencia de la función sexual, el cual vendrá a demarcar las dos fases del desarrollo de la sexualidad; siendo un fenómeno privativo de la especie humana y el cual, al parecer, ha de ser el portador del contenido para la génesis de la neurosis. (Freud, 1922) De alguna manera, lo que acontece en este momento de la historia marcará la necesidad de la renuncia a la sexualidad desorganizada de la infancia y por lo tanto, el camino de la represión.

Además, Freud, al inclinarse por una disposición filogenética, echa por tierra la ilusión de que han sido los efectos de la educación en el niño los que han permitido el sometimiento de las fuerzas sexuales. Diversos factores han venido a sumarse para que se produzca esta aparente detención del desarrollo sexual, como lo son las desilusiones tras el complejo de Edipo y la incapacidad funcional del pequeño, pero el factor más importante ha de estar dado por la herencia (Freud, 1905b); existe una disposición en el individuo humano que lo llevará a desarrollar estas oposiciones a la fuerza de la pulsión sexual.

Así, la latencia se constituye como un período en el que se vienen a poner límites a la fuerza de la sexualidad perversa de la infancia a fin de permitir la emergencia de la sexualidad normal dentro de la cultura. Motivo por el cual, Freud señalará más tarde este momento de la vida como el de consolidación de la estructura Superyoica, heredera del Complejo de Edipo. Más aún, esta detención del desarrollo se encuentra al servicio de la cultura, la que se sustenta precisamente en esta renuncia a los componentes pulsionales. (Freud, 1917)

Pero veamos en qué consisten y cuáles son estos límites que han de imponerse a la pulsión sexual. Freud (1905b) al hablar de las inhibiciones sexuales nos revela que

Durante este período de latencia total o meramente parcial se edifican los poderes anímicos que más tarde se presentarán como inhibiciones en el camino de la pulsión sexual y angostarán su curso a la manera de unos diques (el asco, el sentimiento de vergüenza, los reclamos ideales en lo estético y en lo moral) (p. 161)

Estas manifestaciones opositoras, encontrarían su germen precisamente en esa sexualidad de la infancia, la misma energía de estas mociones infantiles será utilizada en otros fines. Es este cambio de fin de estas pulsiones sexuales lo que abre la discusión; pues haciendo la analogía con un proceso cultural descrito por los historiadores de la cultura, en cuanto a que la energía de las pulsiones sexuales desviada de sus metas originales podría servir al logro cultural, lo que refiere como sublimación, Freud (1905b) señala que un proceso similar ocurre en el desarrollo del individuo durante este período vital, catalogándola también como un tipo de sublimación. Sin embargo, habrá que tener en cuenta entonces, que si para Freud la esencia de la sublimación se arraiga en el cambio de fin o meta de la pulsión, será necesario discernir que se está entendiendo por tal, punto que será tratado con detención en el apartado sobre la sublimación y la formación reactiva.

Primer dualismo pulsional: Pulsiones del yo y pulsiones sexuales

El primer intento por delimitar cuáles son las pulsiones fundamentales (aquellas que no

admitirían una mayor descomposición) que se encuentran actuando sobre la vida psíquica, nace del estudio del conflicto psíquico producido en las llamadas neurosis de transferencia (histeria y neurosis obsesiva), el cual tendría su raíz en una disputa entre el yo¹² y la sexualidad. El yo a medida que se sucede el desarrollo, se da a la tarea de conquistar la pulsión sexual, con el fin de poder vivir en los límites de la cultura impuesta. En las neurosis de transferencia los impulsos sexuales reprimidos por el yo, intentarán encontrar gratificación a través de lo inconciente, generando los síntomas.

Freud distingue por primera vez claramente ambas clases de pulsiones en su texto sobre *La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis (1910b)*, dando además cuenta del conflicto entre ellas, a través de la demostración de cómo en este caso un órgano como el ojo, puede ver perturbada su funcionalidad por una situación correspondiente a la esfera sexual.

Es entonces bajo esta mirada, que se comienza con la oposición de las pulsiones sexuales a las pulsiones del yo o de autoconservación, ya que las *pulsiones yoicas* tienen por fin la autoconservación del individuo y serían las que tendrían asignada la función de la represión; por su parte las *pulsiones sexuales*, buscan la obtención de placer a toda costa. Oposición que Freud (1915a) considera una construcción auxiliar que mantendrá hasta que otra provea de una mejor explicación, asumiendo ya la posibilidad de que un mayor estudio de las llamadas “neurosis narcisistas” podría llevar a una reagrupación de las pulsiones primitivas.

Por lo tanto, este primer dualismo pulsional se verá conmovido con la introducción del narcisismo, ya que si se asume la hipótesis de un narcisismo primario en el individuo, o sea, si asumimos al yo como cargado de libido desde el inicio, habría que asumir entonces la posibilidad de que las pulsiones del yo o de autoconservación fuesen también de naturaleza libidinosa. Sin embargo, Freud (1914) se resiste a tal posibilidad, y la aparente cercanía a la idea de libido primordial de Jung es rechazada, otorgando la posibilidad de que además de las pulsiones de autoconservación del yo, que podrían ser asumidas como de naturaleza libidinosa, exista otra clase de pulsiones actuando en el yo. Finalmente, el debate se cerrará sosteniendo una argumentación biológica para la separación entre pulsiones del yo y pulsiones sexuales, pero la concepción de la relación entre el yo y la sexualidad planteada en “Pulsiones y destinos de pulsión” necesariamente anuncia la nueva separación. Como consecuencia esta concepción del dualismo pulsional se mantiene hasta 1920 cuando Freud plantea la segunda división entre pulsiones de vida y muerte.

Segundo dualismo pulsional: Pulsiones de vida y de muerte

Con apoyo en la biología se realiza la segunda división de las pulsiones, reflexionando en los procesos que constituyen la vida y que llevan a la muerte, relacionados con los procesos de construcción y de destrucción en el organismo, apareciendo como novedosa para la teoría la incorporación de unas pulsiones destinadas a la segunda labor, “Un grupo de estas pulsiones, que trabajan en el fundamento sin ruido, persiguen la meta de

¹² Tengamos en cuenta que esta distinción se traza con mucha anterioridad a la formulación de la segunda tópica.

conducir el ser vivo hasta la muerte, por lo cual merecerían el nombre de “*pulsiones de muerte*” (...)” (Freud, 1923a, p. 253). Aunque si bien operan de manera silenciosa, se manifestarían como tendencias agresivas.

Paralelo a esta reflexión biológica, Freud, centra su atención en un fenómeno expresado en la clínica y en la conducta de los niños, como es la compulsión de repetición. La fecha en que tienen lugar estas reflexiones es 1919 y se expresará en un texto capital para una metapsicología en fase de término, *Más allá del principio del placer* (1920). Si bien la concepción dualista dinámica de pulsiones no se reciente, en el plano económico se vendrá a confirmar el postulado de una tendencia a cero. Tras el descubrimiento de la compulsión de repetición, se va erigir una hipótesis que convence a Freud a no abandonar el arriesgado tránsito hacia el segundo dualismo, resultando de manifiesto a través de la compulsión de repetición “(...) la necesidad de restablecer un estado anterior.” (Freud, 1920, p. 56). El anhelo a una gratificación remota en el mejor de los casos.

Las pulsiones del yo, que prescinden del carácter libidinoso del yo, han de representar la conservación de lo orgánico, por extensión se les reconoce ser herederas de lo inorgánico, “(...) lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo.” (Freud, 1920, p.38). Es entonces en éstas donde han de situarse las pulsiones de muerte. Por una razón desconocida, la insistencia para con lo externo se tradujo en un desvío para la meta original representada por la muerte. Cada vez que se acrecienta la meta de la muerte, ésta se percibe como un impulso originario, pero sincrónicamente su oposición, el impulso a esfuerzo de unión o Eros promueve niveles distantes al primigenio. Esto disputa halla su correspondiente en el aparato psíquico en el proceso primario y secundario, donde este último liga investidura con cargas móviles, “Ahora bien, la ligazón de la moción pulsional sería una función preparatoria destinada a acomodar la excitación para luego tramitarla definitivamente en placer de descarga (...)” (Freud, 1920, p. 60). La paradoja recae en que estas ligaduras estarán bajo el principio del placer, el cual no es más que la tendencia de la pulsión de muerte a recobrar un estado anterior.

La otra parte del dualismo, conocidos por el Psicoanálisis anteriormente, corresponderían a las *pulsiones sexuales* o *pulsiones de vida* (Eros), favorecedores como su nombre lo dice, de la preservación de la vida. Freud (1923b) nos señala que esta clase de pulsión

***(...) es con mucho la más llamativa, la más notable, por lo cual es más fácil anoticiarse de ella. No sólo comprende la pulsión sexual no inhibida, genuina, y las mociones sexuales de meta inhibida, derivadas de aquella, sino también la pulsión de autoconservación (...)* (p. 41)**

El desplazamiento a este segundo dualismo no es tan simple, y consiste en que ahora las pulsiones de vida que otrora se situaran bajo la meta de la reproducción o respondieran a libido narcisista o libido de objeto, ahora aspiran a la unión de modo de asegurar la perpetuación de la materia, han de ligar generando ruido. Sin embargo, la atención y especulaciones por parte de Freud se centran más que nada en el alcance de la pulsión de muerte, pero advierte ya tres años más tarde¹³ en no descuidar al Eros.

¹³ En *El Yo y el Ello* (1923b).

A pesar del conflicto entre los dos tipos de pulsiones, debemos hacernos la idea de que ambas clases de pulsiones en general actúan de forma mezclada, pero existe la posibilidad de disociación de ambas. Finalmente, Freud (1920) señala que la vida consistiría en las manifestaciones del conflicto o de la interferencia de ambas clases de pulsiones, venciendo las de destrucción con la muerte y las de vida (el Eros) con la reproducción. Con este panorama, es menester preguntarse a servicio de cuál de estas dos grandes fuerzas opera la sublimación.

3.3 LA REPRESIÓN

La represión se presenta como uno de los destinos de pulsión en 1915, sin embargo, el concepto reúne antecedentes en el tratamiento inicial de la histeria, bajo el contexto de las neurosis de defensa, reportándose un primer intento sistemático para la explicación de ésta en la teoría de la seducción. (Laplanche y Pontalis, 1971)

En aquel período, Freud sostiene un criterio extenso sobre la “defensa”, siendo lo singular de ésta, que es un factor que permite la disociación, impidiendo el recuerdo de un evento traumático, lo que se consigue mediante la represión. Esta última, impedirá la descarga de una representación que entra en conflicto; se sustrae la carga afectiva (factor cuantitativo) invirtiendo el cuerpo y se concluye de esta manera en un síntoma, de ahí que se diga que en él se resguarda o se juega una cuota de verdad del sujeto. La defensa se despliega por diferentes caminos y sus distintos mecanismos determinarán el efecto del síntoma. Por lo pronto, ya es inferible, a la luz de las observaciones de Freud, una conducción lineal entre psique, defensa ante un suceso inadmisibles y síntoma. La idea del análisis, entonces, es dilucidar el hecho que convoca a la defensa, que se manifiesta en la clínica como resistencia.

Por lo visto, es posible en un primer tiempo, dar cuenta de una coincidencia entre defensa y represión, lo que pertenece a una acepción más general del concepto, visión que Freud en 1926 recupera, en la medida que define a la defensa como:

La designación general de todas las técnicas de que el yo se vale en sus conflictos que eventualmente llevan a la neurosis, mientras que “represión” sigue siendo el nombre de uno de estos métodos de defensa en particular, con el cual nos familiarizamos más al comienzo, a consecuencia de la orientación de nuestras indagaciones. (p. 153)

Lo que se sostiene aquí y hasta el final de los intentos de Freud al elaborar teóricamente (superando lo descriptivo), es el carácter privilegiado de la represión en el devenir psíquico, desde la cual se ha construido todo el edificio del Psicoanálisis, hecho que Freud explicita en sus *Conferencias de Introducción al Psicoanálisis* (1917). Este concepto inaugura el trabajo propiamente freudiano y se alza como distintivo en el campo tópico-dinámico. Es decir, es un proceso psicológico que atañe a la tópica, donde un acto admisible (representación de pulsión sexual) de conciencia es sostenido en lo inconsciente. De modo que si vamos profundizando en este primer matiz, Freud se instala en un piso dado en parte, por el carácter de la pulsión, donde el fin o la satisfacción de

ella conlleva al displacer en virtud de otras exigencias, y por otra, la distinción ya en la vida anímica de consciente e inconsciente.

En vista de la sujeción a la dualidad consciente e inconsciente, la represión se presenta como actividad psíquica universal, en cuanto se anuda al origen de lo inconsciente, ligada a la noción de represión primaria, sin embargo, no todo lo inconsciente es lo reprimido. (Freud, 1915b). Bajo el contexto del sistema consciente e inconsciente, la represión ejecutará la operación que constituye su tarea, “Su esencia consiste en rechazar algo de la conciencia y mantenerlo alejado de ella.” (Freud, 1915b, p. 142). Este algo al cual se refiere Freud, van a ser el representante de la pulsión y el monto de afecto (libido) pertinente, “Desde ahora, cuando describamos un caso de represión, tendremos que rastrear separadamente lo que en virtud de ella se ha hecho de la representación, por un lado, y de la energía pulsional que adhiere a ésta, por el otro.” (Freud, 1915b, p. 147)

La representación arrojada en lo inconsciente, se someterá a las leyes de aquella instancia y se extrañará de lo real. Los contenidos de lo que ha caído bajo la represión escapan al dominio del sujeto, sometiéndose a “leyes de procesos primarios”. En consideración a lo anterior, es posible que se dispongan focos de atracción (desplazamiento, condensación) que han de ser tantos como representaciones reprimidas hay.

Bajo este imperio, la instancia del yo resulta menoscabada apareciendo la figura del “síntoma” que responde a una transacción de la defensa y el monto de energía desligado. La satisfacción existe, pero el dato aportado por la realidad actúa en desmedro, de manera que la satisfacción es limitada; se habla de “carácter regresivo neurótico”, es decir, ha ocurrido una transacción por antiguas satisfacciones infantiles donde aún existe un quantum de investidura. En base a esta premisa se observa nuevamente como los componentes perversos se despliegan para la consecución de la satisfacción, pero en ellos recae la barrera de la represión. En resumen, todo síntoma se sostiene gracias a una formación de compromiso pactado entre las fuerzas yoicas y la libido que ha recobrado antiguas conquistas que yacen bajo represión. Sin embargo, el síntoma a pesar de la consecución de la satisfacción, es en sí una contradicción sostenida por el yo y la libido, ya que no permite que la pulsión se despliegue libremente en lo consciente.

La represión con su extensión en el síntoma, otorga las otras lecturas mencionadas que responden a la metapsicología (dinámica y económica), donde el conflicto ha dejado en claro el menoscabo del yo y el gasto de energía que deriva del sostén de la represión en compensación de una satisfacción.

Es preciso señalar que en estas circunstancias Freud, al parecer plantea una idea distinta para con la sublimación, donde ésta tramita cierta porción de libido consiguiendo satisfacción en lo real, por el contrario de un síntoma, cuya satisfacción se expresa en una satisfacción en esencia egoísta con un empleo de energía que puede tener costos inhibitorios. La implicancia de una contracción que opera desde la represión, conlleva a un gasto de energía constituyendo su levantamiento un ahorro, mecanismo invocado en *El chiste y su relación con lo inconsciente (1905c)*, cuando se alude al producto artístico y la sensación de placer que experimenta un observador ante una obra.¹⁴

¹⁴ Se volverá más detenidamente sobre este punto en el desarrollo de este trabajo.

Volviendo al concepto de represión, Freud desfasa en tres tiempos a la represión, la represión a la que prestamos interés es la secundaria o posterior a la represión original y es la que se admite en los destinos de pulsión. La primera, es una formación inconciente que ejerce atracción hacia ella, más no es atraída por otra formación inconciente y cuyo mecanismo es la contracatexis. Por otro lado, la represión posee un mecanismo universal que es la sustracción de carga de energía que generalmente se ocupa en la contracatexis y esto tiene el costo al cual aludimos recientemente. Un tercer tiempo no corresponde precisamente a la represión, sino que es su fracaso en forma de retorno de lo reprimido, se habla de que lo reprimido persiste y al despojarse éste de palabra, al ser presencia de un no querer saber para un sujeto, persiste a la manera de síntoma, símbolo deformado.

3.4 EL CONCEPTO DE NARCISISMO

La incorporación de la idea del narcisismo en la obra freudiana, viene a marcar un hito dentro de la teoría de la libido siendo un referente fundamental para comprender el ulterior desarrollo de la teoría psicoanalítica. También la sublimación es releída a la luz de este nuevo hallazgo, que al agregar la idea de un Ideal del yo, otorgará la posibilidad de demarcar un nuevo plano para ésta, más allá de la represión.

Las primeras referencias a la noción de Narcisismo aparecen en el texto de Leonardo (1910a) y en el caso Schreber (1911); sin embargo, el estudio más profundo sobre éste, lo encontramos en el texto *Introducción del Narcisismo* de 1914. En el curso de éste, Freud intenta un acercamiento y asentamiento del concepto en sus otros hallazgos, mostrando su lugar dentro del desarrollo de la libido.

Quitándolo de la concepción descriptiva perversa, Freud partirá definiendo el Narcisismo como el "(...) complemento libidinoso del egoísmo inherente a la pulsión de autoconservación, de la que justificadamente se atribuye una dosis a todo ser vivo." (Freud, 1914, p. 72). Así, surge la hipótesis de una investidura del yo como una acción psíquica, anterior a la relación con el objeto. Por lo tanto, la relación del narcisismo con el autoerotismo, aquel estado temprano de la libido, estará dada por el hecho de que para que el narcisismo se constituya, el yo debe estar desarrollado.

Al comienzo, en el ser humano no hay una unidad comparable al yo; tenemos que efectivamente las pulsiones autoeróticas son las que están allí desde el inicio, encontrando satisfacción en el propio cuerpo, pero esto no basta para que se constituya el narcisismo, una nueva acción psíquica ha de agregarse a este autoerotismo para que el narcisismo se constituya, acción establecida por el surgimiento del yo, por la aparición de una unidad en torno a este comportamiento infantil donde el sujeto se reconozca a él mismo diferenciado del mundo exterior. Treurniet (1991) señala que para Freud el narcisismo era posible desde el momento en que el bebé tenía una representación rudimentaria de sí mismo, proceso que ocurriría por identificación primaria, donde su fusionarían los aspectos placenteros del yo y del objeto, dando lugar al "yo de placer purificado", que llevaría al estado de narcisismo primario. De este modo, el narcisismo se comporta como un estadio intermedio entre el autoerotismo y el amor de objeto.

Como vimos anteriormente, la sexualidad infantil no es unitaria ni se orienta hacia un objeto. En el comienzo, sus diversos componentes buscan cada uno encontrar satisfacción por separado en el propio cuerpo, estadio que Freud denomina, autoerotismo. En el narcisismo, ya las pulsiones sexuales unificadas toman como objeto al propio yo, constituido en esta misma época; la pulsión es primordial, nace con el individuo, mientras que el yo aún tiene que desarrollarse. El autoerotismo queda sustituido por el narcisismo cuando sobreviene un nuevo acto psíquico, la investidura libidinal del yo.

Un hallazgo importante sobreviene con el descubrimiento del yo como primer depósito de libido, de él partiría toda carga de objeto y también la libido podría retornar desde el mundo de los objetos al yo. Freud (1914) comenta que se ve obligado a profundizar el estudio del yo en un intento de comprensión de la sintomatología de las afecciones psicóticas, siendo éstas las que le dan la luz de cómo ocurriría el proceso antes mencionado; el psicótico a diferencia del neurótico retira la libido del mundo externo, pero sin investir objetos de la fantasía¹⁵. La observación de que en la psicosis, la libido quitada del mundo exterior es conducida al yo¹⁶, o sea que la “libido objetal” se convierte en “libido del yo”, otorga a Freud la posibilidad de que el proceso primero haya sido el inverso, estableciendo la idea de un narcisismo infantil primario y normal en todo individuo.

De este modo, el yo queda establecido como un gran reservorio de libido, desde el cual se inviste de libido a los objetos y cuya libido puede volver en cualquier momento a él¹⁷. Podríamos sostener entonces que en última instancia el yo se encontraría en condiciones de controlar de alguna manera lo que ocurre en el plano de la libido.

Frente al hecho de que el primer lugar donde estaría actuando la libido corresponde a los límites del yo, plantéase entonces la posibilidad de que las pulsiones del yo sean de naturaleza libidinosa o que no haya otra clase de energía operando en el aparato psíquico, como también la justificación y necesidad de separar una libido del yo y una libido objetal, distinción trazada por primera vez en el texto sobre narcisismo. Así, la investidura libidinal por parte de la pulsión sexual hacia las pulsiones de autoconservación, o lo que es lo mismo, la libido de las mismas fue catalogada como *libido narcisista*, observándose como el aumento de una clase de libido actúa en detrimento de la otra. Ante esta observación, surge como de especial interés la relación propuesta por Freud (1914) entre el narcisismo y el principio de constancia. De alguna forma, existiría una necesidad de traspasar libido a los objetos cuando la investidura del yo ha sobrepasado cierta medida, como también sería posible enfermar por una acumulación de libido en el yo.

Por otra parte, también el narcisismo marcará el tema de elección de objeto. Se

¹⁵ El proceso neurótico de investidura de objetos en la fantasía es lo que se designará propiamente con el nombre de “introversión de la libido”.

¹⁶ Proceso que frente a los nuevos hallazgos será reconocido como un narcisismo secundario.

¹⁷ He aquí la analogía que hace Freud con la ameba y sus pseudópodos.

establecen así dos tipos de elección, por apuntalamiento o anaclítica y la elección de objeto de tipo narcisista, siendo esta última característica de perversos y homosexuales. Se amaría según este tipo lo que uno mismo es (a uno mismo), lo que uno mismo fue, lo que uno querría ser (ideal sexual), a la persona que fue parte del sí mismo propio (Freud, 1914). Así se buscaría en el objeto la completud a la que hemos renunciado en nosotros, pero no en el otro, por lo tanto la elección sigue siendo narcisista.

A medida que el yo se va desarrollando, el narcisismo primario encontrará salida en la creación de un Ideal del yo, sobre el cual será desplazado el amor con el cual contaba en la infancia el yo real. Así, la noción de un Ideal del yo aparece directamente anudada a la del narcisismo. Como veremos a continuación, los límites impuestos a la satisfacción ilimitada de la infancia, sostenidos en la herida dejada por la castración harán imposible el mantenimiento de la libido en su estado original debiendo ser traspasada a los objetos, pero en el caso de que esto no pueda ocurrir el aparato tendrá que encargarse de tramitarla de alguna forma, para que no se transforme en intolerable para el individuo.

El Ideal del yo

El Ideal del yo, se tiende a asimilar a la figura posterior del Superyó, pero ambos no necesariamente corresponden exactamente a lo mismo. Tal como lo señala Strachey en una nota al pie de "Introducción del narcisismo", el Superyó podría corresponder a una combinación de este ideal con la llamada conciencia moral. Como veremos enseguida, y como el mismo Freud (1914) lo señala, el Ideal del yo, vendrá a ser una instancia sobre la cual es desplazado el narcisismo infantil, constituyendo una posibilidad de satisfacción para el individuo.

Este Ideal por su parte, mantendrá profundas relaciones con la llamada "conciencia moral", la cual aparece como aquella instancia encargada de velar por la gratificación obtenida a través del cumplimiento del ideal, lo que se ilustra en la siguiente cita extraída del texto sobre narcisismo:

No nos asombraría que nos estuviera deparado hallar una instancia psíquica particular cuyo cometido fuese velar por el aseguramiento de la satisfacción narcisista proveniente del ideal del yo, y con ese propósito observase de manera continua al yo midiéndolo con el ideal. (p. 92)

La aparición de un Ideal del yo en el sujeto va a estar en directa relación con el desarrollo del individuo y la ley impuesta tras la resolución del período edípico. Por lo tanto, el engrosamiento del yo que ahora cuenta con más herramientas para luchar contra la sexualidad, irá marcando la necesidad de desprenderse de las tendencias pulsionales de la infancia, las cuales tendrán ahora que buscar gratificación por otro camino.

En base a este contexto, será la hipótesis de la edificación de un Ideal del yo, una vez superado el narcisismo infantil, lo que permitirá comprender por qué las mociones de los años infantiles sucumben a la represión y por qué este proceso es más intenso en unos sujetos que en otros.

Con el curso del desarrollo del yo, parte del narcisismo infantil se dirige al objeto, es decir, se dota de libido a los objetos del mundo exterior, pero otra parte queda reprimida.

Tenemos entonces, que esa parte del narcisismo de la infancia (ese monto de libido yoica) que sucumbe a la represión, será ahora desplazado a este Ideal del yo, constituyéndose en el sustituto del narcisismo primario y recibiendo el amor del que en ese momento de la vida gozó el Yo real, “Lo que él proyecta frente a sí como su ideal es el sustituto del narcisismo perdido de su infancia, en la que él fue su propio ideal.” (Freud, 1914, p. 91)

La herida narcisista impuesta por la castración junto a la norma social que ésta conlleva, viene a romper con la omnipotencia de la infancia, de allí que la posibilidad de satisfacción completa queda limitada. Sin embargo, nos muestra Freud, “Aquí, como siempre ocurre en el ámbito de la libido, el hombre se ha mostrado incapaz de renunciar a la satisfacción de que gozó una vez.” (Freud, 1914, p. 91). La libido perteneciente al yo en el inicio, buscará necesariamente el retorno a su origen, así parte del aparato psíquico, una parte del yo, será investida de libido dando origen a este ideal, imagen de la perfección que alguna vez uno tuvo en la niñez.

Hemos de considerar, que para la constitución de este Ideal del yo, se habrían utilizado grandes montos de libido esencialmente homosexual. Pensemos que en tanto el ideal viene a reemplazar el narcisismo de la infancia, o sea aquel momento en que la libido se encuentra depositada en uno mismo, proceso en el que además señala Freud (1914), tendrá importancia cabal la figura del progenitor del mismo sexo, se explica que sea esa libido básicamente homosexual la que venga a ser convocada para la formación del ideal. Como consecuencia, tendremos que ante la falta de cumplimiento de lo que nos pide el ideal, aparezca como resultado la angustia y la culpa, provocada por la liberación de libido homosexual. Además, recordemos que en su origen hay una doble vertiente, por un lado, representa el ser como el padre de la infancia, pero también se inserta en el deseo de muerte de éste último.

En resumen, vemos que el Ideal del yo se constituiría como aquella instancia psíquica que permitiría la obtención de una satisfacción narcisista proveniente del cumplimiento de lo que él demanda al yo, todo esto vigilado por la conciencia moral, la cual tendría como labor estar midiendo constantemente el yo actual con el Ideal, en el cual también se han ido plasmando los ideales de la cultura en que se encuentra el sujeto. De este modo, a través de esta posibilidad de satisfacción resultaría uno de los componentes de la *autoestima*, la cual estaría estrechamente relacionada con la libido narcisista. Como ya vimos, el desarrollo del yo implica el distanciamiento del narcisismo primario, pero el ser humano siempre aspira a recobrar ese estado de plenitud, por lo tanto, la satisfacción del sentimiento de sí o la *autoestima* está compuesta por tres elementos: el cumplimiento del Ideal, la satisfacción de la libido de objeto y un resto como residuo del primario narcisismo de la infancia.

Obviamente, la satisfacción que busca primariamente la pulsión está destinada a consumarse con un objeto, pero una vez erigido el Ideal del yo, éste impondrá restricciones en cuanto al grado y la cualidad de la satisfacción a través de los objetos, como diciendo, al menos ahora ya no podrás experimentar satisfacción cuando lo desees como ocurría en la infancia, sobre todo cuando ciertos deseos se han vuelto inaceptables, en tanto el sujeto ha introyectado representaciones sociales y éticas que se plasman en la conformación del Ideal. Pero a cambio de esta renuncia que demanda, se

ofrece como fuente de gratificación interna, en tanto se cumpla lo que él solicita, ser como él. Ahora, ésta satisfacción no es gratuita para el sujeto en la mayoría de los casos, pues mantiene el costo constante que significa para un individuo la represión.

La noción de apuntalamiento

La noción de apuntalamiento es una inserción novedosa dentro la teoría de la sexualidad, expuesta en *Tres ensayos de la teoría sexual (1905b)*, tras los alcances hechos con posterioridad a la noción de narcisismo dentro de la teoría, con objeto de describir y mostrar la particularidad de las manifestaciones sexuales infantiles. En específico, aparece en el segundo ensayo titulado *La sexualidad infantil*, cuando se toma el chupeteo como modelo de la práctica sexual autoerótica, rastreando los orígenes de la satisfacción placentera de esta actividad.

Se logra establecer así un nexo entre el chupeteo y la satisfacción experimentada en aquel momento primero cuando el niño se alimentaba del pecho materno, actividad que Freud (1905b) catalogará como la más importante para la vida de un individuo, el modelo inalcanzado de toda posibilidad de satisfacción posterior,

Al comienzo, claro está, la satisfacción de la zona erógena se asoció con la satisfacción de la necesidad de alimentarse. El quehacer sexual se apunta {anlehnen} primero en una de las funciones importantes que sirven a la conservación de la vida, y sólo más tarde se independiza de ella. (p. 165)

Apuntalamiento es la traducción al castellano de la palabra alemana Anlehnung, que significa buscar apoyo en, en este caso en una función vital. En el curso de la teoría psicoanalítica el término también es denominado como anaclítico, y precisamente, en el texto *Introducción del Narcisismo (1914)*, la elección del objeto de amor opone dos tipos una narcisista y el otro anaclítico. El segundo tipo, donde el objeto sexual es elegido según el arquetipo de la madre, que rememora aquél momento originario, y da cuenta de un objeto que precede a la fase de autoerotismo, “No sin bien el hecho de mamar el niño del pecho de su madre se vuelve paradigmático para todo vínculo de amor. El hallazgo {encuentro}de objeto es propiamente un reencuentro.” (Freud, 1905b, p. 203). Reencuentro también con ese momento originario en que las pulsiones sexuales y las yóicas convivían en una misma posibilidad de satisfacción, sin que se produjese el conflicto.

Desde la perspectiva del apuntalamiento, podemos rastrear entonces lo sexual como una intromisión, en tanto se sostiene sobre una base que está dada por la función de autoconservación del organismo, de manera que a este ser biológico ha de venir a agregarse una manifestación nueva, el placer sexual. Sin embargo, una pronta independencia de la sexualidad, en la medida que ésta va conquistando el propio cuerpo, a la vez que recreándolo mediante el símbolo, nos muestra la existencia de una fuerza particular con un objetivo específico ajeno a la autoconservación, la cual no ha de generalizarse como motor a la totalidad de lo psíquico. Esto se aprecia en el uso del término libido por parte de Freud, restringido al ámbito de lo sexual. Es entonces, en esta desligazón de lo sexual posterior al apuntalamiento que aparece la figura del dualismo, del choque entre fuerzas más bien opuestas.

Esta idea de un apuntalamiento de las pulsiones sexuales en las de autoconservación tiene importancia para los fines de este trabajo, en tanto se puede pensar el surgimiento de la sexualidad a partir de una actividad no correspondiente a la esfera sexual, tema al que Laplanche (1987) dedica largo tiempo en su estudio sobre la sublimación, ya que podría considerarse esta última como una vuelta desde lo sexual a lo no sexual, un proceso inverso al de la primera manifestación de la sexualidad en el niño¹⁸. Esto también es rastreado por Freud (1905b) en su intento por determinar las fuentes de la pulsión sexual, específicamente bajo el análisis de “Las vías de la influencia recíproca”¹⁹, proponiendo que tal como llegan conexiones a la sexualidad desde otras fuentes ajenas a ésta (actividad muscular, trabajo intelectual, procesos afectivos, excitaciones mecánicas), podría también ocurrir lo contrario, habría un camino de ida y vuelta, hecho que se ve en la aparición de síntomas corporales en la neurosis, debido a conflictos en la esfera sexual.

Hasta aquí el panorama se muestra relativamente claro, en el juego de las pulsiones sexuales y el interés del yo, ahora viviendo independientemente y persiguiendo fines distintos, tiene lugar la represión. Ahora, la pulsión sexual impedida de desplegarse con la libertad, retoma la vía originaria de la cual emergió satisfaciéndose a través de la formación de un síntoma en la zona erógena común. La represión entonces ha triunfado desencadenándose la patología.

La duda emerge cuando Freud (1905b) expresa que

(...) esos mismos caminos por los cuales las perturbaciones sexuales desbordan sobre las restantes funciones del cuerpo servirían en el estado de salud a otro importante logro. Por ellos se consumiría la atracción de las fuerzas pulsionales sexuales hacia otras metas, no sexuales; vale decir, la sublimación de la sexualidad. (p. 187)

Tenemos así enunciada la interesante hipótesis de que el originario anudamiento, entre ambas pulsiones marca el camino para que acontezca el pasaje de lo sexual a lo no sexual. Pero la pregunta es si la forma en que se transita la vía ha de ser la misma que la de formación de síntomas, o el señalamiento de que esto ocurre en un estado de salud, marca la distinción de otro proceso a la base. Nuevamente, por lo tanto se nos propone aquí la labor de determinar las relaciones entre la sublimación y la represión.

Las dos clases de energía psíquica: libido e interés del yo

Ya en los “Tres Ensayos de teoría sexual” (1905b), Freud habla de la libido como la manifestación psíquica de la pulsión sexual en analogía al hambre como expresión de la pulsión de nutrición. Más tarde, volverá a señalar a la *libido* dentro de la teoría psicoanalítica, como la manifestación dinámica de la pulsión sexual; está a su vez, se compone de numerosas pulsiones parciales de la sexualidad, que al unirse van formando

¹⁸ La idea de la sublimación como un tipo especial de apuntalamiento de las pulsiones sexuales en otras no sexuales, aparece también en la 22ª de las Conferencias de Introducción al Psicoanálisis.

¹⁹ Aunque se señala que es poco lo que hasta entonces se sabe de esas vías.

las llamadas organizaciones sexuales. En contraposición a esta libido o energía de catexis de las pulsiones sexuales, encontramos el término *interés* (o interés egoísta) que estaría designando la energía de catexis de las pulsiones de autoconservación o pulsiones del yo. (Freud, 1922)

Por oposición a Jung que pretende hacer coincidir el concepto de libido con el de interés psíquico en general, postulando la existencia de una libido primordial que puede ser sexualizada o desexualizada, Freud insiste en demarcar la diferencia entre pulsiones sexuales y yoicas, como se señaló anteriormente, y por lo tanto, la existencia de una energía propia para cada clase de pulsiones²⁰, dedicando un apartado especial del texto "Introducción del Narcisismo", para resolver este cuestionamiento.

En esa ocasión, comenzará por justificar el valor de los conceptos de libido yoica y libido de objeto en relación a la exploración de los funcionamientos neurótico y psicótico; el estudio de algunos llamativos síntomas de la psicosis habría llevado al estudio de la investidura del yo con libido, tal como la neurosis habría sido el punto de partida para el estudio de la libido objetal. También se establece la distinción entre una libido del yo y una libido de objeto, como la prolongación de la división inicial entre pulsiones sexuales y pulsiones yoicas, aduciendo en última instancia, causas biológicas que justificarían la separación pulsional, "(...) la hipótesis de unas pulsiones sexuales y yoicas separadas, y por tanto, la teoría de la libido, descansa mínimamente en bases psicológicas, y en lo esencial tiene apoyo biológico." (Freud, 1914, p.76). Así, se refiere a la teoría del plasma germinal de Weissman y la doble condición del individuo planteada por ella, como fin en sí mismo, donde cabría la participación de las pulsiones sexuales, y como eslabón de una cadena sin que medie su voluntad, el lugar de la autoconservación.

Por otra parte, y en relación a la dificultad de discernir ambas clases de energías psíquicas frente a la postulación de un narcisismo primario²¹, anterior a la investidura de objeto, se establece la posibilidad de que al comienzo las dos estén juntas e indiferenciables en el estado de narcisismo. Sólo con la posterior investidura de objeto, y por lo tanto, podríamos pensar, con la consiguiente liberación de la investidura sexual por sobre las pulsiones del yo, se haría posible diferenciar una energía sexual, a la que propiamente le correspondería el nombre de libido de una energía de las pulsiones yoicas (interés).

La libido también se distingue en cuanto se trata de una *libido yoica* o una *libido objetal*, un tema que no es zanjado del todo por Freud, que hace en ocasiones difícil determinar si se trata de una diferencia cualitativa entre las dos clases, marcada por el tema de elección de objeto narcisista o anaclítica, o la diferencia estaría dada por su ubicación en el yo o en los objetos. Al parecer, la intención está más que nada en una diferenciación en el primer sentido, lo que permitirá hacer especulaciones en torno al

²⁰ Sin embargo, debemos hacer el alcance de que más de una vez Freud se postula la posibilidad de una energía psíquica de carácter indiferente actuando en el aparato psíquico que tendría como finalidad favorecer las descargas evitando estancamientos. Esta posibilidad aparece ya definitivamente en calidad de una nueva hipótesis en *El yo y el ello* (1923b).

²¹ Por lo tanto, el cuestionamiento al primer dualismo pulsional, tema que ya fue analizado al tratar la división entre pulsiones del yo y pulsiones sexuales.

énfasis puesto en una sublimación acotada exclusivamente al campo de la libido objetal; sin embargo, no es posible precisar con certeza la verdadera diferenciación entre ambos tipos de libido.

Además, en relación a la distinción entre una libido objetal y una libido yoica, otra interesante hipótesis es introducida en 1914, nutriendo así la teoría de la libido. Se aborda el supuesto que un individuo tenga a su disposición una cantidad fija de libido que circula por el aparato psíquico. Se podría pensar entonces, que la única diferencia entre una libido del yo y una libido de objeto estaría dada por su ubicación; ambas no serían cualitativamente diferentes, sino que donde se encuentra depositada marca la diferencia en tanto se localiza en el yo o en los objetos.

Si se establece la noción de un monto fijo de libido, nos encontraremos con la clara presencia de una oposición entre ambas clases de libido, mientras más se gasta una más se empobrece la otra, con la investidura de objeto se empobrece el yo y viceversa. Con la incorporación del narcisismo, queda por lo tanto desplazado el conflicto psíquico desde las pulsiones entre sí hacia una lucha entre el yo y las pulsiones sexuales. (Freud, 1922)

3.5 LA SEGUNDA TÓPICA

Freud, ingresa un segundo registro que complementa la conquista de las nuevas pulsiones (vida y muerte), registro que tiene la característica de estar compuesto por instancias siguiendo un modelo antropomórfico (Laplanche y Pontalis 1971), donde lo relevante es su “personalidad” como organización estratégica, entramando con la primera tópica un nuevo modelo del psiquismo. Con el ingreso de estas instancias se supera los modelos funcionales de consciente e inconsciente pero no se los desecha, lo que ahora existe son nuevas transacciones, nuevos conflictos.

Nos situamos en el texto de *El Yo y el Ello* de 1923, que se abre describiendo las cualidades del Yo²², instancia que es referida como más asimilable y como un referente, en la medida que es una organización coherente de los procesos de la vida anímica que tiene a su haber el testimonio de la realidad, la función de la percepción y por extensión de ésta se le atribuye la conciencia y el control de ciertas funciones motrices. Además, “Hemos hallado en el yo mismo algo que es también inconsciente, que se comporta exactamente como lo reprimido, vale decir exterioriza efectos intensos sin devenir a su vez consciente, y se necesita un trabajo particular para hacerlo consciente.” (Freud, 1923b, p.19). Con esto, el campo de lo inconsciente hace de sostén ya que existe algo más arcaico, lo inconsciente es parte del Yo.

En este punto ingresa la entidad del *Ello*. Este concepto proviene de 1923 cuando Freud introduce en la teoría su segunda tópica, pero él mismo no queda conforme con sus caracterizaciones del Ello, así lo expresa en su último trabajo, “(...) envuelto en profundas tinieblas, nuestras escasas intelecciones, se recortan hartamente mezquinas.”

²² Desde ahora en adelante cuando hablemos del Yo de la segunda tópica, lo pondremos con mayúscula para diferenciarlo del yo como entidad anterior al establecimiento de esta estructuración del aparato psíquico.

(Freud, 1940, p. 161). El Ello no sólo es lo inconciente en el Yo, sino que representa a lo más profundo, a lo indómito o sea al ámbito de las pulsiones, siendo válido sostener que el Yo es la extensión del Ello, podemos encontrar un referente de lo que es el Ello al Yo en lo que es el principio del placer al principio de realidad; el Yo procura de todos modos la obtención de placer, aunque adecuándose a las exigencias del mundo exterior. En cuanto a las reglas o leyes que rigen en el Ello, responden a una energía cuya capacidad de movilidad posibilita que las representaciones se desplacen y se condensen, que no haya negación ni principio de contradicción.

Sus propósitos son los del principio del placer que procura la satisfacción pulsional en forma inmediata. No hay representación del tiempo tal como se presenta en el proceso secundario yoico, pero además“(...) las impresiones que fueron hundidas en el ello por vía de represión, son virtualmente inmortales, se comportan durante décadas como si fueran acontecimientos nuevos.” (Freud, 1933, p. 69). Es decir, que las representaciones inconcientes no se ordenan temporalmente ni el tiempo las altera.

Afirmar que el núcleo de nuestro ser está constituido por Ello es afirmar que ese núcleo es inconciente. Pero hay que tener en cuenta que Freud distingue dos categorías de inconciente en el interior del Ello: lo reprimido secundariamente por el Yo cuando se defiende de las representaciones angustiantes; este “Ello reprimido” provoca una especial compulsión a la repetición que esfuerza a que toda nueva representación análoga a la reprimida, sea también reprimida. Por su parte, las pulsiones constituyen la otra categoría de inconciente en el Ello. El hecho de que lo pulsional no sea completamente representable tiene consecuencias estructurales: la pulsión es traumática porque insiste compulsivamente creando displacer, sufrimiento, goce, malestar al sujeto.

El Yo no sólo sería la extensión del Ello modificado por influjo de la percepción, sino que reviste además una historia de construcción; tras la resignación de investiduras de objeto por parte del Ello, el Yo se coloca como objeto de amor de modo de conciliar las exigencias del Ello, lo que se logra por medio de la introyección-identificación. Esta relación del Yo con el Ello es tan estrecha que el Yo “(...) sustrae libido al ello, transforma las investiduras de objeto del ello en conformaciones del yo” (Freud, 1923b, p. 56), por el proceso de identificación. Sin embargo, tiene diferentes reglas, propósitos y medios para alcanzarlos. Recordemos que el Ello está bajo el dominio de las pulsiones y le son propias las características tempranas del desarrollo de un sujeto; entonces, la omnipotencia y la búsqueda del placer conducen al no descanso hasta la satisfacción de éstas.

Por su parte, se plantea la génesis del *Superyó* desde el Yo; tras la identificación más relevante de la historia del Yo, que tiene que ver con el Edipo, el *Superyó* será una construcción ideal heredada de las fuerzas parentales de otrora, “(...) formación sustitutiva de la añoranza del padre.”(Freud, 1923b, p. 38). De carácter ambivalente tensionará al Yo, de modo que se hablará de vasallajes o relaciones de dependencia del Yo ante tres instancias: realidad, Ello y *Superyó*. Es más, se plantea la hipótesis de que ciertas construcciones de carácter superior en el hombre, como la religión, han de encontrar su punto de partida en dicha tensión. Necesariamente el conflicto entre el *Superyó* y el Ello, pasará por grados de crueldad hacia el Yo. En el Ello se encuentran las raíces pulsionales que mueven el funcionamiento del *Superyó* e incluso del Yo, el

Superyó tiene gran afinidad con el Ello, se enfrenta al Yo como su abogado cuando satisface la pulsión destructiva produciendo un quiebre al principio del placer.

En el capítulo IV, de “El Yo y el Ello”, Freud (1923b), se referirá a las dos clases de pulsiones planteadas en *Más allá del principio del placer* (1920), donde éstas representan otro nivel de conflicto y transacción para lo subjetivo, entregándose los argumentos para explicar la conducta agresiva y peligrosa por parte del Superyó hacia el Yo, que respondería a la desexualización de libido por parte del Yo y posteriormente una incapacidad tras ella de sostener una desmezcla de pulsiones. El ejercicio del Yo posibilitaría la desmezcla de pulsiones, dejando en libertad a la pulsión de agresión nutriendo al Superyó, lo que en ciertas manifestaciones se expresa en patología y manifestaciones en la clínica.

Posteriormente, al escrito de “El Yo y el Ello” (1923b) tomado como referencia para dar cuenta de la segunda tópica, la instancia del Yo se rescata como ejecutora, con capacidad de dirección para responder al conflicto, a través de los mecanismos de defensa. (Freud, 1926). Infiriéndose tras la ejecución de ellos consecuencias estructurales para el Yo, a saber, su limitación y desgaste.

IV. ANÁLISIS DEL CONCEPTO DE SUBLIMACIÓN

4.1 PRIMER PERÍODO: 1900-1909

LA SUBLIMACIÓN COMO CAMBIO DE META DE LA PULSIÓN SEXUAL HACIA UN FIN NO SEXUAL

La idea de la sublimación como un cambio de meta aparece desde los inicios, siendo una tesis que Freud mantendrá hasta el final de su desarrollo sobre el concepto: la esencia de la sublimación se encuentra en el cambio de fin de la pulsión sexual hacia otro distante y lejano del original.

Ya es posible entonces, hacer una lectura en este primer período, aunque quizás algo apresurada dado el giro posterior que experimentará el primer dualismo, de que aquello que se sublima corresponde a la pulsión sexual y no a las denominadas pulsiones del yo (autoconservación). Sólo la sexualidad es susceptible de sublimarse, en cuanto veremos que la razón última de esta actividad estará dada precisamente por la posibilidad de despojarse de una meta originaria sexual a cambio de una meta alejada,

pero de algún modo ligada psíquicamente con ella (Freud, 1908b); es la pulsión sexual la que encontrará ahora un camino para su descarga fuera del plano de la sexualidad. Quizás, esta postura aparezca un tanto simplista, pero además, no encontramos en los textos ningún indicio que nos lleve a pensar en una sublimación de las pulsiones de autoconservación.

Este cambio desde la sexualidad hacia lo no sexual, lo vemos ya en los *Tres ensayos de teoría sexual (1905b)*, cuando se nos habla de las vías de la influencia recíproca. Tendríamos que tal como hay un tránsito desde actividades no sexuales hacia la sexualidad²³, la posibilidad de que también ocurriese el proceso inverso; hecho que en general, lo encontramos en la raíz de la generación de síntomas, pero se da la posibilidad de que un proceso afín pudiese ocurrir en el plano de la normalidad. Podría verse energía desde estas fuentes sexuales hacia actividades totalmente distantes.

Esto se observa nítidamente, en tanto Freud (1905b) instalará a la sublimación en la obra, como eje del progreso cultural, haciendo la acostumbrada analogía entre el proceso individual ocurrido en el sujeto y el proceso social descrito por los historiadores,

Los historiadores de la cultura parecen contestes en suponer que mediante esa desviación de las fuerzas pulsionales sexuales de sus metas y la orientación hacia metas nuevas (un proceso que merece el nombre de sublimación), se adquieren poderosos componentes para todos los logros culturales (p. 161)

Frente a estas primeras reflexiones, surge la interrogante de qué es lo que se considerará como un cambio de fin o meta hacia lo no sexual, y por lo tanto, qué es lo que entendemos por una transformación de este tipo en la pulsión; ¿podría considerarse un síntoma o un mecanismo de defensa como un proceso de esta índole?. En la misma línea, cabe entonces preguntarse, ¿puede considerarse la formación reactiva como una especie particular de sublimación?.

Cuestionamientos ante los cuales, debemos tener por anticipado en mente la concepción de que en el caso de la sublimación no se trata sólo de una desviación de la pulsión con respecto a su meta, sino en una transformación de la misma. Corresponde a un monto de libido que encuentra utilización en un nuevo fin, distinto y distante del originario.

La pulsión, como hemos revisado, siempre tiene como meta la búsqueda de la satisfacción o descarga, la que se ve limitada por el ingreso del sujeto en la cultura, existiendo una oposición en cuanto a los intereses de ambas partes. La realidad representada en la cultura se hace insostenible, en la medida que niega el acceso al objeto deseado, demandando la sofocación de esas mociones; aquí, se abre paso la represión que intentará mantener a raya estas inclinaciones para que no amenacen la convivencia social. Pese a estos esfuerzos, la represión no anula la pulsión, ésta última se mantiene fiel en su empeño, de ahí que el aparato psíquico tenga que ingeniárselas posibilitando nuevos caminos para que ésta cumpla con su cometido, camino más común trazado por la formación de síntomas. La represión, de esta manera, sentenciará la pulsión en la mayoría de los casos a la gratificación a través de un sustituto, con el terrible costo psíquico de sostener este mecanismo, el que se verá en el mejor de los

²³ Véase la noción de apuntalamiento.

casos, como la anulación de la productividad del sujeto, quien estará gastando la mayor parte de sus energías en el mantenimiento de un bienestar ilusorio. Sin embargo, surge la esperanza de una vía especial, un modo particular de operar del aparato, por el cual la pulsión podrá cambiar su fin sexual hacia uno no sexual, sin perder en gran cantidad su fuerza y encontrando satisfacción dentro de los límites trazados, esta es la sublimación²⁴

Visualizamos que el primer momento en que Freud la describe, ocurre en *Fragmento de análisis de un caso de histeria (1905a)*²⁵, ya que anteriormente sólo había sido aludida para explicar ciertos comportamientos específicos. En esta ocasión, se verá como un cambio de meta desde lo sexual a lo no sexual, una vuelta de la pulsión sexual hacia un fin no sexual, mostrando como la sexualidad de la infancia podría dirigirse hacia metas más elevadas, “asexuales” siendo útil a la labor cultural. (Freud, 1905a) Así, nos encontramos ya en esta primera descripción de la sublimación con tres aspectos fundamentales de ésta: La idea de que aquello que se sublima tendría su raíz en la sexualidad infantil y por lo tanto, perversa; la idea de un cambio de fin de aquella tendencia hacia un fin no sexual; y por último, la idea de que la actividad sublimatoria se encontraría relacionada con logros culturales de la humanidad.

Esta definición será también la que prima en *La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna (1908b)*. En esta ocasión, analizando las consecuencias para el individuo de la moral imperante en su época, Freud (1908b) describe como la cultura se sustenta en la renuncia a la pulsión, aportando esta última su caudal energético a la labor cultural,

En términos universales, nuestra cultura se edifica sobre la sofocación de pulsiones. Cada individuo ha cedido un fragmento de su patrimonio, de la plenitud de sus poderes, de las inclinaciones agresivas y vindicativas de su personalidad; de estos aportes ha nacido el patrimonio cultural común de bienes materiales e ideales. (p. 168)

La pulsión sexual sería un pilar fundamental en este empeño, debido a su particular capacidad de “desplazamiento”, que le permitiría cambiar sus metas sin perder mayoritariamente su intensidad, “A esta facultad de permutar la meta sexual originaria por otra, ya no sexual, pero psíquicamente emparentada con ella, se le llama facultad para la sublimación.” (Freud, 1908b, p. 168)

Este planteamiento de la sublimación como un cambio de meta de la pulsión sexual, lo encontramos nuevamente en otro de sus escritos de 1908, *El carácter y el erotismo anal*. Mostrando en él, cómo de las numerosas pulsiones parciales de la infancia “(...) sólo una parte de ellas favorece a la vida sexual; otra es desviada de las metas sexuales y vuelta hacia metas diversas, proceso este que merece el nombre de “sublimación”.” (Freud, 1908a, p. 154). Idea que también se repite en las *Cinco conferencias pronunciadas en la Clark University (1909)*, mostrando como una moción de deseo

²⁴ El cuestionamiento en relación a que si efectivamente este cambio ocurre posibilitado o no por la represión, se tratará en el apartado correspondiente.

²⁵ Caso Dora.

liberada a través del psicoanálisis podría dirigirse “(...) hacia una meta superior y por eso exenta de objeción (lo que se llama su *sublimación*).” (p. 24)

Estas ideas también serán la constante, del que sin lugar a duda es el texto guía de este primer período, y donde Freud termina por instalar el velo de la sexualidad en toda manifestación del individuo, desde lo primitivo a lo excelso: *Tres ensayos de teoría sexual (1905b)*. Pero más allá de esto, podemos decir que es a través de este texto donde Freud introduce la sublimación de modo explícito dentro de la teoría psicoanalítica. Strachey por su parte, señala que esta sería la primera vez que Freud utiliza la expresión “sublimar” en un escrito publicado ²⁶.

En este contexto, al momento de realizar una síntesis de los hallazgos expuestos en el curso de sus tres ensayos, dedicará una sección especial para tratar la sublimación, poniéndola como uno de los destinos posibles, más allá del establecimiento de la sexualidad normal, de los componentes tributarios de la sexualidad, además de la represión o la perversión, y por lo tanto, distinto de éstos. Lo particular en el caso de la sublimación nos señala Freud (1905b), es que

En ella, a las excitaciones hiperintensas que vienen de las diversas fuentes de la sexualidad se les procura drenaje y empleo en otros campos, de suerte que el resultado de la disposición en sí peligrosa es un incremento no desdeñable de la capacidad de rendimiento psíquico. (p. 218)

Tengamos en cuenta que se aprecia la idea de un factor disposicional, que vendría a poner en juego un desenlace anormal, y por lo tanto, la capacidad de sublimar. Nótese en base a esto, una aseveración que surge aquí por primera vez y que se repetirá en muchos otros escritos, hay pulsiones parciales que actúan con particular intensidad, lo que podría llevar a la patología. Pero por un proceso “especial”, esa disposición no se transforma en inhibición o directamente en perversión sino que sirve a la productividad del sujeto, haciéndose también el alcance de la actividad artística como resultado de esta fuente. Esta postura de un factor disposicional frente a la capacidad de sublimar, se corrobora con la hipótesis planteada por Freud (1908b) de que sería una capacidad limitada sólo a unos pocos,

Sólo una minoría consigue el dominio por sublimación, por desvío de las fuerzas pulsionales sexuales desde sus metas específicas hasta metas culturales más elevadas; y aun esa minoría, sólo temporalmente, y con máxima dificultad en la época de su ardoroso vigor juvenil. (p. 173)

Tenemos entonces, este posible desenlace marcado por una “capacidad especial”, un “don” y no una cualidad posible para la mayoría. Ya se nombra a los homosexuales como portadores de esta especial cualidad ²⁷ y también, Freud (1908b) menciona a las mujeres como las menos aptas para el logro de este proceso, aunque no se profundiza en él por qué de ambas aseveraciones. Con respecto a la última, se puede ligar a la idea de disposición en juego, el hecho de que se las señala como más propensas a padecer de

²⁶ Ver nota al pie N° 24 de Los tres ensayos.

²⁷ Idea que se profundiza en el análisis de Leonardo, a raíz de su posible inclinación a una homosexualidad “ideal” y su capacidad de sublimación.

neurosis y como portadoras de una pulsión sexual más débil.

Por otra parte, se viene a agregar la conjetura de una mixtura en el carácter de un sublimador, donde se abre la posibilidad de que "(...) el análisis del carácter de personas altamente dotadas, en particular las de disposición artística, revelará la mezcla en distintas proporciones de capacidad de rendimiento, perversión y neurosis." (Freud, 1908b, p. 218). De acuerdo a esto, intuimos que de alguna forma, un desenlace no es absolutamente un obstáculo definitivo para el otro, la represión entonces no cerraría las vías definitivamente a la sublimación, podría haber caminos paralelos.²⁸

Pero sin lugar a duda, un alcance nuevo y relevante para la comprensión de la sublimación aparece en el primero de los Tres ensayos, titulado "Las aberraciones sexuales". Allí Freud (1905b), al hablar acerca desviaciones de la pulsión respecto de la meta, específicamente en el apartado "Fijaciones de metas sexuales provisionales", señalará que condiciones internas o externas que dificultan o posponen el logro de la meta sexual, provocarán una tendencia a la demora en los actos preliminares; por ejemplo ver, tocar, etc., posibilitando la emergencia de nuevas metas sexuales que podrían reemplazar a las primeras. Notemos eso sí, que en primer término, estamos hablando de ciertas metas sexuales que viene a reemplazar a otras, en su origen también sexual.

Sin embargo, se plantea que en base a una de estas actividades provisionales ha de tener lugar la sublimación. Como recién se dijo, una de estas actividades corresponde al mirar, siendo de las más importantes para la excitación sexual, ya que "La ocultación del cuerpo, que progresa junto con la cultura humana, mantiene despierta la curiosidad sexual, que aspira a completar el objeto sexual mediante el desnudamiento de las partes ocultas." (Freud, 1905b, p. 142) Esta situación, sexualizaría la mirada en cierto momento, se observa que hay un deseo y una satisfacción a través de ella; mas, sería esa posibilidad, esa meta sexual provisional o intermediaria, la que permitiría de algún modo, que esa energía sexual fuese utilizada para otros fines. Así, lo propone Freud (1905b) al hablarnos de ella,

Empero, puede ser desviada ("sublimada") en el ámbito del arte, si uno puede apartar su interés de los genitales para dirigirlos a la forma del cuerpo como un todo. La mayoría de las personas normales se demoran en cierto grado en esa meta intermediaria que es el mirar teñido sexualmente. Y esto les da aún la posibilidad de dirigir cierto monto de su libido a metas artísticas más elevadas. (p. 142)

Observamos primeramente de esta cita que nuevamente se liga la sublimación a la posibilidad de dirigir cierta cantidad puesta en un acto primariamente sexual, como lo es el mirar como actividad preliminar, a otra actividad no sexual que vendría estando dada por la creación artística, aunque la relación entre ambas no resulta tan trasparente²⁹. Lo que si resulta llamativo, es el planteamiento de que sea ese momento intermediario o esa

²⁸ Esto se entenderá mejor posteriormente en el segundo período, cuando se vea cómo distintos componentes de la sexualidad pueden sufrir destinos diferentes.

²⁹ Esta idea de la ligazón entre la pulsión de ver y la actividad artística será retomada en el análisis de Leonardo da Vinci.

demora lo que posibilite la sublimación, el cual podríamos hipotetizar sería un momento en que la pulsión ya ha sido sofocada (reprimida) en cierta forma, pues no está actuando directamente de acuerdo a su meta originaria. Por otra parte, hay que tener en cuenta que el sello de esta actividad como normal, demarca que no se ha instalado la perversión como tendencia predominante. Eso sí, no se ahonda aún en la génesis de este proceso, pudiendo preguntarnos, por qué si la mayoría se detiene en ese momento, sólo algunos logran dirigir esa energía hacia otra actividad como el arte. Qué es lo especial en ciertos sujetos que hace posible que sublimen o bien qué condiciones externas se encuentran en juego.

Sobrepasando estas dificultades por ahora, queremos finalmente hacer énfasis en lo que pese a todo se constituye como algo nítido: La sublimación es por definición un cambio de meta. Debemos partir por lo tanto, con la convicción de que no es sólo que se inhiba la pulsión o que se apague por un tiempo sino que está encontró real satisfacción en otro ámbito. Algo ocurrió con la pulsión, que permitió que ésta se pusiese al servicio de un sujeto inserto en una trama social, cómo esto pudo ocurrir es lo que lentamente habrá que determinar.

Para finalizar lo expuesto, también queremos hacer un alcance en torno a una aproximación hacia la sublimación que surge hacia los finales del desarrollo teórico freudiano³⁰, donde se nos señala que en ésta habría una modificación del fin y del objeto. Introducimos esta alusión ahora porque no nos parece que esto requiera un mayor análisis posteriormente, puesto que lo esencial de la sublimación ya está trazado aquí, en lo referente al cambio de fin y encuentro de uno nuevo no sexual. Vimos en la exposición de la pulsión en el marco teórico, que lo menos constante de la pulsión corresponde al objeto, por lo tanto, probablemente en la sublimación el cambio de meta de la pulsión sexual conllevará consigo una mudanza del objeto, el cual debiera ser acorde a los propósitos de la nueva meta. Pero esto último no es lo más importante, sino la nueva búsqueda de satisfacción de la pulsión por una vía que no sería la sexual.

LA LLAMADA SEXUALIDAD PERVERSA COMO TRIBUTARIA DE LA SUBLIMACIÓN

Introduciéndonos en el concepto de sexualidad propuesto por Freud, hemos llegado al hecho de que la sexualidad adulta o normal se caracteriza por el logro de someter las pulsiones desorganizadas de la infancia, que buscaban la obtención de placer separadamente, a un estado en que el desarrollo y primacía de lo genital permiten ponerlas al servicio de un fin común, la obtención de placer con un objeto ajeno que asegure la perpetuación de la especie. Sin embargo, el origen de la sexualidad genital nos dejó entrever las conexiones que toda la vida mantiene con la sexualidad infantil perversa, como también el que no todos los componentes logran llegar al desenlace esperado de un aunamiento en torno a la zona erógena genital, viniendo a proponerse otros destinos para aquellos que quedan en el camino.

³⁰ Nos referimos a alusiones hechas en *Psicoanálisis y teoría de la libido (1923a)* en el apartado sobre sublimación, y en la 33ª de las *Nuevas conferencias de introducción al Psicoanálisis (1933)*.

Es lógico entonces preguntarse, qué es lo que se sublima, de dónde proviene esa energía sexual que ahora ha de ponerse al servicio de otros fines. Avanzando en torno a esto y en conocimiento de una sexualidad adulta nacida a partir de la sexualidad infantil perversa, nos encontramos con que el germen de la actividad sublimatoria no se encontraría en la sexualidad genital, sino en las llamadas *pulsiones parciales* de la sexualidad, o podemos decir de otro modo, en los componentes de esta última.

Freud se adscribe firmemente a esta idea, señalando la diferencia con las energías puestas al servicio de la genitalidad, las cuales no serían sublimables, pero no profundiza ni ejemplifica este hallazgo, lo que provoca que otros autores posteriores se inclinen a considerar la sexualidad genital como posible de ser sublimada³¹.

En una línea similar a la de Freud, nos encontramos con la postura de Fenichel (1945) enfatizando que es muy improbable que la sexualidad genital sea sublimada, proponiendo que la consecución del orgasmo genital permitiría la sublimación de las pulsiones pregenitales. Sin embargo, tanto Freud, como otros autores no se esmeran en dejar explícito, la razón de esta oposición y quienes la han dado, no logran satisfacer la exigencia para con el lector. De todos modos, encontramos algunos antecedentes en que Freud nos dice que una sexualidad con el carácter íntegro y que por lo tanto, tiene aspiración de conjunto, reserva para ella una fuerza mayor, una especie de sinergia.

Por otra parte, debemos tomar nota de que posteriormente, en la 22ª de las conferencias de 1916-17, Freud habla de la sublimación ya sea de los componentes pregenitales o bien de estas mociones aunadas en torno a la genitalidad, aunque no continuaremos con un desarrollo en tal sentido en el próximo período porque no es una idea que se retome con profundidad. Además, postulamos, como veremos luego, que si la sexualidad infantil ha logrado sortear todos los obstáculos e instalarse en el plano de la genitalidad no habría necesidad de encaminar ciertas mociones sexuales por otros caminos distintos, no habría economía psíquica en sublimar, pues esas mociones tendrían posibilidad de encontrar satisfacción plena.

Aunque frente a estas reflexiones, no podemos dejar fuera de análisis la idea de que si bien ciertas mociones se han logrado instalar en el plano de la genitalidad, condiciones en la realidad que obstaculicen la posibilidad de satisfacción, podrían provocar una reanimación de libido fijada en épocas anteriores, siendo posible que aquellas mociones “dormidas” despierten complicando la vida de un sujeto que hasta ahora tenía las cosas bajo su control. Sin embargo, en este caso lo más habitual será que la represión salga al paso rápidamente buscando satisfacciones sustitutivas, para que estas pulsiones no hagan su aparición. Podríamos ahora pensar entonces, que efectivamente un abstínente estaría más cerca de un peligro de este tipo; pero por otra parte, aparece ya la idea de que la presencia de una pulsión hiperintensa despertada prematuramente³² podría prestarse también a la sublimación, ya que la fijación de la libido con más fuerza haría

³¹ Debemos también considerar que esta última es la idea más presente en el ámbito del sentido común, por lo que se piensa que la disminución de la actividad sexual (genital) podría mejorar el rendimiento en ciertas áreas, pero seamos rigurosos en que la idea freudiana se aleja considerablemente de estos planteamientos, no poniendo la abstinencia sexual como un eje del proceso sublimatorio. Si el artista es para Freud el modelo la sublimación, ya en “La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna” (1908b) sostiene que un artista abstínente es casi inconcebible.

difícil su prestación a la sexualidad adulta. (Freud, 1909b)

Pero más allá de esto, creemos que la ligazón entre la sexualidad adulta y la sexualidad infantil sobrepasa el cuestionamiento de una sexualidad genital sublimable. No cabría pensar en que la oralidad o la analidad se sublime, tampoco así la genitalidad, son expresamente los componentes los que están en juego en este proceso. Es necesario superar la idea de una energía sexual compacta, acabada en torno a un órgano y tener en cuenta la concepción de una libido que está dada por el aporte de numerosas pulsiones en juego, las cuales en estado de autonomía serían inutilizables, dado el desarrollo del sujeto.

Frente a estas aclaraciones, el postulado de las pulsiones parciales de la sexualidad como tributarias de la sublimación, lo encontramos ya en la primera descripción de ésta, como dijimos en el apartado anterior, en el caso *Dora* (1905a). En esta ocasión, hablando de las perversiones en general, Freud (1905a) señala:

Las perversiones no son bestialidades ni degradaciones en el sentido patético de la palabra. Son desarrollos de gérmenes, contenidos todos ellos en la disposición indiferenciada del niño, cuya sofocación o cuya vuelta {Wendung} hacia metas más elevadas, asexuales –su sublimación– están destinadas a proporcionar la fuerza motriz de un buen número de nuestros logros culturales. (p. 45)

Vemos en base a esto, como la personalidad de una persona surge a raíz de su sexualidad infantil, siendo el cuadro de la perversión uno de esos posibles desenlaces; esas pulsiones perversas de la infancia también podrán encontrar otras salidas para su satisfacción, una de ellas dada por la sublimación. Contribución de la sexualidad perversa a la actividad sublimatoria, que vuelve a quedar firme y explícitamente establecida en un pequeño apartado titulado “La contribución de lo anímico en las perversiones”, en el primero de los *Tres Ensayos* (1905b) dirigido al tema de las aberraciones sexuales, “Quizás justamente en las más horrosas perversiones es preciso admitir la más vasta contribución psíquica a la transmutación de la pulsión sexual.” (Freud, 1905b, p. 147)

La idea de las pulsiones parciales al servicio de la sublimación prima también en las conferencias dictadas sobre Psicoanálisis en la Clark University en 1909, pero detengámonos un minuto en la importancia de estas conferencias, ya que es un momento en que Freud sintetiza el recorrido del movimiento psicoanalítico hasta esos días y por lo tanto, marca también una revisión de los hallazgos en torno a la sublimación durante el primer período que hemos fijado, previo a que se introduzca el narcisismo dentro de la teoría.

En este ámbito, vemos que en la tercera de estas conferencias, tras ubicar la producción onírica como un medio que da cuenta de la existencia de lo inconciente, se sostiene la relevancia de la infancia temprana en el desarrollo posterior del sujeto. Así, en el sueño de cualquiera, sería posible pesquisar como las manifestaciones de la vida infantil continuarían su existencia³³, pudiendo llegar a encontrarse los nexos entre las

³² Hecho que se verá posteriormente también en el análisis de Leonardo en referencia a las pulsiones de ver e investigar.

³³ Tengamos en cuenta la noción de atemporalidad de lo inconciente.

mociones de deseo de la época de la niñez y el hombre “normal”, que a través de represiones, sublimaciones y formaciones reactivas ha logrado conquistarlas para hacerse parte del proceso cultural. (Freud, 1909b). Si bien, no hay una mayor profundización ante lo expuesto, en relación a que aparecen la represión, la sublimación y la formación reactiva como entidades separadas, hay un alcance claro de que la sublimación de las tendencias sexuales infantiles tendría un lugar en la constitución del sujeto adulto, tema que junto a la idea de la sublimación como un cambio de fin, ha sido la constante en todos los textos del período.

Así, Freud nuevamente termina su exposición haciendo énfasis en la omnipresencia de la sexualidad perversa en todas las manifestaciones humanas, incluso las más valiosas, las que estarían relacionadas con la sublimación, un destino de las tendencias infantiles que sería el más favorable para el sujeto, explicitando ahora como aquellas actividades más elevadas del individuo se originarían en la sexualidad infantil y la particularidad de la pulsión para lograr este fin, siendo la fuente de los más grandes logros culturales, “(...) y son los componentes de la pulsión sexual los que se destacan en particular por esa aptitud para la sublimación, para permutar su meta sexual por una más distante y socialmente más valiosa de un mayor valor social.” (Freud, 1909b, p. 50)

Sin embargo, surge un nuevo punto de interés cuando Freud se dedica a hablar precisamente de la sexualidad infantil en la cuarta de estas conferencias, mostrando como en los correspondientes activo y pasivo de la pulsión de ver (placer visual) encontrarían su germen el afán de saber y la tendencia a la exposición artística y teatral, tema que será tratado con detención posteriormente en el análisis de Leonardo por darse en este último ambas tendencias. Más allá de esto, es interesante que la inclusión de los términos de actividad y pasividad³⁴, invocan la idea de un determinismo desde las particularidades de la pulsión a la consecución de una actividad artística precisa, y no sólo esto sino que la lógica de la exposición marca la idea de una cualidad de la pulsión. Por lo tanto, podemos pensar una cualidad desde lo biológico que posibilita esta tramitación de la energía de los deseos infantiles por otras vías y además, se invoca el planteamiento de que de todas formas cierta fracción de la pulsión sexual necesita de satisfacción directa.

Por último, también en el ámbito del logro cultural, aunque ya ha sido tocado en distintos puntos, en su texto *La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna (1908b)* no se desconoce la importancia de las pulsiones parciales para el sostenimiento de la cultura, haciendo énfasis en la importancia de éstas en el proceso de transformación cultural, mostrando como en el camino hacia la síntesis en la genitalidad “(...) una parte de la excitación sexual brindada por el cuerpo propio es inhibida por inutilizable para la función reproductora, y en los casos favorables se la conduce a la sublimación.” (p. 169)

Como se ha visto, en este momento sólo hemos querido poner el énfasis en como esa energía desorganizada proveniente de las distintas zonas erógenas puede ser conducida a la sublimación, es decir, puede cambiar su fin por otro más acorde a las exigencias de la cultura. Vemos por lo tanto, que también se instala la idea de la

³⁴ Los términos activo y pasivo ya fueron trabajados por Freud en “Tres ensayos de teoría sexual” (1905) y el tema es retomado en “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915a).

sublimación al servicio de la labor cultural, donde la renuncia a la satisfacción pulsional es lo que posibilita que esas energías se utilicen para una labor común.

REPRESIÓN Y SUBLIMACIÓN:

La sublimación frente a las exigencias de la cultura

¿Es la sublimación un proceso ligado a la represión y posibilitado por ella o acontece por otra vía? Esta es la pregunta que nos abre el análisis de la sublimación en este primer período, hay un más allá de la represión o una vez que el ser humano se inserta en el proceso cultural, toda manifestación de la sexualidad se considerará como un peligro para vida en sociedad y, por lo tanto, la sublimación ha de servir a la dominación de la pulsión para que sirva de sostén a la cultura.

Precisamente, característica de este período es la dificultad para discernir si la sublimación corresponde a una actividad afín a la represión o ambos son procesos totalmente diferentes. La inclinación es a nombrar la sublimación como un proceso independiente, demarcado por la idea de un cambio de meta, y un mayor estado de salud para el sujeto, en relación con el costo psíquico impuesto por la represión. Pero en el desarrollo de la exposición, cuando se intenta describir el mecanismo de cómo la sublimación opera, esta distancia entre sublimación y represión se angosta, apareciendo la implantación del concepto como una necesidad teórica, encarnada como un poder vivir mejor dentro de la trama social, escapando a la aplastante neurosis y aportando a la obra cultural. Sin delimitar claramente si la sublimación es algo que ocurre una vez que las tendencias de la infancia han sido ya reprimidas, posibilitándose una nueva vía de salida para que el sujeto no se enferme, o bien ocurre desde el origen, es decir, ciertas mociones nunca fueron reprimidas.

La sublimación se impone una y otra vez demarcando su terreno propio, pero no permitiendo la visibilidad del proceso que configura su plano distintivo; la conocemos a través de sus efectos, la no patología y la consecución de productos de estimación cultural, pero de sus causas aún es prácticamente nada lo que sabemos. Esto hace que su exposición a veces, aparezca forzada, especialmente en su ilustración a través de los casos clínicos, demostrando la incapacidad de Freud para bajarla a la realidad desde el plano de sus elucubraciones. Es en este intento donde la sublimación se pierde en los terrenos de la represión, quedando la sensación de que efectivamente sería un proceso mediado y posibilitado por ésta. Así, por ejemplo, en el análisis de Juanito (1909a), hay una breve alusión a que el niño desarrolla una oleada represiva y en paralelo se desarrolla una sublimación reflejada en un interés por la música; pero no hay más explicación, como si la sola alusión a que Juanito haya logrado ocupar ciertas mociones sexuales en el plano del arte, marcarse el que se esté sublimando, sin importar el proceso por el cual esto se llevó a cabo. No se nos hace posible distinguir la particularidad básica del fenómeno, siendo más que nada la actividad que aparece como resultado la que está dando el sello al proceso.

Si resulta casi absurdo pensar que el desarrollo de una acción como la creación de

una pieza musical o una pintura sea considerada como un síntoma, estas manifestaciones no pueden ser tratadas como tal y, por lo tanto, es necesario darle un nombre a su altura, aunque se intuye que el proceso ocurrido debe ser singular. Esta concepción surge además como una necesidad esperanzadora para el autor, frente a su pesimismo respecto de la “cultura” reinante en su época, que exige un sacrificio total de las tendencias del individuo, dando la sensación de que no habría un camino posible distinto del de la represión para ser parte del fenómeno social.

Estamos ante un Freud movido por resolver la paradoja de cómo se concilia la satisfacción del hombre y el progreso cultural. Su postura, que se marca de lleno en *La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna (1908)*, supone que todos estaremos obligados a sofocar estas mociones, pero algunos enfermarán menos que otros de neurosis porque no existirá para ellos el costo de la inhibición psíquica, sino que esta renuncia se traducirá en un hiperrendimiento. Mas la nebulosidad de cómo ocurre esta traducción hace que al parecer, esta distinción se sostenga en la necesidad de demarcar que no todos somos neuróticos; las condiciones culturales impuestas demandarían que deberíamos serlo, pero existe la posibilidad, en este momento muy intangible, de que uno sea el portador de algo especial que ha de impedir que la contingencia lo relegue. Pero por ahora, sólo el producto surgido tras la supuesta sublimación, estaría marcando la diferencia.

Demasiados rodeos que dejan a la sublimación hasta ahora en un camino incierto, difícil de aprehender, a veces ilusionante en cuanto a los alcances para la humanidad y otras veces decepcionante, en cuanto se nos aparece un sujeto preso en una cultura que sólo implicaría renunciaciones sin un campo de expansión o satisfacción real posible; aunque como dijimos, queda la sensación de que esta última es la tónica preponderante de este período y que se plasma de lleno en “La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna”.

Ya vimos que en este texto, Freud (1908b) describe como la cultura se sustentaría en la renuncia pulsional, pero tal como las pulsiones parciales de la sexualidad sirven al logro cultural, a través de su inherente condición de poder cambiar su meta originariamente sexual, proceso denominado sublimación, la pulsión sexual también constitucionalmente está propensa a fijaciones, inmovilizando la libido, con la imposibilidad de usar esta energía para fines culturales, desencadenándose la perversión. También la posibilidad de la neurosis está siempre presente, pero en este caso podríamos considerar que la energía está siendo inhibida a través de la represión, con el fin de no dañar la vida civilizada; pero la improductividad neurótica tampoco da cuenta de que sea ésta la mejor forma de servir a la cultura, ¿es entonces la sublimación un modo particular de represión en que el sujeto se torna productivo?

Al parecer, todo nos lleva por ese camino en este período, aunque quisiésemos íntimamente que no fuese de esta manera. Así, recordemos aquella afirmación del apartado anterior, donde se nos señalaba como en el curso de la evolución hacia la sexualidad normal, cierto monto de energía no útil a esta labor pudo ser conducida en el mejor de los casos hacia la sublimación, pero notemos ahora la sutileza con que Freud prosigue “De tal suerte, las fuerzas valorizables para el trabajo cultural se consiguen en buena medida por la sofocación de los elementos llamados *perversos* de la excitación

sexual.” (Freud, 1908b, p. 169). La sofocación es la que aparece entonces posibilitando el uso de estas energías en otro ámbito; podríamos pensar en todo sujeto que no tenga una disposición a la perversión, primero en cierta medida la represión tiene que ocurrir, un segundo momento es el que permitiría el giro logrando que no se desencadene la patología, sino que a través de una transformación ocurrida dentro del aparato psíquico, estas energías se pondrían ahora al servicio de la capacidad de rendimiento de la persona.

En vistas de esto, ha de planteárenos la interrogante si es efectivamente este el mecanismo que posibilita la sublimación, en tanto todas las mociones de deseo no utilizadas sucumbirían a la represión para luego abrirse un camino a la sublimación, desde un regreso a lo consciente, o bien la sublimación ha de ocurrir desde el inicio con ciertos componentes de la pulsión sexual; aunque seguimos postulando que es la primera de las alternativas la que sobresale en estos momentos. Así lo deja entrever nuevamente Freud en las Conferencias de la Clark (1909) cuando visualiza el rol de la sublimación en la terapia. Se habla aquí explícitamente de que una vez que se ha producido el retorno desde lo inconsciente, el analista podría ayudar al paciente a que se encuentre una nueva salida a ese conflicto ³⁵, pudiendo ser uno de estos caminos la sublimación, lo que además sería contradictorio con la posibilidad de que sólo una minoría pueda sublimar.

También se agrega el hecho de que si la represión ocurre de forma muy prematura impediría que se sublime, pero en el caso de que la represión se levante se podría volver a sublimar, en este trance de liberación de mociones éstas podrían reencontrar diversos destinos. En este contexto, se nos advierte que tanto neuróticos como sanos están sujetos a los mismos complejos y que la presencia de una u otra manifestación o para decirlo de otro modo, el camino que tomarán estas mociones, será el resultado de una serie de factores en juego, “Depende de constelaciones cuantitativas, de las relaciones entre las fuerzas en recíproca pugna, que la lucha lleve a la salud, a la neurosis, o a un hiperrendimiento compensador.” (Freud, 1909b, p. 47). ¿Es esta última vía del hiperrendimiento realmente la sublimación? Confesemos que resulta bastante tentador, aunque insatisfactorio pensarlo así ³⁶.

En consideración a esto, vemos nuevamente que sería la relación a un logro mayor por parte del sujeto, lo que está sosteniendo el concepto de sublimación en este momento, en un ámbito cultural que irremediablemente exige la renuncia a la satisfacción.

Freud (1908b) distingue tres grados de cultura; en el segundo de ellos, correspondiente a aquel momento del desarrollo en que la pulsión es coartada en su totalidad, salvo en la parte puesta al servicio de la reproducción, o sea cuando quedan prohibidas las prácticas llamadas perversas, ya se encuentran dos grupos de sujetos que no han seguido el desarrollo hasta el curso demandado, apareciendo como desviados

³⁵ Esta posibilidad es reexaminada con una postura contraria en “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico” (1912a).

³⁶ Notemos que en la traducción de López-Ballesteros, figura directamente la palabra sublimación en vez de hiperrendimiento, “*De circunstancias cuantitativas y de las relaciones de las fuerzas que combaten entre sí depende que la lucha conduzca a la salud, a la neurosis o a sublimaciones compensadoras.*” (Freud, 1909c, p. 1560)

respecto del logro de la sexualidad normal. Por un lado, estarían los propulsores de la cultura, que podríamos considerar los sujetos con tendencia a la represión, y por otro lado, estarían los perversos (siempre que la fijación no sea muy intensa) y homosexuales, sumándose la caracterización de estos últimos como más propensos a sublimar. De esta forma, aparece un hallazgo que nos dará luces para el próximo período, poniendo a la sublimación como una actividad que permitiría que una tendencia contraria a la cultura pudiese encontrar un cauce en ésta, distinto del de la represión, no nocivo; eso sí siempre y cuando las tendencias perversas no sean demasiado intensas o exclusivas como para inutilizar al sujeto socialmente.

Más aún el tercer grado de cultura, que Freud refiere como el preponderante en la época de su escrito, y que demanda la abstinencia sexual hasta el matrimonio o toda la vida en caso de no contraerse, podría tener serias consecuencias para el individuo, ya que "(...) la tarea de dominar una moción tan poderosa como la pulsión sexual por un camino que no sea la satisfacción es tal que puede requerir todas las fuerzas de un ser humano." (Freud, 1908b, p. 173). Mostrando como el costo de esta renuncia ha de traducirse en general, en neurosis, ya que la sublimación, como proceso distinto al de la génesis de la neurosis y que constituiría la única vía de encontrar una salida "sana" a la pulsión, estaría limitada a muy pocos. Ahora señala Freud (1908b), aquellos que no habrían enfermado en el segundo grado de cultura también se encuentran expuestos.

Aún veamos otra cosa que viene a agregarse, no toda la energía de la pulsión sexual es sublimable, cierto monto necesita de satisfacción sexual directa, marcándose una cualidad condicionada a la pulsión misma, que de no ser cumplida puede producir estados patológicos. Pero más allá incluso de esta nueva demanda de la pulsión, que al parecer ha de estar determinada por su origen biológico, tengamos en cuenta que una afirmación aparentemente tan simple como la propuesta, nos lleva a pensar que si nos hemos venido haciendo la idea del sublimador como una especie de asceta, que ha logrado abstraerse de toda necesidad terrenal, esta imagen se ha derrumbado. Nadie hay que logre librarse por completo de sus más profundas intenciones, de sus necesidades más primitivas, éstas reclaman satisfacción haciendo patente la condición humana.

Antes de proseguir con el desarrollo, resumamos algunas ideas que han venido circulando en torno a una disposición que tendrían ciertas personas a la sublimación. Aunque aún no esté clara la separación entre represión y sublimación, y considerando que la actitud para la sublimación es algo propio de la pulsión sexual, se pueden discernir ciertos factores que vendrán a poner en juego la capacidad de cada sujeto para sublimar; es un hecho tangible el que no todos poseemos igual capacidad de sublimar.

Freud (1908b) señala que el papel primordial estaría dado por lo biológico, es lo congénito lo que va a mandar en la posibilidad de sublimar en una persona, por lo tanto, se reitera la idea de que algo en la pulsión demanda esta sublimación. Pero este factor no puede desplegarse por sí solo, sumándose las influencias de la vida a la que una persona está expuesta y la acción del intelecto, aunque no queda muy claro a que se está refiriendo esto último, si a la capacidad intelectual, a la voluntad, etc. Pese a esto, si está presente nuevamente la idea de la sublimación como una actividad de ciertos sujetos, como un don como lo dijimos anteriormente, o como un cierto talento como lo veremos enseguida, capacidad "especial" que el autor todavía señala no poder describir.

Una forma de gratificación típica de la neurosis es el refugio en la fantasía, recordemos que Freud (1909b) nos señala que en general, quien está insatisfecho es quien fantaseará, y quien se refugia en ella no tardará en enajenarse y producir síntomas; por el contrario, “El hombre enérgico y exitoso es el que consigue trasponer mediante el trabajo sus fantasías de deseo en realidad.” (Freud, 1909b, p. 46). Esta posibilidad se nos muestra en *El creador literario y el fantaseo (1907)*, texto en el que se visualiza como el artista logra plasmar en realidad sus fantasías tras sobornar a sus lectores por medio de un placer estético. Entonces la sublimación es una vía, y la única podríamos entender, en que se hace posible reconducir a la realidad, deseos inconcientes,

Cuando la persona enemistada con la realidad posee talento artístico, que todavía constituye un enigma psicológico, puede trasponer sus fantasías en creaciones artísticas en lugar de hacerlo en síntomas; así escapa al destino de la neurosis y recupera por este desvío el vínculo con la realidad. (Freud, 1909b, p. 46)

Enigma psicológico que encierra también el misterio en torno a la sublimación, ya que, si bien aquí no aparece un nombre para el proceso, ésta parece ser al fin la definición de la sublimación durante este período. Una actividad “compensadora”, que de algún modo logra sortear la represión, posterior a que un deseo ya ha sido reprimido, encontrando por otra vía la satisfacción, en este caso específico, por la vía de la creación literaria. Obra de arte que a través de la conmoción que genera, también ayudaría a que quienes actúan como espectadores pudiesen reencontrarse con deseos primitivos, que tendrán posibilidad de retransmitirse por una vía más sana.

Por lo tanto, en el análisis que hemos venido haciendo de la relación entre la represión y la sublimación, por ahora podemos establecer que en tanto ciertas pulsiones se han tornado insoportables para el sujeto a medida que ocurre el desarrollo, la represión necesariamente actúa, otra cosa es lo que ocurra después. Sin embargo, pese a la inquietante falta de distinción entre los tres conceptos mencionados hasta ahora (represión, sublimación y formación reactiva) debemos denotar que existe un esfuerzo por establecerlas como tres entidades separadas, distintas; aunque aún, no podemos decir que el modo como se ejecutan al interior del aparato psíquico sea diferente.

Para finalizar, debemos tener en cuenta que en este período nos encontramos frente a una postura pesimista respecto de la posibilidad de que la sexualidad encuentre algún tipo de gratificación en la cultura. Tenemos precisamente una cultura sustentada en la represión de la pulsión sexual, en una renuncia a lo pulsional, esa es la “norma básica” para poder vivir en sociedad. Aquí aparece la sublimación como un elemento que también se comporta a favor de sostener los límites impuestos por lo cultural, pero con la salvedad de que el sujeto se tornará útil a esta labor, no enfermándose y por lo tanto, demostrando que por alguna vía la pulsión ha logrado satisfacerse, pero sin poder demarcarse nítidamente si esta satisfacción se comporta como una especie de sustitutivo. En este contexto, todo alejamiento de lo pulsional que permitiese vivir mejor al hombre en el ámbito de lo social, como por ejemplo la fuerza puesta en el trabajo, podría considerarse como sublimación de las mociones pulsionales básicas. Una renuncia a lo pulsional, que si bien ligada a la represión, en tanto aparece la latencia y la introyección de la norma moral como un momento central para el logro de esta actividad, no hace que

el sujeto se vea improductivo y obstaculizado en su desempeño por numerosos síntomas.

Tengamos en cuenta, eso si que ya en varios momentos se denota la idea de un proceso especial, un destino de la pulsión probablemente obstaculizado por la represión y que se relacionaría con metas elevadas en la cultura. Quizás esta simple alusión de estas supuestas “metas elevadas”, nos dé luces para pensar una de las facetas de la sublimación en el próximo período.

Formación reactiva y sublimación.

El concepto de formación reactiva es instalado en la teoría tras observación de manifestaciones singulares en el desarrollo del niño, las que tienen lugar en el período de latencia, descrito en *Tres ensayos de teoría sexual (1905b)*. De forma contigua y posibilitado por lo particular del estadio de latencia, emerge también la sublimación, dado que es preciso que el infante resuelva sobre el torrente de libido que aspira a metas que sobrepasan su capacidad constitucional y de elaboración psíquica, podría decirse entonces que ésta aparece ubicada en un punto de ruptura. Estos desenlaces del curso de la libido serán funcionales en cuanto a la dirección que han de tomar las pulsiones, pero gravitarán de forma distinta para efectos de intereses de la cooperación de las pulsiones y posibilidad de gratificación en una etapa más tardía, donde la intensidad o particular composición de las fuerzas en juego conducirán o tendrán que avenirse a los conflictos que esperan al sujeto.

La formación reactiva no se presenta en los “Tres ensayos de teoría sexual” (1905b) desde lo patológico, sino como una lectura condicionada desde la biología, y desde su desempeño es posible rastrear virtudes que son funcionales al medio, como son los sentimientos sociales. Es en base a aquel producto que se sitúa junto a la sublimación; en efecto, ambas son instaladas por Freud, bajo un destino común, correspondiente a la contribución al logro de metas valorables, las cuales nutren a la cultura.

Freud, por lo tanto, presenta estos dos conceptos ligados a una labor común, consistente en asegurar que la pulsión sexual no disponga de satisfacción en su meta originaria. De hecho, Freud (1905b) nos hablará de la formación reactiva como una expresión de la sublimación, aunque podemos leer en ésta una expresión reducida, una subvariedad de la sublimación. Así, la formación reactiva ejerce un proceso con miras a la inhibición de ciertas vías de satisfacción de las pulsiones perversas, intensas en aquel período, para lo que dispondrá de una fuerza en pugna de contenido contrario a esas metas sexuales que se despliegan anárquicamente, la que irá reduciendo a la fuerza original a lo inconciente. Por ello, si revisamos tal contemplación de Freud, haciéndose aliada la formación reactiva de la sublimación, podemos aventurar que esta última aún no es reconocida con independencia de la represión, en vistas de que, además, la formación reactiva se caracteriza por su ligazón con la actividad represiva, idea presentada explícitamente en *Inhibición, síntoma y angustia (1926)* y como la apreciamos en la definición propuesta por Laplanche y Pontalis (1971) que la definen como una “Actitud o hábito psicológico de sentido opuesto a un deseo reprimido y que se ha constituido como reacción contra éste (por ejemplo, pudor que se opone a tendencias exhibicionistas).” (1971, p. 165)

Entonces, lo que ocurre es que se disponen fuerzas contrarias al erotismo infantil, desde las mismas pulsiones parciales. Freud (1905b), nos indica que se erigen fuerzas de carácter inhibitor, que vendrán a oponerse al despliegue de la actividad sexual infantil, **(...) las mociones sexuales de estos años infantiles serían, por una parte, inaplicables, pues las funciones de la reproducción están diferidas, lo cual constituye el carácter principal del período de latencia; por otra parte, serían en sí perversas, esto es, partirían de zonas erógenas y se sustentarían en pulsiones que dada la dirección del desarrollo del individuo sólo provocarían sensaciones de displacer. Por eso, suscitan fuerzas anímicas contrarias (mociones reactivas) que construyen, para la eficaz sofocación de ese displacer, los mencionados diques psíquicos: asco, vergüenza y moral. (p. 162)**

De esta cita, se aprecia la condicionante de displacer suscitada por mociones infantiles, en un contexto en que la dirección de desarrollo biológico del sujeto no les da cabida. Lo perverso de estas mociones es reconocido como inutilizable, pero abordadas desde un mecanismo funcional con carácter de opuesto se tornan ahora provechosas, al menos para sostener al sujeto, cristalizándose incluso, en carácter. La contribución al carácter, a una coraza, nos remite a la acción de protección constante, postulando que la formación reactiva obedecería a un mecanismo defensivo, quizás con una fuerte impronta filogenética. Visualizando el displacer que se anuncia y en consideración a él, una defensa como la formación reactiva aparece con el propósito de apartar peligros. Sin embargo, aunque ejecutados desde el Yo, Freud (1937) advierte que estos mismos mecanismos defensivos pueden constituir un peligro,

***El gasto dinámico que se requiere para solventarlo, así como las limitaciones del yo que conllevan casi regularmente, [consideremos la “derrota” que implica para el niño la resolución del Edipo] demuestran ser unos pesados lastres para la economía psíquica. Y, por otra parte, estos mecanismos no son resignados después que socorrieron al yo en los años difíciles de su desarrollo (...)*” (p.239)**

Si bien, el extracto obedece a la descripción desde la segunda tópica, no deja de darnos pistas en relación a que lo funcional para un tiempo ha de proyectar su sombra a futuro, posibilitando la contracción de neurosis. El panorama descrito acerca de las formaciones reactivas y sus logros para con la cultura, permiten ligar este tipo de formaciones con la represión, salida conciliadora con la exigencia de la civilización y generar paralelamente la ilusión, de un logro temprano por parte de la educación (dispositivo en pro de la civilización de la sofocación de los impulsos hostiles).

Por su parte, el carácter vendría siendo una instancia ampliada al organismo total, que actuaría todo el tiempo y que amplificará estos diques erigidos en la infancia, una instancia egosintónica. Freud en *El carácter y el erotismo anal (1908a)*, ejemplifica los mecanismos que subyacen y sostienen el carácter a modo de reacción: por ejemplo, el asco en contra del erotismo anal se traduce en manifestaciones de prolijidad, ahorro, que encuentran cabida en lo social. Este erotismo anal expresado en carácter, nos habla de una estructura consolidada, como si tuviese que responder a un peligro siempre constante (Laplanche & Pontalis, 1971); el peligro constante del afloramiento de la sexualidad infantil, que es lo que se nos muestra en los “Tres ensayos de teoría sexual” (1905b). Da la impresión por tanto, que la meta de la formación reactiva constituye una acción para el repliegue de aquellas mociones más rebeldes.

Frente a esta descripción de la formación reactiva, situándonos nuevamente en un recorrido histórico, observamos que la primera aproximación de Freud al concepto de sublimación, podría presumirse que es en la línea de la formación reactiva. Es así, que en su *Psicopatología de la vida cotidiana (1901)*, hará referencia a ella en el Tercer Apartado dedicado al olvido de nombres y series de palabras. Hay ocasiones dirá el autor en que “El motivo para olvidar un nombre puede ser también más fino, consistir en una inquina por así decir “sublimada”.” (Freud, 1901, p. 32). El ejemplo relatado por la Srta. I. von K. trata sobre una pequeña teoría elaborada por ella, de que los hombres con aptitudes pictóricas habitualmente no comprenden la música, o al contrario. Sin embargo, si bien su teoría ha demostrado validez, existe para ella un sujeto excepción, el cual al querer citarlo no puede recordar su nombre, pese a tratarse de alguien que conoce bien. A los pocos días al oír su nombre casualmente, es reconocido inmediatamente por ella como el destructor de su teoría, “La inquina que inconcientemente alimentaba contra él se exteriorizó por el olvido de su nombre, para mí tan familiar de ordinario.” (Freud, 1901, p. 33)

Pese a que esperaríamos una fuerza opositora, para contrarrestar aquella agresividad, el olvido como manifestación de aquello que “se sublima”, surgiría como la expresión indirecta (“algo más sutil”), de una emoción (el rencor) que no puede ser mostrada transparentemente por la persona porque una barrera interna e inconciente lo prohíbe, debido a la relación establecida por parte de éste con un complejo personal; barrera relacionada con los diques anímicos establecidos que son funcionales. Este ejemplo de olvido se diferenciaría de los otros citados en aquel texto precisamente por la sutileza de su manifestación, ante la agresión que subyace hacia el sujeto, ha aparecido un olvido. Sin embargo, se observa que sólo aparece el olvido disfrazando el sentimiento de rencor, pero sin perder su esencia, y por lo tanto, sólo como un proceso mediado por la represión, lo que en este caso se acomoda a la definición de formación reactiva.

Anteriormente, señalamos un destino común representado en la funcionalidad del logro, en la sublimación o la formación reactiva, para lo cual éstas se habrían nutrido de las propias fuerzas perversas. Pese a esto, podemos acceder a un reparo en este punto en lo concerniente al uso de la fuerza de la pulsión, ya que la sublimación surgiría como habilitación de la pulsión que logra una dirección hacia una nueva meta, donde la tensión es reducida con carácter de una satisfacción mayor en comparación a la formación reactiva, en el sentido que la pulsión se arrojó a una acción y no en contra de otra moción perversa. En cambio, en la formación reactiva, si bien se extraen fuerzas de la pulsión en juego (catexis-contracatexis), esta pulsión no ha abandonado su meta original, por tanto, la otra tendencia hará fuerzas de choque, donde el extremar las fuerzas conllevará al desgaste y apelará a la rigidez u otro mecanismo para sofocar la tendencia. De esta manera, podríamos pensar un producto con un valor menos estimable por parte de la formación reactiva, a lo que ofrecería la sublimación. En otras palabras, la sublimación habría expresado a la pulsión sin reparos a diferencia de la formación reactiva que explicita un reparo a la pulsión a modo de fuerza.

Más allá de estas distinciones es preciso dar cuenta en la teoría, de una escasa demarcación entre ambos fenómenos por parte de Freud durante este período, considerando conjuntamente los conceptos de sublimación, formación reactiva y

represión. No es menor, que una nota agregada en 1915 a los “Tres ensayos de teoría sexual”, venga a rescatar conceptos que se complementan en ese entonces, colocando énfasis ahora en una distinción conceptual, considerar a la sublimación y a la formación reactiva como procesos distintos. De hecho, vemos en la descripción de la formación reactiva, un mecanismo que opera como contracatexis al igual que la represión, pero al contrario, para la sublimación no se da cuenta de un operar psíquico, sólo se describe, siendo desde sus efectos que se liga a la formación reactiva, ya que las dos decantan en logros.

Es desde los efectos de un proceso llamado “sublimación” de donde se instala en la teoría el nuevo destino de la sexualidad, su vuelco para ponerse al servicio del progreso.

4.2 SEGUNDO PERÍODO: 1910-1919

LA SUBLIMACIÓN COMO DESTINO PULSIONAL

Asistimos en este período, a un tiempo en el que Freud se esfuerza a una acción de síntesis sobre los logros del Psicoanálisis, donde una de sus principales tareas es legitimar una convención necesaria que es la pulsión; debe darse a la tarea de describirla y consignarla como un concepto bien adaptado para el andamiaje de la teoría y la observación clínica, reconociendo un riesgo menor al preverse una modificación de ésta, cuando ya se anuncia el tránsito al segundo dualismo, que se expresa en aventuradas deducciones acerca de ciertos mecanismos y sus consecuencias en el acaecer anímico.

En este contexto, en su escrito metapsicótico *Pulsiones y destinos de pulsión (1915a)*, Freud nos da un indicio significativo, al mencionar a la sublimación como uno de los destinos posibles que puede sufrir la pulsión sexual en el curso del desarrollo del individuo. Sólo se enuncian tres destinos además de la sublimación: la transformación en lo contrario, la vuelta contra la propia persona y la represión³⁷. Una sola alusión tan sutil como ésta, pero que marcará una lógica con la sublimación a partir de este momento, la insistencia en explicitarla como un proceso diferente al de la represión.

El intento de trazar un distinguo entre ambos fenómenos, se observa desde las primeras alusiones al tema³⁸, pero pese al deseo de separarlos y delimitarlos, nos encontramos con que en el primer período (1900-1909), el énfasis puesto en la actividad sublimatoria como sostén de la cultura, impidiendo el libre despliegue de la sexualidad, a lo que se suma la confusión y falta de conocimiento de la naturaleza de las pulsiones, ofrecen un panorama impreciso en la demarcación de sus límites.

³⁷ En el texto acerca de la Represión (1915b), hallaría lugar otro destino de pulsión, la transformación del afecto en sentimiento de angustia.

³⁸ Recordemos el intento de demarcación entre represión, formación reactiva y sublimación.

Pese a esto, el registro de un segundo período que se inaugura con un texto acerca de Leonardo da Vinci (1910a), transitando por Introducción del Narcisismo (1914) y los escritos metapsicológicos de 1915, constituyen la revisión medular, que permite situarnos en un nuevo contexto de la teoría para con la sublimación.

En este período, se introduce el concepto de narcisismo y el de Ideal del yo, como anticipo al Superyó de la segunda tónica, siendo posible a la luz de ellos, hacer reconocimiento de un recorrido que se apartaría de la represión concluyendo en satisfacción, a modo de una nueva apuesta hacia el sujeto, a quien le sería posible la consecución de gratificación en los límites de su escenario “cultural”.

Esta es una época en se entrecruzan conceptos familiarizados con la observación tónica y de las pulsiones que antes se mantenían aislados, como lo hace ver Laplanche (1973), señalando la existencia de un “punto nodular” en el curso de la teoría, otorgado por el narcisismo, que permite inclinarse hacia un nuevo desarrollo. Será entonces, frente a este nuevo panorama, donde Freud se entregará de manera manifiesta a la firme tarea de delimitar los distintos caminos de desarrollo de las pulsiones sexuales.

Con respecto a la sublimación, el mayor énfasis estará en una manifestación clara y acentuada a considerarla como un proceso totalmente diferente e incluso antagónico a la represión, es decir, la posibilidad de su emergencia dependería de la no presencia de la otra, no siendo posible sublimar aquellas tendencias sobre las cuales la represión está operando. Este será un punto explícito en el análisis hecho en torno al tema en “Introducción del narcisismo” (1914), con la separación entre idealización y sublimación. Pero también se vuelven a hacer alusiones directas a esto en otros textos, como lo vemos en *Pegan a un niño* (1919), donde en una pequeña nota entre paréntesis, se otorga la posibilidad de que la sublimación nazca de un proceso especial probablemente obstruido por la represión.

Sin embargo, lo anterior no reconoce un viraje radical para con la sublimación en cuanto a su definición, observándose ya asomo de esta tendencia en el período pasado. Además, nos inclinamos a pensar que los pilares centrales en torno a ella, ya fueron introducidos en los textos tempranos, viniéndose a proponer ahora nuevas aclaraciones que permitirían un mayor entendimiento en cuanto a su modo de operar. Se conserva así, la concepción de la sublimación como un cambio de meta de la pulsión sexual y el rol cabal de las llamadas pulsiones perversas, que se hará más comprensible ahora a la luz de la figura de Leonardo, en cuyo análisis veremos de forma nítida la importancia de la disposición infantil, en referencia al contexto de vida de los primeros años del sujeto, como también los destinos diversos que pueden acontecer sobre los distintos componentes pulsionales.

Tal como lo señala Strachey en la nota introductoria a *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (1910a), será en el intento de entender la naturaleza y las operaciones anímicas del artista creador, donde Freud se verá introducido en la problemática de la sublimación. Aunque se ve seducido al análisis de Leonardo no con el fin de tratar esta temática en particular, sino por su atípica conducta sexual y un extraño recuerdo que éste reporta de su primera infancia; es más que nada movido en su inquietud de visualizar la relación entre el narcisismo y la homosexualidad, que se dará este trabajo de

acercamiento a la figura de Leonardo. Pero más allá de esto, es tras análisis de su historia psicosexual infantil, su vida emocional y su conflicto entre su impulso hacia el quehacer artístico y la inclinación a la investigación, desde donde se intentará dar cuenta, qué pulsiones y cuáles serán los caminos que siguen desde la infancia al artista.

En consecuencia, será desde la infancia remota de Leonardo, que Freud intentará llegar a la raíz de las pericias de su producción artística y científica, considerando la hipótesis que expresiones o productos responden en último lugar a un anhelo arcaico de la pulsión sexual. El contexto de vida en la infancia de Leonardo³⁹, lo lleva a que bajo el amparo de la tierna seducción materna, tempranamente sea dirigido a una fase de quehacer sexual infantil, cuya manifestación es una prematura exteriorización de la pulsión de ver y de investigar sexual (pulsión de saber); ligadas a su producción artística y científica. Tenemos entonces, que tanto intensidad y una capacidad temprana inusual de despertar la pulsión de Leonardo, configurarán la escena que comandará tanto la beatitud como el padecer en su vida.

Antes de continuar, haremos referencia a las particularidades de la pulsión ver y la pulsión de saber, para luego perseguir los destinos que éstas cobrarán en el caso del artista. Para este efecto, nos remitiremos nuevamente al texto “Tres ensayos de teoría sexual” (1905b).

La pulsión de ver corresponde a una pulsión parcial de la sexualidad, mostrando la peculiaridad de que desde el inicio envuelve a otras personas como objetos sexuales; también se señala que bajo la influencia de la seducción temprana, como ocurriría en el caso de Leonardo, puede alcanzar gran importancia para la vida sexual del niño. La pulsión de saber, por su parte, es analizada en una sección agregada en 1915 sobre “La investigación sexual infantil”. Ésta tendría su aparición entre los tres y los cinco años de edad, en consonancia con el interés del pequeño por saber de dónde vienen los niños; es decir, mantiene un importante vínculo con la sexualidad, en cuanto sería despertada por una problemática de esta índole. Sin embargo, una peculiaridad de esta pulsión, es que no se encuentra entre los componentes pulsionales fundamentales, ni tampoco transita exclusivamente en el terreno de la sexualidad, sino que “Su acción corresponde, por una parte, a una manera sublimada del apoderamiento⁴⁰, y, por la otra, trabaja con la energía de la pulsión de ver.” (Freud, 1905b, p.177). La asociación de la pulsión de saber (originariamente no sexual) con pulsiones sexuales, la expondrá prontamente a la acción de la represión, circunstancia frente a la cual deberá barajar algún camino posible.

Dada esta situación, Freud (1910a) nos describe tres destinos que operan para la pulsión de saber, una vez establecido el nexo con las pulsiones sexuales. Los dos

³⁹ Remitiéndonos a su historia, tenemos que el nacimiento ilegítimo de Leonardo, le priva del influjo de su padre, al parecer, hasta su quinto año de vida, momento desde el cual habría quedado bajo la tutela de su padre y la pareja legítima de éste. La historia más remota nos muestra que el hecho del abandono paterno, condiciona a madre e hijo a una relación intensa; ella ve en el niño su único consuelo, relación que además, estará potenciada por la ausencia del padre como agente inhibidor sexual.

⁴⁰ Laplanche (2002) hace un análisis en relación a que el apoderamiento no correspondería a una pulsión sexual, por lo tanto, no podría considerarse sublimable dado que correspondería al plano de la autoconservación. Pese a esto, podría considerarse que son los componentes sexuales que la acompañan los que se subliman.

primeros describen un trabajo donde la represión está ejerciendo el papel principal, en tanto el tercero daría cuenta del triunfo de la sublimación.

Un primer destino, corresponde a la llamada “inhibición neurótica”. Aquí las conexiones entre la sexualidad y el apetito de saber, llevan a que ambos sean reprimidos, quedando este último inhibido y limitado probablemente para toda la vida. (Freud, 1910a). La sexualidad queda reprimida arrastrando consigo el ansia de saber; la primera, más fuerte que el desarrollo de la segunda, ha terminado por envolver a esta última en su prisión. Nótese que lo sexual ha de añadir una connotación trágica para el destino de la pulsión de saber, su inminente sometimiento e inducción a la desfiguración de la represión.

Un segundo destino posible, una vez sepultado el período de investigación sexual infantil, es que la actividad intelectual ya consolidada y robustecida, sea lo suficientemente enérgica como para lograr soportar el impacto de la represión que actúa sobre ella. La pulsión sexual que ha sido arrojada al inconciente, será auxiliada por la pulsión de saber. (Freud, 1910a). Esta última, no originariamente sexual (al servicio del yo, por tanto) logra ser más fuerte que el componente sexual que la acompaña y que ha sido reprimido. El deseo de saber que se ha afianzado en el sujeto, socorre al componente sexual, el que podrá encontrar una satisfacción por este camino, pero a la manera de un sustituto, posibilitado por un trance hecho con el yo. Es la acción del yo represor que posibilita una satisfacción, otorga un chance para la libido en la propia actividad del pensar, mas es determinante el hecho de que no se ha levantado la represión. Lo que tenemos entonces, es un retorno de lo reprimido, un regreso desde lo inconciente que ahora sexualiza el pensamiento mismo, que quedará teñido del placer y la angustia propia de los procesos sexuales, así lo señala Freud (1910a),

El investigar deviene aquí quehacer sexual, el único muchas veces; el sentimiento de la tramitación por medio del pensamiento, de la aclaración, reemplaza a la satisfacción sexual; ahora bien, el carácter inacabable de la investigación infantil se repite también en el hecho de que ese cavilar nunca encuentra un término (...) (p.74)

Consideremos que el extracto corrobora que lo sexual está cancelado por la represión, de modo que, anudado a ella corromperá los procesos intelectuales, pues ahora el mismo proceso de pensar se ha convertido en actividad sexual, a la que el sujeto se ha entregado de lleno. Además, frente a este destino claramente nos encontramos con un monto de libido que no logra abrirse paso a la realidad, no hay producción en el ámbito real concreto, sino que la actividad está teñida por sus profundas relaciones con la vida en la fantasía; anudado este cavilar en último término a las interrogantes de la infancia, se aparece como un espejismo implicando un infructuoso desgaste.

Pudiésemos tener la ilusión de que la pulsión ha encontrado un camino para su descarga, pero sólo hay un espacio de satisfacción sustitutiva para un monto de libido que permanece estancada; la llegada del sujeto a la “verdad” última de su investigación, haría posible que la represión se levantase, pero las conexiones que aún se mantiene con los objetos primitivos, hacen que esta actividad esté condenada al fracaso. Hay una especie de victoria por parte del yo, pero no necesariamente una desexualización, es decir, no hay un abandono de la ligadura con el objeto o una transformación desde la

sexualidad hacia la autoconservación, ya que la sexualidad se mantiene en su empeño; el monto de afecto no queda cancelado, aunque de todas formas, es relevante el hecho de que se mantiene bajo el control del yo. Además, tampoco es factible hablar en este caso de una sublimación, en respeto a un aspecto básico de esta última, que pesquizamos ya desde los inicios como esencial de su manifestación; es condición para la sublimación, el alejamiento de los fines sexuales pulsionales y una nueva propuesta fuera de este ámbito para consumación de la satisfacción, en tanto aquí observamos precisamente todo lo contrario, un goce o angustia sexual en la actividad del pensar.

El tercer tipo de resolución, Freud (1910a) lo expone como “más raro y perfecto”, aquel desenlace menos frecuente; dando cuenta una vez más de una condición posibilitada a unos pocos, que gracias a una “disposición especial” o “don”, lograrían sortear tanto la inhibición del pensamiento, como la obsesión intelectual neurótica. Es a partir de esta resolución que encontraremos ciertas luces sobre el proceso de la sublimación,

Sin duda que también aquí interviene la represión de lo sexual, pero no consigue arrojar a lo inconciente una pulsión parcial del placer sexual, sino que la libido escapa al destino de la represión sublimándose desde el comienzo mismo en un apetito de saber y sumándose como refuerzo a la vigorosa pulsión de investigar. (pp. 74-75)

En este caso, se trata de parte de la libido enfocada a la labor de la investigación sexual infantil, que afortunadamente, no compartirá el destino trazado sobre el resto de la actividad sexual; fuerza pulsional, que a consecuencia de un misterioso proceso ha logrado mudar toda su potencia en un afán de saber universal, una meta un tanto alejada de los fines originales.

La idea de un fragmento de libido que se sublimó “desde el comienzo mismo”, da la sensación de que la represión nunca operó sobre ese componente, instante de libertad para la sexualidad que habría permitido la sublimación, y junto con eso, nos trae nuevamente a la luz la propuesta del primer período de que aquello que se sublima son las pulsiones parciales. En relación con esto, visualizamos que para que la sublimación ocurra debe haber una vuelta a los inicios, al momento originario de la sexualidad perversa, al antes de lo genital; por lo tanto, una regresión a esos momentos del desarrollo de la libido, con el consiguiente levantamiento de la represión, podría dar paso a la sublimación. Sin embargo, presumimos que para que esto ocurra, circunstancias especiales se encuentran en juego, es necesario que existan montos de libido que han quedado fijados allí, que no han sido útiles a la síntesis de la genitalidad y que al ser liberados quedarían disponibles, dado que el desarrollo del yo enfrentado a la realidad les impediría una satisfacción directa.

Lo que apreciamos ahora en primer término, es un tránsito desde lo sexual a lo no sexual, una desexualización de la pulsión que ocurre en el sentido inverso del apuntalamiento de las pulsiones sexuales sobre las yoicas, hecho sobre el cual ya encontrábamos antecedentes en “Tres ensayos de teoría sexual” (1905b) con la propuesta de las vías de acción recíproca, y que en sus *Conferencias de introducción al psicoanálisis (1916-17)* se confirma, señalando que “(...) la sublimación no es sino un caso especial de apuntalamiento de unas aspiraciones sexuales en otras no sexuales.”

(p.315). La pregunta que nos surge, en consideración a esta última descripción, es si la represión se impone como obstáculo para la sublimación, en tanto viene a poner una barrera para este tránsito, una especie de cierre para aquel momento feliz y sin conflicto, que nos remite "(...) a una época y a una situación psíquica en que ambas clases de pulsiones emergían como intereses narcisistas actuando todavía de consuno en unión inseparable." (Freud, 1914, p. 89). A lo que podríamos agregar, encontrando satisfacción en torno a una meta común.

La represión al estar conteniendo al componente pulsional, impediría su emergencia en calidad de moción perversa, por lo tanto, no podría retransmitirse. Por otra parte, esta idea de una sublimación que acontece desde los orígenes, junto a esta especie de apuntalamiento, nos trae a la mano la propuesta de Freud (1916-17), de que habría una relación genética entre la meta resignada y la nueva meta.

Este desarrollo teórico que van alejando cada vez más a la sublimación del trabajo represivo, nos parece aún más acertado cuando Freud (1910a) sostiene que,

También aquí el investigar deviene en cierta medida compulsión y sustituto del quehacer sexual, pero le falta el carácter de la neurosis por ser enteramente diversos los procesos psíquicos que están en su base (sublimación en lugar de irrupción desde lo inconsciente); de él está ausente la atadura a los originarios complejos de la investigación sexual infantil, y la pulsión puede desplegar libremente su accionar al servicio del quehacer intelectual. (p. 75)

Tengamos presente que gran parte de la actividad sexual de Leonardo, de todos modos, ha caído bajo la represión, mostrando la convivencia que puede haber entre ambos destinos sobre diversas tendencias. De ahí que en su caso puntual, aunque su afán investigador sea tan fuerte, potenciado por la energía de la sexualidad, de ningún modo pueda llegar a ocuparse de temas directamente sexuales en sus trabajos, como si hubiese algo en lo que pese a todo, esta prohibido escudriñar porque mantiene su atadura con aquellos complejos de la infancia.

Visualizamos de esta forma, en esta tercera resolución, una especie de coexistencia entre la represión y la sublimación, hay ciertos componentes de la sexualidad que han sido objeto de la represión, pero otros han permanecido alejados de ella, lugar donde encuentra espacio de despliegue la sublimación. Se nos hace patente entonces, aquella mixtura en el carácter de un sublimador que ya se anunciaba en el primer período. Leonardo es considerado con predisposición a la neurosis obsesiva, pero Freud (1910a) ahora da cuenta de una mayor cercanía entre normalidad y neurosis, mostrando como todos en el curso del desarrollo producimos formaciones sustitutivas, donde la diferencia entre la sanidad y la patología está dada más que nada por constelaciones cuantitativas. Por lo tanto, es al parecer, la historia infantil de Leonardo, sus particulares modos de reprimir y sus particulares fijaciones, los que permitirían sublimar. Constelación que constituiría la esencia de la personalidad del artista, pero que Freud manifiesta desconocer, cuyo mayor entendimiento probablemente, también nos llevaría a la comprensión de las características de quien se encuentra en condiciones más favorables para sublimar.

Lo que hemos visto hasta ahora, nos permite cancelar el imperio de la represión como manifestación absoluta en el conflicto entre el yo y la sexualidad, dando cuenta de

una moción pulsional que se ha tramitado conforme a un trayecto en que no se hace oír el malestar del yo, pues tal malestar al parecer, no existe. Pero pese a lo cautivante de estos hallazgos, éstos nos llevan sólo a visualizar ciertas aristas sobre la naturaleza de las pulsiones sexuales y su expresión e inscripción junto a otros desarrollos que comandan la vida anímica, debiendo buscar más profundamente qué condiciones psíquicas posibilitarían este nuevo destino enunciado para la pulsión.

Sin embargo, antes de proseguir en esta búsqueda, veamos como en un ámbito totalmente distinto, la distancia entre la represión y la sublimación también es abordada por Freud durante este período en el contexto de la terapia. En *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico (1912a)*, retomando el tema terapéutico y cómo la sublimación participa allí, se dedica un apartado al cuestionamiento de si sería lícito proponer al paciente un destino como la sublimación para las fuerzas pulsiones que han sido liberadas de la represión durante el análisis. Sin embargo, se nos muestra que

No todos los neuróticos poseen un gran talento para la sublimación; de muchos se puede suponer que en modo alguno habrían enfermado si poseyeran el arte de sublimar sus pulsiones (...) Además, considérese que muchas personas han enfermado justamente a raíz del intento de sublimar sus pulsiones rebasando la medida que su organización les consentía, y que el proceso de sublimación en quien es apto para él, suele consumarse por sí solo tan pronto como sus inhibiciones son superadas en el análisis. (p.118)

Nuevamente se nos impone al sublimador como portador de una cualidad especial, por lo tanto, si el analista no tiene en consideración lo anterior e insiste en ese sentido, privando a la persona de satisfacción inmediata, probablemente sólo se empeoraría el cuadro, ya que la sublimación no es algo que se pueda forzar a hacer o un tema de voluntad, es un proceso que fluye libremente en el aparato psíquico, y que requiere al parecer de condiciones especiales para que se produzca. En efecto, la sublimación aparece como un fenómeno que concierne a la pulsión misma y que es independiente a todo discurso.

Sintetizando en base al recorrido expuesto recientemente y a pesar de la sensación de que no se profundiza más en los mecanismos que posibilitan la sublimación, cuyo examen será realizado en el apartado siguiente a la luz del narcisismo, reconocemos que se entregan algunas pistas que irán permitiendo una sucesiva comprensión de ésta. En primer lugar, se consolida la sublimación como una apuesta para la teoría, mostrándose una distinción expresa entre este fenómeno y la represión; por otra parte, aunque hay una distancia entre ellas, se da la posibilidad de que ambas coexistan actuando sobre mociones distintas, mas sublimación y represión no pueden actuar simultáneamente sobre el mismo monto de libido. Ocurre que ambos procesos difieren, pero conviven, uno bajo el dominio de lo inconciente y el otro con posibilidad de conciencia, manifestándose en la realidad.

NARCISISMO Y SUBLIMACIÓN

En el desarrollo del tema recién expuesto, visualizamos a modo descriptivo como la sublimación se aleja del trabajo represivo. Sin embargo, a pesar de su delimitación como destinos diferentes, no se capta de manera nítida que es lo que marcaría la toma de una

u otra vía. Surge en este contexto, la propuesta del narcisismo como una posibilidad que permitiría un acercamiento en este sentido, intento de explicación que Freud (1914), nos muestra en la separación de dos procesos diversos: la idealización y la sublimación. Cuyo análisis nos llevará incuestionablemente a la labor del Ideal del yo, aquella instancia psíquica que visualizamos a partir de la incorporación del narcisismo.

En vistas de esto, creemos que la pregunta de base que habría que resolver, es qué implica la hipótesis de la existencia de un narcisismo primario para la sublimación. Asumiendo que lo interesante de la propuesta que se nos viene a implantar, está dada por la posibilidad de que la sublimación salga del terreno puramente valorativo, que pesquisábamos en el período anterior, permitiéndonos una posible descripción de cómo ésta operaría en el terreno de lo psíquico.

Anteriormente, constatamos que la sublimación era un proceso ligado a la posibilidad de servir al producto cultural, donde pesquisamos la no implantación de la neurosis en el individuo, el vivir bien dentro del contexto cultural, como una muestra de que ésta había acontecido. Pero como bien señala Hartmann (1969), un mecanismo psicológico no puede hallar su explicación sólo a través de una valoración social, algo más profundo debe haber que dé arraigo y explicación a la sublimación; vía hacia un entendimiento, que como veremos, puede abrirse con la noción del narcisismo y el Ideal del yo.

No desconocemos eso sí, de ninguna forma, que la concepción de la sublimación continúa siendo la misma de sus inicios, en el sentido como ya dijimos de la importancia para el estado de salud del sujeto y para la obra cultural, ya que el mismo Freud (1916-1917) lo vuelve a expresar,

Entre estos procesos que protegen de enfermar por una privación, hay uno que ha alcanzado particular importancia cultural. Consiste en que la aspiración sexual abandona su meta dirigida al placer parcial o al placer de la reproducción, y adopta otra que se relaciona genéticamente con la resignada, pero ya no es ella misma sexual, sino que se la debe llamar social. (p. 314)

Tampoco existe motivo para oponerse a esta definición de la sublimación. Lo que aparece como fundamental es profundizar en ella a fin de reconocer su particularidad. Es decir, hacer un esfuerzo que permita aprehender cómo opera la sublimación al interior del aparato psíquico, que posibilita diferenciarla de otros modos de funcionamiento.

Al aceptar la hipótesis de un narcisismo primario, se estableció la posibilidad de que el propio yo fuese tomado como objeto de la pulsión sexual, no habría sólo un tránsito desde el autoerotismo al amor de objeto sino que un estado intermedio vino a instalarse⁴¹. Ante esta insinuación, nos hicimos la imagen de toda carga libidinal partiendo de un yo organizado, pudiendo llegar así a la intelección de que a partir de ese momento del desarrollo del individuo, el yo se encontraría en condiciones de manejar de algún modo lo que acontece en el campo de la libido.

Frente a esta nueva posición del yo en relación a las pulsiones, encontramos que una vez resignado un objeto sexual, la libido puesta en él, ya no encuentra sólo una

⁴¹ Para un análisis más detallado sobre este tema véase en los antecedentes teóricos, el aparatado sobre el concepto de narcisismo.

salida a través de un desplazamiento hacia un nuevo objeto, sino que ese monto se encontraría en condiciones de poder retornar al yo (narcisismo secundario). Esta vuelta de la libido sobre el yo, tendría lugar por medio de un proceso denominado identificación, del cual Freud se sirve en estos momentos para explicar el estado melancólico, hallazgos que expone en su escrito *Duelo y melancolía* (1917). En el caso de esta afección, nos muestra Freud (1917), frente a la pérdida del objeto amado,

El resultado no fue el normal, que habría sido un quite de la libido de ese objeto y su desplazamiento a uno nuevo, sino otro distinto, que para producirse requiere varias condiciones. La investidura de objeto resultó poco resistente, fue cancelada, pero la libido libre no se desplazó a otro objeto sino que se retiró sobre el yo. (p. 246)

Esto la diferencia del duelo normal, siendo particular en la melancolía que la libido encuentra un nuevo uso a través de una identificación con el objeto perdido. Pero sin profundizar en esta distinción, lo que nos resulta atractivo es aquel monto de libido retirada de los objetos que ahora ha de quedar a disposición del yo. Donde uno de los posibles desenlaces de aquella cuota de libido, es que se produzca una identificación o sea que haya investidura yoica, pero esto acontecería sólo bajo ciertas condiciones; ya que la libido quitada de los objetos (podríamos decir desexualizada), bajo otras circunstancias estaría en facultad de encontrar otros usos.

La pregunta que surge entonces, es si sería por la vía de la identificación que podría ocurrir la sublimación, o sea por medio de esta libido que vuelta hacia el yo logra encontrar un nuevo camino, una vez que ha logrado desprenderse del objeto. Sin embargo, no pesquizamos mayores razones económicas para que esto ocurriese, pues no habría energía libre en condiciones de ser utilizada en otros ámbitos, por lo que sólo una estasis al interior del yo explicaría una necesidad de tramitación. Además, por otra parte, las características del proceso melancólico⁴², muestran que la elección de objeto debe haber ocurrido por la vía narcisista, lo que hace factible que se produzca la identificación. Debemos tener en cuenta en consideración a lo expuesto, que Freud (1914) pone como esencial de la sublimación el que ésta acontece sobre las mociones objetales, caracterizándose por el contrario, la melancolía y el proceso de identificación acontecido en ella, por una elección de tipo narcisista en juego con la consiguiente investidura del yo, que no dejaría un montante de libido libre para buscar nuevos fines.

Por lo tanto, conjeturamos que para que la sublimación ocurra, efectivamente debe haber un abandono de la libido con respecto a sus objetos (una desexualización), pero sin que se llegue a producir una investidura del yo. Desasimiento de los objetos que acontecería a raíz de que para el yo ya desarrollado, en consonancia con el principio de realidad cierta ligadura se ha hecho intolerable o bien, porque condiciones reales, como en el caso del duelo, obligan a que esto se produzca. En esta labor, como veremos más adelante, el Ideal del yo tendrá un lugar primordial, demandando el quite de la libido de ciertos objetos, donde el yo deberá hacer algo con aquel exceso que se percibe como malestar.

Frente a estos supuestos, sería la presencia de un estado intermedio en el

⁴² Fuerte fijación en el objeto de amor y escasa resistencia de investidura de objeto. (Freud, 1917, p. 247)

retramiento de la libido, aquel momento en que ella ha quedado flotante sin haberse anudado firmemente a un nuevo objeto tras haber dejado la carga anterior, lo que permitiría sublimar. Propuesta que nos convoca a una relación con lo planteado por Freud (1916-1917) en la *28ª de las Conferencias de Introducción al Psicoanálisis*, al hablar sobre la terapia analítica.

En la terapia, el analista se pone como objeto provisional, instante que permitiría que una vez retirada la libido de su persona, ésta no volviese a atarse a los objetos primitivos, quedando a disposición del yo. De esta forma, el trabajo terapéutico funcionaría en primer lugar, haciendo que la libido pase de los síntomas a la transferencia, para que luego a partir de ese nuevo objeto (la persona del analista), pueda ser liberada. La idea es que a través de este dispositivo se elimine el circuito de la represión, de modo que la libido no pueda escapar al inconsciente sustrayéndose al yo, labor que se haría posible gracias al trabajo de interpretación. Como resultado, el ahora yo engrosado y reconciliado con la libido se inclinaría a concederle algún tipo de satisfacción, "(...) y su horror ante los reclamos de la libido se reduce a la posibilidad de neutralizar un monto parcial de ella mediante sublimación." (Freud, 1916-17, p. 414) Sin embargo, este proceso también encontraría sus dificultades, correspondientes a la falta de movilidad de la libido o la resistencia a hacer abandono del objeto y la rigidez del narcisismo, que haría más factible que ocurriese una investidura del yo.

Percatémonos además, de que lo que aquí acontece, sería un proceso más próximo a la perversión, ya que, como también lo vimos en el apartado anterior, para que pueda ocurrir se requeriría un retorno de la libido a estados anteriores del desarrollo, un regreso a las demandas de las pulsiones primitivas, que han sido canceladas provocando pesar en el sujeto, pero en este regreso se debe evitar que sobre ella sobrevenga nuevamente una represión patógena, para que de este modo, el yo consciente pueda retransmitirlas por un camino más sano para el sujeto y la cultura.

Profundicemos a continuación, en el papel que la figura del Ideal del yo tendrá en el proceso de desasimilación de la libido de los objetos y su consecuente posibilidad de sublimación.

El Ideal del yo y la sublimación

Pensando en torno a la melancolía y el duelo, donde nos encontramos ante una pérdida tangible del objeto, nos preguntamos bajo qué otras condiciones, más allá de estos cuadros, el individuo se ve obligado a abandonar la ligadura con los objetos. Pero a poco andar, nos percatamos que esta es una duda sencilla de resolver, puesto que anteriormente ya habíamos constatado que el ingreso del sujeto en la cultura y el desarrollo del yo en armonía con el principio de realidad, obligan también a un desasimilación de los primeros objetos. En conformidad con esto, señalamos como característica del primer período trazado en esta exposición, en cuanto a la relación de la sexualidad con la cultura, una imposibilidad de despliegue de la pulsión, una fuerte oposición a que ésta encuentre satisfacción dentro de los límites impuestos por lo social.

Pese a esto, lo que antes aparecía como una imposición desde lo externo o desde el ámbito social, ahora surge como una necesidad del yo para consigo mismo. En este

contexto, es donde se nos aparece la figura del *Ideal del yo*.

Con el ingreso del narcisismo, tenemos que la pulsión sexual ya no encuentra satisfacción sólo con objetos externos, sino que al ser tomado el yo como objeto se posibilita una nueva vía de satisfacción, llamada narcisista. Pero el desarrollo del individuo necesariamente marca la renuncia a la satisfacción ilimitada de la infancia, siendo aquí donde se produce un interesante juego, pues el individuo incapaz de renunciar al narcisismo infantil, desplaza sobre una nueva instancia, el “Ideal del yo”, el amor y perfección con que el propio yo gozara en aquella época de la vida. A partir de su erigimiento, es posible entonces, lograr una satisfacción narcisista a través del cumplimiento de lo que él constantemente demanda, pero evitando el conflicto con la realidad que implicaría una satisfacción directa.

Frente a la implantación de este Ideal del yo, vemos que la sublimación, marca la posibilidad de una consonancia al interior del sujeto; al sublimar lo que se hace es cumplir lo que está pidiendo el Ideal y, por lo tanto, la pulsión estaría encontrando una posibilidad de satisfacción, pero además, de despliegue. El Ideal del yo demanda una renuncia de la satisfacción a través de los objetos, reclama un abandono de la libido con respecto a sus objetos, una desexualización, pero a cambio él mismo abre una posibilidad de satisfacción por otro camino. En este movimiento, emerge la noción del *sentimiento de sí* (autoestima), que se entramaría directamente con el narcisismo, en cuanto un déficit se asociaría a un empobrecimiento libidinal del yo a causa de la investidura libidinal de los objetos, el que podría compensarse a través del cumplimiento de lo que solicita el Ideal narcisista y por la satisfacción de la libido de objeto (siendo amado). Además, habría una parte del sentimiento de sí que sería primaria, es decir, un residuo del narcisismo infantil que acompaña al sujeto. (Freud, 1914)

Observamos ya, que la sublimación podría servir para dar cumplimiento a lo que pide el Ideal, a través de una tramitación de aquel monto de libido que se sustrae de los objetos y que ha quedado desligada, con la consiguiente posibilidad de manifestarse en calidad de perversión. Sin embargo, reflexionemos que para dar cumplimiento a las demandas del Ideal del yo, es decir, para lograr la satisfacción narcisista asociada a ello, tenemos frente a nosotros dos caminos: reprimir o sublimar. El Ideal, lo que en realidad reclama es la renuncia a la sexualidad perversa de la infancia, solicitando que se encamine por alguna vía la pulsión, siendo una de las posibilidades que ocurra la sublimación. Advirtiéndonos firmemente, que el trueque del narcisismo por el erigimiento de un Ideal del yo, no quiere decir en ningún caso que se hayan efectivamente logrado sublimar las pulsiones en cuestión, ya que más que nada, éste sería un proceso fuertemente favorecedor de la represión, que ahora partiría “(...) del respeto del yo por sí mismo.” (Freud, 1914, p. 90)

La diferencia entre la sublimación y la represión estaría dada en parte, por el hecho de que la primera tampoco está marcando la investidura de objetos en la fantasía, o sea tampoco hay una satisfacción sexual con los objetos por medio de la introversión de la libido ni se mantiene la ligadura con ellos a través de un proceso de esta índole. De esta forma, se nos muestra que la sublimación al no estar al servicio de la labor represiva, podría favorecer el enriquecimiento y expansión del yo, colaborando con la conquista de aquello que ha permanecido inconciente, otorgándole una nueva posibilidad de

satisfacción y, por lo tanto, favoreciendo la expansión del individuo.

La sublimación señala algo que está ocurriendo con la pulsión, una transformación especial que es sufrida en el ámbito de la pulsión sexual, un proceso que es reclamado por el Ideal del yo, pero que este último no puede forzar, “La sublimación sigue siendo un *proceso especial* cuya iniciación puede ser incitada por el ideal, pero cuya ejecución es por entero independiente de tal incitación.” (Freud, 1914, p. 91). Así, nos encontramos en la neurosis con la máxima tensión entre la constitución del Ideal y la medida en que se sublimaron las pulsiones libidinosas primitivas. He ahí el importante papel que ha de tener la sublimación para el individuo, el neurótico a causa de sus numerosas represiones se vería obstaculizado para sublimar, ya que, “La formación del ideal aumenta las exigencias del yo y es el más fuerte favorecedor de la represión. La sublimación constituye aquella vía de escape que permite cumplir esa exigencia sin dar lugar a la represión”. (Freud, 1914, p. 92)

Tenemos por tanto, en el caso de la sublimación, una doble faz en la relación con el Ideal; por una parte, al ser el causante de la represión impediría sublimar, pero a la vez, si no existiese, es difícil precisar que llevaría a abandonar la ligadura con los objetos y por tanto, donde estaría la economía psíquica de sublimar. Frente a la existencia del Ideal del yo, encontramos un punto de sostén para afirmar que tal como en el duelo por pérdida del objeto amado el sujeto se vería obligado a abandonar sus objetos, el Ideal como parte de un proceso normal en el individuo también demanda que la libido sea quitada de los objetos, de acuerdo a las circunstancias de la realidad. Sin embargo, esto por sí solo no explicaría la sublimación, porque no es posible pesquisar hasta ahora una razón tangible, que nos permita comprender qué llevaría a que esa libido que ha sido retirada de los objetos fuese sublimada y no reprimida, dándose sólo como posibilidad que una serie de acontecimientos se combinan para dar paso a la sublimación, entre los cuales un factor importante es la presencia de cualidades especiales en la persona. Tampoco se puede dejar fuera en este caso, la conjetura de que hubiese algo en la pulsión misma que impidiese una satisfacción completa (Freud, 1912b), y que por lo tanto obligase que la libido encuentre nuevos caminos.

En otro ámbito, resulta también interesante la relación planteada entre el Ideal del yo y un Ideal sexual, en cuanto este último podría ser utilizado como satisfacción sustitutiva cuando el Ideal del yo tropieza con dificultades en su complacencia; así, narcisísticamente “Se ama a lo que posee el mérito que falta al yo para alcanzar el ideal.” (Freud, 1914, p. 97). Por tanto, en lo que se refiere a la elección de objeto de tipo narcisista, es decir, la elección de un objeto como un Ideal sexual, tenemos que éste se está utilizando como satisfacción sustitutiva, en tanto se ama lo que uno fue y ha perdido o lo que posee lo que uno no tiene; por lo tanto, se ama lo que le falta al yo para alcanzar ese Ideal. De esta forma, se elige un objeto que vendría a completar la falta, a tapar la castración. Noción en base a la cual se hace comprensible la distinción entre los procesos de la idealización y la sublimación, que se verán a continuación.

Así, a modo de sintetizar lo expuesto con relación a la sublimación y su relación con el Ideal del yo, introduzcámonos brevemente en la separación que explícitamente Freud (1914) traza entre ambos mecanismos.

La *idealización* es un proceso que tiene que ver con el objeto, donde éste no varía su naturaleza, es decir, sigue constituyéndose como un objeto sexual; lo que ocurre en este caso es que el mismo objeto libidinal es realzado o engrandecido psíquicamente. No se abandona en ningún momento la ligadura psíquica con ese objeto, sino que se trata del mismo objeto que anudado desde un determinado momento a cierta pulsión, está ahora sufriendo alguna transformación. Por lo tanto, al ser un proceso que está relacionado con el objeto, es posible tanto en el campo de la libido yoica como de la libido objetal, puesto que en cuanto asumimos la idea del narcisismo, constatamos que el yo también puede ser engrandecido, en cuanto también se ha hecho objeto de cierto monto de libido. Pero si hacemos un pequeño análisis, lo que ocurriría aquí, es una cierta inmovilidad de la libido en esta relación con su objeto, un desvivirse en torno a él, esperando encontrar a través suyo una satisfacción perdida, la del narcisismo de la infancia, incólume a las limitantes de la castración.

La *sublimación* en oposición al mecanismo anterior es "(...) un proceso que atañe a la libido de objeto, y consiste en que la pulsión se lanza a otra meta distante de la satisfacción sexual; el acento recae entonces en la desviación respecto de lo sexual." (Freud, 1914, p. 91). Es decir, como ya se ha dicho anteriormente, es fundamental para que el fenómeno sea considerado sublimatorio, que exista un cambio de meta desde un fin sexual hacia a otro ya no sexual, aunque no debemos perder de vista que esto por sí sólo no basta.

Pero detengámonos en algo que ya hemos enunciado en el curso de la exposición durante este período; la sublimación "atañe a la libido de objeto" y por lo tanto, no a la libido del yo. Nos es claro que se trata de cierto monto de libido que abandona una ligadura con un objeto para dirigir su energía a un nuevo fin, pero para que esto ocurra, ¿no estaría permitido que este monto de libido pase por el estado de narcisismo? Cuestionamiento que se complejiza aún más, cuando ahora nos enfrentamos al hecho de que el estado primario de la libido sería el narcisismo y nos imaginamos la posibilidad de que al ocurrir un abandono del objeto, la libido recaiga nuevamente sobre el yo. Aquí cobra importancia el tema de la elección de objeto, ya que, la elección de objeto narcisista (la preponderancia del narcisismo) haría más común la investidura yoica consiguiente⁴³, pero si la elección de objeto ha ocurrido por la vía del apuntalamiento, ese monto de libido deberá encontrar un nuevo objeto para su satisfacción, siendo lo que más frecuentemente sucede. En este contexto, ciertas condiciones especiales frente a este monto de libido que ha quedado peligrosamente libre por un lapso de tiempo, podrían dar también cabida a que estas tendencias encontrasen un nuevo fin.

Esta última situación es la que anteriormente vimos ocurría en el caso de Leonardo, donde una serie de factores vinieron a combinarse para dar origen a la figura del artista e investigador; pero es sólo hasta algunas aproximaciones donde llega Freud, sin poder desentrañar totalmente el núcleo de la personalidad que le haría un sublimador. Debemos tener en cuenta también que si bien el análisis de Leonardo gira en torno al narcisismo, esto ocurre en el afán de dar cuenta de su posible homosexualidad, ya que, en cuanto a la sublimación, son aquellas tendencias que tiene que ver con el objeto las

⁴³ Hecho que se observa como uno de los rasgos de la melancolía.

que serán sublimadas, precisamente la pulsión de ver e investigar, desplegadas en el vínculo erótico con su madre.

CREACIÓN ARTÍSTICA Y SUBLIMACIÓN

Como hemos visto a lo largo de esta exposición, en varios momentos Freud hace una ligazón entre la actividad artística y la sublimación, más aún es el acercamiento a la primera, la que una y otra vez permite insertarse en el misterio de la sublimación que en última instancia, estaría en relación con el enigma que arraiga la propia personalidad del artista. Por lo tanto, si a la luz de los hallazgos anteriores, profundizamos en la ligazón entre creación artística y actividad sublimatoria, también podemos encontrar indicios de cómo el arte permitiría una vuelta a un estado anterior de la libido y una nueva salida posible para esa carga energética.

Ya en 1907, Freud se plantea los mecanismos en juego para la creación, en su escrito “El creador literario y el fantaseo” (1907); ideas expuestas en ese momento, que se repetirán posteriormente en distintas ocasiones que se pretende incursionar en los modelos que subyacen a la creación de una obra de arte. Así, lo visualizamos en la 23ª de las Conferencias de Introducción al Psicoanálisis (1916-1917), cuyo tema son los caminos de la formación de síntoma. Freud en esa ocasión, señala que habría un camino de regreso de la fantasía a la realidad que estaría posibilitado por el arte. Al comienzo, el artista también es un introvertido al igual que otros sujetos, pero “Es probable que su constitución incluya una vigorosa facultad para la sublimación y una cierta flojera de las represiones decisivas para el conflicto.” (Freud, 1916-17, p. 343). Volvemos a observar una ligazón entre la actividad artística y la sublimación, apareciendo la posibilidad de que el artista sea por esencia un sublimador; pero continuemos con la descripción donde Freud (1916-17) nos muestra cómo se daría esta facultad en el artista,

Cuando alguien es un artista genuino, dispone de algo más. Se las ingenia, en primer lugar, para elaborar sus sueños diurnos de modo que pierdan lo que tienen de excesivamente personal y chocante para los extraños, y para que estos puedan gozarlos también. Además, sabe atenuarlos hasta el punto que no dejan traslucir fácilmente su proveniencia de las fuentes prohibidas. Por otro lado, posee la enigmática facultad de dar forma a un material determinado hasta que se convierta en una copia fiel de la representación de su fantasía y, después, sabe anudar a esta figuración de su fantasía inconciente una ganancia de placer tan grande que en virtud de ella las represiones son doblegadas y canceladas, al menos temporariamente. (p. 343)

Misterio de la psicología del artista que permite el regreso a un estado anterior de la libido, que hasta el momento sólo encontraba gratificación en la fantasía. Ahora, esta fantasía puede manifestarse en un producto concreto en la realidad, cuya ganancia de placer asociada levanta represiones, no sólo en su persona sino también en otros como espectadores de su obra de arte. Así, esta creación se comporta como un catalizador que abre espacio para nuevas producciones, por medio de mociones que quedan liberadas para buscar nuevos fines.

Pero no podemos negar que un monto de libido así liberado también puede ser

peligroso en tanto no encuentra una nueva ligazón. Si un proceso como el mencionado recientemente no pudiese ejecutarse, nos encontraríamos ante un sujeto doblegado por la angustia⁴⁴, debiendo hacer algo urgentemente sobre aquel monto de libido que está exigiendo ser satisfecha, pero que no tiene cabida en su calidad de perversa, dado el desarrollo que ha experimentado el sujeto. En tal situación, es probable que nuevamente salga al paso la represión, hecho del que ya nos percatamos en un vistazo a la posibilidad de sublimar las tendencias libidinosas que salen a la luz durante el proceso analítico, lo que nos está revelando una vez más la necesidad de cualidades y condiciones especiales para que se produzca la sublimación.

Otra alusión en la misma línea, pero en otra esfera, la encontramos en *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico (1911)*, donde se muestra como por medio del arte, se posibilitaría una reconciliación del principio del placer y el principio de realidad. En esta ocasión, se expone que el artista encuentra un camino de regreso del mundo de fantasía a la realidad a través de la plasmación de una obra de arte concreta. Al igual que en la propuesta anterior, se nos señala que el artista se refugiaría en la fantasía para la obtención de placer desde que el yo, avocado al principio de realidad, impide que esa satisfacción ocurra en este ámbito. Pero a consecuencia de su particular disposición, el artista puede ejecutar un producto que le permite llevar sus aspiraciones de un modo “disfrazado” de vuelta a la realidad. Siempre hay algo del dominio inconciente que escapa en el producto artístico, pero aquellos logros que permiten gratificación han de articularse en el dominio de lo conciente, se trata de un sujeto puesto en tránsito entre fantasía y la realidad.

Además, ambas referencias a la figura del artista tienen en común el hecho de que al mismo tiempo, a través de su producto, el artista encontraría una satisfacción por medio de la admiración social que provoca, ya que, “Por esa vía se convierte, en cierto modo, realmente en el héroe, el rey, el creador, el mimado de la fortuna que querría ser, sin emprender para ello el enorme desvío que pasa por la alteración real del mundo exterior.” (Freud, 1911, p. 229)

Pero más allá de estas breves aproximaciones, es al encuentro de la figura de Leonardo, que Freud se vale de la sublimación para acceder a la vida anímica del artista y la creación, cuyo producto, como hemos visto, se anuda a la consecución de un logro que es manifestación del constante esfuerzo de la pulsión que ha encontrado gratificación en la realidad. De esta manera, tenemos que la pulsión ha renunciado a su meta original o ha desviado sus esfuerzos en pro de un producto reconocido como estimable, lo que implica una valoración hacia la sublimación que va más allá de la funcionalidad de la represión. Además, se nos viene a la mano el adjetivo del concepto sublimación, lo sublime, que responde a una estimación mayor del producto.

En esta relación entre sublimación y creación, debemos eso sí, separar planos y plantear que ambas no son sinónimos. La primera, es una operación de la pulsión que posibilita la acción de ésta y la creación es el ejercicio de síntesis liberado en la realidad

⁴⁴ Esta idea se hará más tangible a la luz del segundo dualismo pulsional, ya que en tal caso veremos como el retrainamiento de la libido de los objetos conlleva un desligamiento de la pulsión de muerte, con la posibilidad de que ésta tome como objeto al yo, donde este último podría sucumbir.

sobre la base de mociones pulsionales, con efectos de gratificación que ubican al sujeto en un nuevo dominio para con la realidad.

Al acceder a la sublimación bajo la lectura de la creación, ya sea en su objeto final o en su contenido temático, reconocemos en la pulsión sublimada una instancia de incertidumbre, dado a que aspira a algo que no le es propio y que se encuentra más allá de sus posibilidades reales; aquí se nos interpone la palabra creación, que concuerda con ese habitar incierto en que la sublimación concluye: un acto, hecho, material que estructure lo informe de lo no dado para la pulsión. De esta forma, el sublimador se nos aparece como un ejecutor, un autor, un creador; ahora sale a la luz el “héroe”, que es el artista, poseedor de aquella cualidad que posibilita agregar algo más al acopio de logros de la civilización. Para ello, Freud (1910a) se vale del supuesto que las fuerzas pulsionales sexuales han de poseer la inclinación para la consecución de logros,

(...) la pulsión sexual es particularmente idónea para prestar esas contribuciones, pues está dotada de la aptitud para la sublimación; o sea que es capaz de permutar su meta inmediata por otras, que pueden ser más estimadas y no sexuales. (p. 72)

Lo anterior, corrobora la tesis de la no desafección de lo sexual en la génesis de actividades del hombre, sustento desde el cual Freud (1910a) intenta rastrear en Leonardo los procesos anímicos que otorgan ciertas luces sobre su quehacer creativo. Pero se pone una barrera al señalar que el Psicoanálisis no ha edificado conocimientos que permitan dilucidar el quehacer del artista; lo cierto, es que esto aparece como una excusa ante lo insuficiente de la teoría, esgrimiendo que la explicación de la psicología del artista pertenece en última instancia al terreno de las pulsiones. El Psicoanálisis sólo ha conseguido logros en este sentido, a través de la interpretación del contenido temático de las obras y es a lo que se apela nuevamente en el caso de Leonardo, sumado a unos reportes biográficos, pero el material resultante es insuficiente para explicarse la creación y la sublimación. Pese a esto, Freud ha vislumbrado ciertos fenómenos y sus mecanismos subyacentes que guardarían relación, como las fantasías diurnas o el juego, pero no asistimos a una sistematización o una postura concreta en este sentido.

Sin embargo, es posible realizar algunas reflexiones en base a esta ligazón entre hecho sublimatorio y acto creador. Lo que teníamos en el período anterior era una imposibilidad del despliegue de la sexualidad en la cultura, donde ésta última se encontraría sostenida precisamente en la renuncia de lo pulsional. Pero ahora, lo que tenemos es un reencuentro con la pulsión, ha de haber alguna forma, que se expresa como “un proceso especial”, por medio del cual la sexualidad encuentra manifestación en la cultura, ésta es la sublimación.

Al menos, una parte de las mociones libidinales han logrado despojarse de las cadenas de la represión, o bien nunca fueron atadas a ella y, por lo tanto, la pulsión sexual puede cambiar su meta, pero libremente; la mayor parte de la energía podrá utilizarse para otro fin, prescindiendo de ataduras con contenidos inconcientes que mantengan la inhibición. Ahora desde “la nada”, haciendo eco de la figura del Creador, diremos, desde la pulsión pura y toda su fuerza, el sujeto ha logrado levantar una obra que sobrepasa los límites de la cultura, ha podido dar un paso más allá y trascender; obra que nos conmueve porque sobrepasa barreras impuestas y nos da la sensación de un

más allá de lo posible.

De alguna forma, a través de un giro, el sublimador ha logrado que la pulsión encuentre gratificación y conjeturamos que la obra como producto de este proceso además, convoca en algunos ese reencuentro con lo primitivo, que ha sido roto por la represión. Como espectadores de esa creación, podemos experimentar aunque sea por un minuto un goce casi completo, casi intacto y ahora permitido, nos llenamos nuevamente de la satisfacción perdida en la infancia, pero sin desconocer la castración y la norma ya trazada que se nos impone desde la realidad. La pregunta es si estas últimas caracterizaciones, constituyen también parte de la esencia de la sublimación, en cuyo caso un pintor, un pensador, un músico, etc., podrían ser sublimadores, ya que han logrado agregar un paso más respecto de la mera aceptación a la realidad, aportando a la cultura. Vemos entonces, que la sublimación se convierte así, en posibilidad de movilidad y progreso cultural.

Para terminar este tema, queremos señalar que autores posteriores se han dedicado en especial a trabajar la relación entre arte y sublimación, donde en un vistazo grueso, nos encontramos frecuentemente con una postura que concibe la plasmación de una obra de arte como una búsqueda del objeto perdido⁴⁵, cuyo reencuentro explicaría la conmoción que en ocasiones experimentamos en específico frente a ciertas obras de arte. En consideración a esto, debemos suponer de nuevo, que algo debe haber acontecido en el ámbito de las pulsiones para que esa obra haya podido hacerse presente, posibilitando la liberación de cierto monto de libido, que ahora puede encontrar una descarga en la realidad, pese a su firme anudamiento original con objetos de la infancia.

Pero también emerge la duda ante los hechos que provocarían ese remecimiento pulsional. Aunque, frente a tales proposiciones se nos aparece inmediatamente, lo que Freud (1910a) refiere en relación al último período del arte en Leonardo, cuando sobreviene el encuentro con aquella mujer que le reanima el recuerdo de su madre, provocando una reavivación de antiguas mociones que lo impulsan nuevamente en su arte ya inhibido. Hay un evento en la vida individual, que posibilita un reencuentro con mociones pulsionales dormidas, permitiendo que ese monto de libido estancada, reprimida, pueda quedar a disposición del yo conciente. Es desde ahí que ahora éste deberá posibilitarle una forma de descarga, donde una de las realidades que pueden ocurrir es la emergencia de un producto de la sublimación.

4.3 TERCER PERÍODO: 1920-1938

EL YO COMO INSTANCIA MEDIADORA PARA LA SUBLIMACIÓN

La sublimación amerita una nueva lectura e intenta encontrar espacio, a razón de un

⁴⁵ Esta concepción de la sublimación Ignacio Matte Blanco la sintetiza en su escrito *Estudios de psicología dinámica (1955)*.

nuevo marco de teoría que se ha gestado, con nuevos elementos conceptuales que darán cuenta de una nueva “anatomía” psíquica y también de la naturaleza de las fuerzas que se despliegan en el naciente mapa. Los nuevos hallazgos se concentran en el texto *El Yo y el Ello* (1923b), texto posterior a *Más allá del principio del placer* (1920), y que por lo tanto, hereda las concepciones del dualismo pulsional entre vida y muerte arrojados en tal escrito, cuyos descubrimientos los expondremos en el último apartado. Esta gama, le permite a Freud ahondar en una descripción dinámica de lo psíquico, situándonos en una metapsicología refundida, que nos otorga nuevas visiones acerca de la sublimación.

Debemos destacar que a diferencia de los dos períodos anteriores propuestos, éste no es un momento en que se haya dedicado un tiempo especial a detenerse a trabajar el tema de la sublimación, sino que las manifestaciones en torno a ella son sólo ideas, que se van intercalando y que no corresponden en ningún caso, a un objetivo de los textos, sin observarse la clara intención de agotar el tema en aquellos enunciados. De hecho, se mantiene la postura anterior frente a ella en cuanto a su significado y alcances, pero se denota además como rasgo general del período, la poca rigurosidad en la utilización del término, que se observa en una tendencia a hacerla coincidir meramente con la desexualización de la pulsión. Pese a esto, la sublimación no ha perdido importancia para Freud, así lo expresa en su artículo *Psicoanálisis y teoría de la libido* (1923a),

El destino de pulsión más importante pareció ser la sublimación, en la que objeto y meta sufren cambio de vía, de suerte que la pulsión originariamente sexual halla su satisfacción en una operación que ya no es más sexual, sino que recibe una valoración social o ética superior. (p. 251)

En esta misma línea, la vuelve a rescatar en un texto más tardío, *El malestar en la cultura* (1930), donde la ubica como posibilidad para la dicha, ya que el aparato psíquico posee la facultad de cambiar las metas pulsionales con el fin de que no se produzca la denegación por parte del mundo externo, en consideración al siempre contexto adverso de la cultura para la satisfacción pulsional; postura que se constituye como herencia de lo ya esbozado en “La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna” (1908), cuyo eco dos décadas más tarde es categórico.

Una vez hecha esta aclaración, volvamos al espacio subjetivo, a un análisis en la nueva metapsicología, ya que hemos convocado al Yo y su trabajo en el proceso de sublimar las pulsiones.

Un nuevo escenario es proyectado para el abordaje de lo anímico tras *El yo y el ello* (1923b), si bien, ciertos conceptos como el del Superyó, ya se reconocen a partir de aproximaciones en escritos anteriores, como también el hecho de haber enunciado ya en el segundo período, que el conflicto radicaría entre el yo y las pulsiones sexuales. Sin embargo, frente a la segunda tónica, es el nuevo lugar que cobra la instancia del Yo como representante de la realidad y su operar para la consecución de satisfacción de la pulsión, lo que resulta de mayor interés para el estudio de la sublimación.

Freud (1930) nos dice que la satisfacción de las pulsiones es la tarea económica de nuestra vida. Sin embargo, esta satisfacción se ve obstaculizada por el ingreso del sujeto en la cultura, donde éste reinado del principio del placer se traducirá en una lucha del ser humano por alcanzar de algún modo la felicidad y mantenerla, por medio de dos caminos, la evitación del dolor y displacer, y el vivenciar intensos sentimientos de placer. Vemos

entonces, en la sublimación un posible entramamiento con esta segunda meta positiva de conseguir sensaciones intensas, que daría cuenta de que la pulsión firme en su empeño ha encontrado satisfacción, sin desconocer una realidad que impele al sufrimiento, a la renuncia. Es en este contexto, en el que el Yo y sus características permitirían un ejercicio de esta índole.

El análisis, entonces, recae en el conflicto intrasubjetivo que se juega en la interdependencia de las otras dos instancias con el Yo que hará de suerte de administrador, armonizando su particular posición ante lo exterior, su indefensión hacia el Superyó y su urgencia ante las demandas del Ello ⁴⁶. (Freud, 1923b).

Tengamos en cuenta que la sublimación, en su abordaje hasta ahora, responde en general, a la concepción hecha bajo la primera tópica, basada en un movimiento de desplazamiento entre consciente e inconsciente y con la base de un modelo mecanicista que se estimaba para el operar de las pulsiones, debiendo discernir cómo ella se instalará ahora en un sistema que no desconoce esta lógica, pero que le agrega nuevos matices complejizando tentativamente la comprensión sobre su ejecución. Precisamente, es acerca de esto último por lo que Freud se preguntará, remarcando el estrecho vínculo con el Yo.

No cabe duda de que ya en el período anterior, se acentuó el rol fundamental del yo para la sublimación, como un matiz con respecto al primer período; inferencias posibles de hacer a partir del hallazgo de un estado de narcisismo primario para el individuo. Sin embargo, lo expuesto en ese contexto, se constituye como anterior a la segunda tópica freudiana del aparato psíquico que separó a éste en Ello, Yo y Superyó. Pese a esta salvedad, tales hallazgos se fusionan con la nueva propuesta, pero tendrán que encontrar cabida dentro de la reciente configuración; es decir, como trabajará el Yo frente a las otras dos instancias (el Ello y el Superyó), a fin de conseguir un nuevo uso de la energía libidinal.

En consideración a lo anterior, lo primero que debemos tener en cuenta, es que la tradicional suposición de que el conflicto psíquico entre lo inconsciente y lo consciente daría lugar a la neurosis, deja paso al supuesto de que ésta se originaría a partir de un conflicto entre el Yo coherente y lo disociado de él. (Freud, 1923b). O dicho de otro modo, sería el conflicto entre el Yo y las otras dos instancias psíquicas, lo que gatillaría el problema.

Antes de proseguir, volveremos sobre algunas de las características de este Yo de la segunda tópica hechas en el marco teórico, que nos permitan luego vislumbrar su importancia para la labor de sublimar. El Yo se caracteriza por ser una organización coherente que a través de la percepción se alza como el testificante de la realidad para lo psíquico, atribuyéndosele también cierto acceso a la motilidad y la labor de la conciencia. Lo esencial es que en el Yo se representa la realidad para lo psíquico, de modo que éste velará constantemente por el cumplimiento de las exigencias que ésta demanda.

Si el Ello es lo que encontramos en el origen, el Yo es esencialmente una parte del

⁴⁶ Correspondientes a tres clases de angustia. Una exposición más detenida de las tres instancias, se encuentra en el marco teórico bajo el título "La segunda tópica".

Ello modificada por el influjo del mundo exterior, constituyéndose como ya decíamos, en el representante de la realidad para lo anímico, cuya aspiración es sustituir el principio del placer que reina en el Ello comandado por el mundo pulsional, por el principio de realidad. Frente a tal problemática, es que la labor propia del Yo es ejecutar las represiones, a fin de que las demandas pulsionales no sobrepasen las exigencias de la realidad. Se hace énfasis, eso sí, en que tales mociones pulsionales al estar expuestas al proceso represivo, no sólo quedan sustraídas de la conciencia sino que junto con eso, se impide su utilización en otros ámbitos. (Freud, 1923b)

Si consideramos la actividad sublimatoria como parte de estos otros ámbitos de actividad para la pulsión, nuevamente aparece un signo de lo ya establecido en el período anterior, en cuanto a la represión como un obstáculo para la sublimación. El Yo, en su calidad de represor, restringe el libre despliegue de la libido, por medio de las represiones, pero tampoco otorga una salida para ella sino que la mantiene atascada y presionando desde lo inconciente, invirtiéndose gran cantidad de energía para aquella labor. Pese a esto, el análisis en este tercer período, nos permitirá dar cuenta de otra importante faceta del Yo, que ya adelantábamos, puesto que en su calidad de agente de la realidad podría servir, a través de un proceso especial, para colaborar a que la pulsión inagotable en su empeño, encuentre gratificación en ésta.

Además, vimos que el Yo no sólo correspondería a la extensión del Ello modificada por la influencia de la realidad, sino que una parte suya se habría construido a través de la resignación de investiduras de objeto por identificación, tras el sepultamiento del Edipo, dando lugar a la figura del Superyó. Forma de construcción que hace a esta última instancia más próxima a lo inconciente; como heredero de los deseos del Ello, se encuentra más cercano a este último que al Yo. El Superyó vendría a ser así, la expresión de los impulsos más poderosos del Ello y de “los más importantes destinos de su libido”; por medio de su creación El Yo se apodera del Complejo de Edipo, pero simultáneamente con esto se somete a los designios del Ello, “Mientras que el yo es esencialmente representante del mundo exterior, de la realidad, el superyó se le enfrenta como abogado del mundo interior, del ello.” (Freud, 1923b, p. 37)

Haciendo una analogía en base a lo escrito, podríamos permitirnos hacer un alcance apresurado y visualizar que la sola alusión de la formación del Ideal como los más importantes destinos de la libido, nos trae a la memoria, el nombramiento de la sublimación como el más importante de los destinos de la pulsión sexual en el curso del desarrollo (Freud, 1923a); de esta forma, sin hacer un mayor análisis, podría considerarse el Superyó como una sublimación de la energía libidinal que ha encontrado un nuevo uso en la formación de rasgos de carácter, ya que “Lo que en la vida anímica individual ha pertenecido a lo más profundo, deviene, por la formación del ideal, lo más elevado del alma humana en el sentido de nuestra escala de valoración.” (Freud, 1923b, p. 38). Definición que incluso conlleva la valoración social que se ajusta también a la descripción de la sublimación.

Sin embargo, en este punto Freud nos muestra que el Superyó se ha engendrado a raíz de un proceso identificatorio (Freud, 1923b), a lo que se suma la idea de una desexualización de las tendencias incestuosas por vía de formaciones reactivas, las que conllevan la valoración social que pesquizamos en el primer período, que las asemeja a

la actividad sublimatoria, pero ya hemos tomado conocimiento de que ambos procesos son diversos.⁴⁷

Por otra parte, también debemos constatar que en este momento aparece una rectificación con respecto a uno de los tópicos del período anterior. Freud (1923b) establece que el narcisismo del Yo sería secundario, ya que

Al principio, toda libido está acumulada en el ello, en tanto el yo todavía se encuentra en proceso de formación o es endeble. El ello envía una parte de esta libido a inversiones eróticas de objeto, luego de lo cual el yo fortalecido procura apoderarse de esta libido de objeto e imponerse al ello como objeto de amor. (p. 47)

Por lo tanto, lo primero sería la carga objetal que luego se pasa a poner a disposición del Yo. Pero debemos hacer alcance a que esta posición del narcisismo secundario del Yo que aquí aparece, posteriormente es rectificada en su *Esquema del Psicoanálisis (1938)*⁴⁸ y la *32ª de las Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis (1933)*. De este modo, en el primero de estos textos, Freud señala que

Es difícil enunciar algo sobre el comportamiento de la libido dentro del ello y dentro del superyó. Todo cuanto sabemos de esto se refiere al yo, en el cual se almacena inicialmente todo el monto disponible de libido. Llamamos narcisismo primario absoluto a ese estado.” (p. 148)

Sin embargo, tal contradicción que es visible, nunca fue motivo de discusión por Freud, por lo tanto, se mantiene irresuelta o más bien, podemos conjeturar que su despreocupación en este sentido, refleja que se trata de una contradicción aparente⁴⁹, por lo que no nos detendremos a hipotetizar las implicaciones que podría tener para la sublimación esta segunda propuesta que desconoce un narcisismo primario.

Para terminar debemos hacer alusión a otra idea que se nos impone. En consideración al nexo que se estableció en el segundo período entre la actividad sublimatoria y la creación, se nos plantea la interrogante de si sería el Yo el que puede dar paso a la acción (a la creación), pues es él quien tiene a su haber el acceso a la motilidad, a la descarga en el mundo exterior; pensándolo de otro modo, sería el Yo quien conecta lo psíquico con una posibilidad de manifestación en lo real. Pero tengamos en cuenta, que este Yo trabaja con energías prestadas provenientes de las cargas del Ello (Freud, 1923b), por tanto, se nos impone una y otra vez, el hecho de que algo ha de tener que hacer este Yo con aquellas cargas para poder encontrar la energía que será utilizada en otros ámbitos.

⁴⁷ Sobre esto se volverá en el apartado correspondiente a la desexualización y sublimación.

⁴⁸ Publicado en 1940.

⁴⁹ En el apéndice B, agregado por la edición Amorrortu en *El yo y el ello (1923b)*, se ofrecen dos hipótesis con objeto de conciliar ambas posturas. La primera, alude a lo ambiguo de la analogía utilizada por Freud a través de la imagen de un “reservorio” de la libido, lo que admitiría una flexibilidad de interpretación, y la segunda, se refiere a la indiferenciación de un ello-yo en un estado inicial.

Desexualización y sublimación

Antes de proseguir con el análisis de la labor yoica y un acercamiento en torno al proceso de identificación, quisiéramos hacer notar el constante uso que realiza Freud durante este tiempo del término sublimación como sinónimo de desexualización, lo que se puede prestar para más de alguna confusión. Nos detenemos para hacer un alcance con sentido de protesta, ante un concepto que gozó en el período anterior de un sitio como destino singular de la pulsión y que ahora es utilizado sin garantizar un respeto frente a lo que ya se ha aseverado.

Específicamente, es en *El Yo y el Ello (1923b)*, donde está presente continuamente la homologación de la sublimación con una desexualización de la pulsión. Para que sea más nítido, lo ilustraremos a través de un par de fragmentos extraídos de este texto, pero debemos considerar que ésta es la tónica general en la que se mueve el escrito.

En primer término, encontramos una alusión a esto al hablar de la identificación como mecanismo ejecutado por el Yo para lograr que el Ello abandone los objetos, donde se señala que “La trasposición así cumplida de la libido de objeto en libido narcisista conlleva, manifiestamente, una resignación de las metas sexuales, una desexualización y, por tanto, una suerte de sublimación.” (Freud, 1923b, p. 32). También, se vuelve a hacer referencia en torno a una similitud entre desexualización y sublimación de la libido, en relación a la lucha del Ello contra la tensión que introducen las pulsiones; en tal contexto, se nos muestra que “(...) el yo le alivia al ello este trabajo de apoderamiento sublimando sectores de la libido para sí y para sus fines.” (p. 48). Pero nótese que de acuerdo a lo citado, al decirse “sublimando”, sólo se da cuenta de un repliegue de la investidura de objeto para que la libido vuelva sobre el Yo, pero no de un cambio del fin.

Nos detendremos un minuto, puesto que no podemos dejar pasar una idea que se extrae de esta última cita, pues se dan dos posibilidades para el Yo en el trabajo que está ejecutando; por una parte, que se desexualice libido para que él sea investido, o bien para que a través de esta desexualización se provea de libido para los fines a los que él se encamina. Estos fines para los que se prestará el Yo irán muchas veces a favor de que el Ello pueda encontrar una satisfacción en la realidad, para lo cual, una de sus labores propias en este sentido, estaría dada por la posibilidad de sublimar cierto monto de libido, siendo esta segunda especulación la que se alza con mayor sentido en el texto.

Pero volviendo a nuestras cavilaciones, vemos nítidamente que al hablar de una libido que “sublimándose” queda al servicio del Yo, sólo estamos hablando de una desexualización de la pulsión, de un abandono de sus fines sexuales y no necesariamente, de que esa libido haya encontrado una nueva meta, obviando una de las características fundamentales de la sublimación, que se entamaría con un movimiento de repliegue y otro de transformación.

Por lo tanto, debemos estar atentos en la lectura que hagamos de la sublimación durante este último período, a que la desexualización de la pulsión no es equivalente con la sublimación de la misma. Esto se apreció claramente en los períodos anteriores, ya que nos percatamos a través de diversos ejemplos que el sólo abandono del objeto sexual, no quiere decir que el monto de libido en juego ha sido sublimado. Lo esencial de

la sublimación ha de ser, como ya se ha venido configurando a lo largo de este trabajo, un abandono de los fines sexuales, pero además, estas mociones pulsionales han de encontrar un nuevo fin relacionado con logros en la cultura. Definición que se deja ver nuevamente en este período, cuando Freud (1933) define a la sublimación como “(...) cierta clase de modificación de la meta y cambio de vía del objeto⁵⁰ en la que interviene nuestra valoración social.” (p. 89)

Pensemos además, que en otras ocasiones también se realiza un abandono de los fines sexuales, por tanto, una desexualización, pero esto no quiere decir que efectivamente se hayan sublimado las pulsiones en cuestión. Un ejemplo de esto lo tenemos en la formación del Superyó; efectivamente, como ya lo vimos en la exposición de la segunda tópica, la identificación que allí acontece conlleva la resignación del objeto incestuoso y una desexualización. Pero entonces, volviendo sobre un punto que ya tocamos en el apartado pasado, ¿podría considerarse el Superyó como resultado de una sublimación? Interrogante ante la cual, en primer término, debemos considerar que nos movemos en planos diversos, uno que está dado por el objeto deseado que es resignado y otro por la identificación con aquel que prohíbe el acceso a este objeto. El superyó sería resultado de una identificación con lo que la figura paterna tiene por mandato paradójico “ser como...” y “no te es lícito ser...”, pero no podríamos considerarla una sublimación, puesto que no son las mociones ligadas al objeto las que están en juego en su conformación, no es la carga de objeto resignada lo que sirve a este fin.

Por otra parte, vemos que la paradoja en que el Superyó se inscribe, no sólo representa la elección de objeto del Ello, que ha sido resignada, sino que también está operando una enérgica formación reactiva contra aquellas mociones, debiendo el Yo escindir e instalar la prohibición hacia ese deseo incestuoso. La identificación por sí sola, no permitiría dar cuenta de este mandato cuando la severidad hacia el Yo se hace cada vez más cruel debiendo agregarse algo más⁵¹, pero menos aún tiene cabida la hipótesis de la sublimación en esta conformación, ya que tuerce el cálculo de la ganancia económica que significa la sublimación para la instancia del Yo, su fortalecimiento, ampliando su control en el conflicto de lo anímico y no irrumpiendo desde lo inconciente, como lo hace el Superyó. Además, la conciencia moral, como función de este último, que vigila y enjuicia las acciones y propósitos del Yo nos entrega otro aspecto a considerar, ya que su emergencia sería una consecuencia de la renuncia de lo pulsional, que una vez erigida sigue reclamando renunciaciones (Freud, 1930). A diferencia, en la sublimación no habría renuncia a la satisfacción por parte de la pulsión, sino que se posibilitaría una nueva meta para ésta.

En otro ámbito, también observamos otros casos de desexualización de la pulsión, como las pulsiones coartadas en su fin, a través de las cuales se posibilitarían los sentimientos de ternura hacia otros seres humanos, pero esto no necesariamente es una

⁵⁰ Esta noción de cambio de vía del objeto no es novedosa y uno puede inferir que se hace énfasis en lo ajeno del objeto, en la frágil soldadura con la pulsión, rescatándose más bien los recorridos que aseguren el alcance de un objeto que permita la satisfacción. Ya hicimos alusión a esto en el primer período.

⁵¹ Dado por la pulsión de muerte.

sublimación puesto que el fin no se ha mudado sino que sólo se ha inhibido, lo que nos habla más de una restricción o atemperamiento de la pulsión. Los sentimientos de unión entre los miembros de una masa igualmente se posibilitarían por la vía de estos fines sexuales inhibidos, idea que es analizada en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921). Apreciamos, de esta forma que las pulsiones sexuales coartadas en su fin, conservan algo de sus fines sexuales, podríamos señalar bastante más transparente de lo que se vería en las sublimadas. En cuanto a la distinción entre ambas, veamos otro alcance que Freud (1923a), nos hace sobre dicha clase de pulsiones,

Las pulsiones sociales pertenecen a una clase de mociones pulsionales que todavía no hace falta llamar “sublimadas”, aunque se aproximan a éstas. No han resignado sus metas directamente sexuales, pero resistencias internas le coartan su logro; se conforman con ciertas aproximaciones a la satisfacción, y por ello establecen lazos particularmente fijos y duraderos entre los seres humanos. (p. 253)

Redondeando, queremos destacar que pese al uso confuso del término en algunos momentos, especialmente en “El yo y el ello” (1923), otros textos del período nos muestran que se sigue considerando a la sublimación como una actividad que va más allá de la sola desexualización de la pulsión. Así, esta separación de la sublimación como una actividad distinta de la mera desexualización vuelve a quedar clara en un texto posterior, fuera del campo metapsicológico y dirigido a un análisis social, *El malestar en la cultura* (1930). En este escrito, al caracterizar a la evolución cultural como un proceso que impone cambios a la disposición pulsional del hombre, Freud (1930) nos muestra tres caminos por los cuales las pulsiones sexuales servirían a los fines culturales, donde algunas se expresan como rasgos de carácter, otras son frustradas y

Otras pulsiones son movidas a desplazar las condiciones de su satisfacción, a dirigirse por otros caminos, lo cual en la mayoría de los casos coincide con la sublimación (de las metas pulsionales) que nos es bien conocida, aunque en otros casos puede separarse de ella. La sublimación de las pulsiones es un rasgo particularmente destacado del desarrollo cultural (...) (p. 95)

Aunque se nos aparezca esta última corroboración en torno al verdadero alcance del significado de la sublimación, la falta de consistencia en la utilización del término, nos obliga a que debamos ir haciendo el alcance cuando se hable de la sublimación sólo en calidad de una desexualización de la pulsión.

Identificación y sublimación

La lectura de “El yo y el ello” (1923b), tienta a llevarnos por un camino en que se manifiesta una cercanía entre la identificación y la desexualización o incluso la sublimación de la libido. Esto nos lleva nuevamente a cuestionarnos y a profundizar en torno a un hecho que de algún modo ya habíamos descartado en el recorrido realizado durante el pasado período, donde el encadenamiento de la identificación con la elección de objeto narcisista, nos hizo alejarnos de cualquier especulación que ligara de algún modo ambos procesos. Es desde esta contingencia que debemos preguntarnos si la identificación cobrará ahora nuevos rasgos que permitirían que la sublimación se situase cercana a ella, aunque sin perder de vista, que en todo caso, la identificación sería un

mecanismo que podría asociarse a la desexualización de la libido, pero no constituye una vía hacia la sublimación.

Sin embargo, en consideración a esta interrogante, nos introduciremos brevemente en las características de la identificación, para luego perseguir el hilo que permitiría situarla con cercanía a la sublimación o a la desexualización.

En el texto *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), Freud dedica el capítulo VII a tratar en especial el tema de la identificación como un tipo de relación libidinal con el objeto. En esta ocasión, se refiere a ella como la forma más temprana de enlaza otra persona, estando a la base del complejo de Edipo. El niño comienza identificándose con su padre, quisiera ser como él, lo pone como su Ideal; interesante relación, pues vemos como esta primera identificación tendrá un papel preponderante en la formación del Ideal del yo y por extensión, en la consagración del Superyó.

Simultáneamente a esta relación con la figura paterna o algo más tarde, comienza a tomar a su madre como objeto de amor. Ambos enlaces afectivos coexisten durante cierto tiempo sin interferirse, hasta que finalmente confluyen: de esta confluencia nace el complejo de Edipo normal. (Freud, 1921). Como consecuencia, se produce una identificación con la figura paterna, la que se caracteriza por la ambivalencia, pues coexiste el cariño con la hostilidad. Como se ve, “se comporta como un retoño de la primera fase, *oral*, de la organización libidinal, en la que el objeto anhelado y apreciado se incorpora por devoración y así se aniquila como tal.” (Freud, 1921, p. 99)

Del análisis de tres situaciones distintas que reflejan modos en que se ha producido la identificación con los objetos, se llegan a establecer algunas características primordiales para la identificación (Freud, 1921): (1) La identificación es la forma primitiva de enlace afectivo a un objeto, diremos entonces, es anterior a la elección de objeto propiamente tal. (2) Siguiendo una dirección regresiva, se convierte en sustituto de un enlace libidinal a un objeto, el Yo introyecta el objeto permitiendo el desasimiento de la libido sobre ellos; este retraimiento de la libido tendrá serias consecuencias para el Yo. (3) Por último, la identificación puede surgir si hay algún rasgo en común con la otra persona que no es objeto de sus instintos sexuales. Cuanto más importante sea esta unión, más completa será la identificación parcial, y construir así el principio de un nuevo enlace.

También ahora, Freud (1921) distingue casos de introyección patológica del objeto paralelamente a aquella identificación que sería parte de la estructuración del Yo y del carácter como un proceso normal en el individuo. Estos ejemplos patológicos de introyección de objetos se darían en la homosexualidad y la melancolía.

En algunos tipos de homosexualidad (ideal), el sujeto ha introyectado a la madre. Se identificó con ella, lo que a su vez proviene del hecho de haber permanecido fijado durante mucho tiempo a ella y muy intensamente, desde el tiempo del Edipo. En la melancolía, por su parte hay una identificación con el objeto perdido; los auto-reproches del melancólico se dirigen en el fondo hacia el objeto perdido y representan la venganza que se toma el Yo contra él. Vemos aquí al Yo dividido en dos partes, una de las cuales ataca implacablemente a la otra; la parte atacante encierra la conciencia moral, instancia crítica que normalmente estaba ya antes del ataque melancólico, pero que por entonces

no era tan cruel. Dicha instancia es el Ideal del yo (heredero del primitivo narcisismo) que cumple las funciones de autoobservación, conciencia moral, censura, etc.

Pero en razón de nuestros fines, volvamos a lo que podríamos considerar la identificación más corriente. Vimos a ésta como uno de los tipos por medio de los cuales el Ello hace abandono de los objetos; lo llamativo es que Freud (1923b) postula que este mecanismo es frecuente en las primeras fases del desarrollo, donde el carácter del Yo se constituiría como un residuo de las cargas de objeto abandonadas, siendo quizás en esos momentos la condición para que el Ello abandone los objetos. Freud nos presenta una estrategia, en que el Yo se coloca como objeto de amor ante el Ello, el Yo se ofrece como objeto al Ello tomando sus rasgos, "Cuando el yo cobra los rasgos del objeto, por así decir se impone el mismo al ello como objeto de amor, busca repararle su pérdida diciéndole: "Mira, puedes amarme también a mí; soy tan parecido al objeto perdido". (Freud, 1923b, p. 32).

Una vez hecha esta exposición en torno a la identificación y considerando una posible relación entre la desexualización de la libido y la identificación con el objeto, debemos encarar algunas consideraciones que nos podrían llevar a una mirada en este sentido.

Ya vimos anteriormente, que la identificación se constituiría como un proceso asociado a una desexualización de la libido, un abandono de los fines sexuales, posibilitado por el yo que en su trabajo de identificación toma los rasgos del objeto, situación que constatamos se entamaría con una elección de objeto narcisista y la consiguiente investidura del Yo. Pero este trabajo yoico nos abre las puertas también para pensar en torno a que el Yo dispone de otros medios además de la identificación, para laborar con aquella libido que es quitada de los objetos. La pregunta en que se insiste, es en base a este postulado, es si todo proceso de desexualización o incluso de sublimación de la libido se haría por la vía de un trabajo realizado por la mediación del Yo.

Donde en *El yo y el Ello (1923b)* nos encontramos con la sugerente propuesta de que sería esta suerte de transformación de libido de objeto en libido narcisista el mecanismo general que permitiría la sublimación, donde siempre sería el Yo quien mediatizaría una nueva meta, proposición que Freud deja abierta y que nos obliga a hacer unas últimas especulaciones en torno a este tema, "¿No es este el camino universal hacia la sublimación? ¿No se cumplirá toda sublimación por mediación del yo, que primero muda la libido de objeto en libido narcisista, para después, acaso, ponerle {setzen} otra meta." (Freud, 1923b, p. 32)

Frente a este, desasimiento de la libido con respecto a sus objetos, se nos impone pensar que lo que ocurriría normalmente sería una resistencia a hacer abandono del objeto, o bien la libido rápidamente se desplazaría a uno nuevo. Pero nuevamente Freud (1930) nos abre un camino para un entendimiento, a través de un examen de la constitución psíquica del individuo, postulando que de alguna forma en el sujeto predominantemente erótico, la libido estaría destinada a la satisfacción objetal. Por su parte, el narcisista buscará la mayor parte de sus satisfacciones en procesos internos; y por último, el hombre de acción (compulsivo) intentará demostrar su fuerza en el mundo

exterior. Pero en un pequeño texto posterior titulado *Tipos libidinales (1931)* nos muestra que los tipos anteriormente mencionados prácticamente no se encuentran en forma pura, apareciendo la mezcla del segundo y tercero como la de mayor valor cultural, "(...) pues a la independencia externa y el respeto por los reclamos de la conciencia moral aúna la aptitud para el quehacer vigoroso, y refuerza al yo frente al superyó." (p. 21).

Ante lo expuesto, se nos aparece atrayente la idea de que este sujeto intermedio estaría en condiciones más favorables de abandonar la ligadura con los objetos a lo que se suma la fortaleza yoica y la conciencia de realidad, lo que permitiría la utilización del montante de libido libre en sublimación. Sin embargo, ésta última propuesta constituye sólo una presunción, que escapa a los límites de este trabajo y que requiere de un análisis mucho mayor para poder llegar a alguna conclusión en este sentido.

LA SUBLIMACIÓN PARA CON EL NUEVO DUALISMO DE LAS PULSIONES

En *Más allá del principio del placer (1920)*, se nos propone un nuevo registro para las pulsiones primordiales que reconoce a las pulsiones de vida y muerte, hallándose representada en una lógica panteísta de la naturaleza, por dos fuerzas Eros y Tanatos.

El interés mayor, es el ingreso de la pulsión de muerte, una pulsión destinada a convivir como ausencia en la existencia misma del sujeto y que hecha presencia fantasmática, apela a dar cuenta de lo más originario, de lo más "pulsional". Para estas especulaciones, Freud se apoya marcadamente en la biología, terreno que advirtió en escritos anteriores, tiene mucho que ver con la naturaleza de las pulsiones. Esta pulsión de muerte tendría expresión en el exterior por las tendencias destructivas, pero a la vez obra secretamente en el interior del sujeto, afirmándose de ella, que representaría la tendencia de un retorno a lo inanimado.

Por otro lado, la otra fuerza que permite la tensión en este esquema, está dada por las pulsiones de vida, de algún modo ya más conocida para nosotros, que se encuentra representada en las pulsiones sexuales. Su prioridad es ligar, y su fin último el de la reproducción. Freud (1923) señala que junto a las pulsiones de muerte que compelen a la repetición, estarían las pulsiones de vida (Eros) que se esforzarían en el sentido de la creación y del progreso. Por lo tanto, podríamos adelantarnos a que son estas pulsiones de vida las que admitirían a la sublimación.

Recordemos que estamos con una naturaleza distinta de las pulsiones, cuyo enunciado habla de una aspiración hacia un estado anterior, lo que de todos modos, no impide un pujar hacia "adelante". De ahí, que varias veces Freud nos advierte a no olvidar el rol de Eros frente al imperio de la pulsión de muerte. Así nos lo expresa en el final de su texto *El malestar en la cultura (1930)*,

Hoy los seres humanos han llevado tan adelante su dominio sobre las fuerzas de la naturaleza que con su auxilio les resultará fácil exterminarse unos a otros, hasta el último hombre. Ellos lo saben; de ahí buena parte de la inquietud contemporánea, de su infelicidad, de su talante angustiado. Y ahora cabe esperar que el otro de los dos "poderes celestiales", el Eros eterno, haga un esfuerzo

para afianzarse en la lucha contra su enemigo igualmente inmortal. (p. 140)

En el conflicto de estas dos fuerzas se atraen procesos, y la sublimación quedará bajo la expresión de las pulsiones de vida. Su esencia de cambio de meta, promete el afán de expansión de la libido, ligando, creando. Es decir, es en la fuerza del Eros que la sublimación cobra sentido, no sólo por la satisfacción de la descarga para el sujeto, sino también por la inmersión de éste en el destino de la cultura, la que se plasma como un proceso al servicio del Eros, que aspira a reunir a los individuos aislados, en última instancia a la humanidad toda, a lo múltiple en uno. De esta manera, vemos que la cultura aspira a una unidad amplia de redes ligadas a través de la libido para su sostén, donde además de la sola contención de las tendencias básicas del individuo, se hacen necesarias fuerzas que han sido asignadas al proceso de sublimación. Por el contrario, Freud (1930), llega a reconocer en la otra fuerza pulsional, la pulsión de muerte, toda raíz del estancamiento o destrucción cultural.

En este sentido, en la 32ª de las conferencias de 1933, Freud reconoce que “Por suerte, las pulsiones agresivas nunca están solas, sino siempre ligadas con las eróticas. Estas últimas tienen mucho para mitigar y prevenir en las condiciones de la cultura creada por el hombre.” (p. 103). Otorgándonos dos aspectos a considerar: En primer lugar, que la fuerza que sostiene el Eros, se alza como una energía cuyo rol no es menoscabado, en un ámbito donde la pulsión de muerte se erige como destino centrípeto. El otro aspecto del que nos debemos hacer cargo, es la forma en que actúan ambas pulsiones, que da cuenta de una relación indisoluble, que es la mezcla. Freud (1930) señala que ambas pulsiones prácticamente nunca aparecen aisladas entre sí, sino que ligadas en proporciones muy variables; cualidad del devenir de las dos fuerzas en cuestión, reflejado en un equilibrio precario, por ello un desequilibrio o regresión implica una desmezcla de los componentes permitiendo que el desbalance favorezca a la pulsión de muerte.

Pero antes de proseguir con el importante papel del Eros frente al impulso agresivo y un examen más detenido de la sublimación en medio de estas dos fuerzas, nos parece necesario hacer una breve mención en el siguiente apartado, sobre una hipótesis aparecida en “El yo y el ello” (1923b) acerca de una energía psíquica indiferente, que si bien no ha cobrado gran importancia para la teoría, se nos presta a interés dado el calificativo de sublimada que le otorga el autor.

La hipótesis de una energía psíquica indiferente

Freud muchas veces se mostró reacio a aceptar la idea de una energía psíquica sin una cualidad específica, hecho que se manifestó de forma transparente en sus disputas con Jung, frente a la propuesta de este último de considerar sólo un tipo de energía actuando en el aparato psíquico. A pesar de esto, desde escritos bastante tempranos aparece la posibilidad enunciada de que existiese una energía psíquica indiferente, actuando al interior del aparato, tema al que hicimos mención en el marco teórico, al hablar sobre las dos clases de energía psíquica. Lo interesante es que los meros indicios de ese tiempo, aparecen en este período en “El Yo y el Ello” (1923b), en calidad de una hipótesis que permitiría comprender ciertos fenómenos psíquicos. De este modo, Freud (1923b) al recorrer los caminos de ambivalencia hacia un objeto expresada en amor y odio a la vez,

agrega una interesante presunción al hablar de la trasmutación del amor en odio, ***Hemos interpolado un conmutador, como si en la vida anímica hubiera –ya sea en el yo o en el ello– una energía desplazable en sí indiferente, que pudiera agregarse a una moción erótica o destructiva cualitativamente diferenciada, y elevar su investidura total.***” (p. 45)

Con este supuesto, aventura que sea un remanente de libido narcisista y por tanto, Eros desexualizado. Nótese que la idea de un remanente o de un sobrante, nos trae nuevamente la idea de un exceso en el Yo, que nos permitiría situarnos en la noción de la estasis yoica de la que hablamos en algún minuto.

La única orientación de esta energía sería el principio del placer, “En esto es innegable cierta indiferencia en cuanto al camino en que acontezca la descarga, con tal que acontezca.” (Freud, 1923b, p. 45) De esta manera, esta energía estaría en condiciones de ponerse al servicio ya sea de un impulso erótico o destructor con la sola lógica de provocar las descargas y evitar los estancamientos. Es en esta particular capacidad de movilidad que Freud (1923b) hace un paralelo de ellas, con respecto al modo de operar de las pulsiones parciales, que

(...) se comunican por así decir unas con otras, que una pulsión que viene de una fuente erógena particular puede donar su intensidad para refuerzo de una pulsión parcial de otra fuente, que la satisfacción de una pulsión puede sustituir la de la otra. (p. 45)

Particularidades de las pulsiones parciales que las hicieron útiles a la labor de sublimación, y que podrían hacer pensar que la capacidad de desplazamiento con que cuenta esta energía, la haría factible de ponerse al servicio de cualquier fin y por lo tanto, ayudar en la consumación de un proceso como la sublimación. Además, su capacidad de plasticidad, reflejada en esta similitud con las pulsiones parciales, nos daría cuenta de que lo que esta en juego es energía erótica, donde también aboga para una consideración en este sentido el hecho de proponer que,

Si esta energía de desplazamiento es libido desexualizada, es lícito llamarla también sublimada, pues seguiría perseverando en el propósito principal del Eros, el de unir y ligar, en la medida en que sirve a la producción de aquella unicidad por la cual –o por la pugna hacia la cual– el yo se distingue (..)” (p. 46)

La sublimación al servicio de la pulsión de vida y la obra cultural

Para finalizar la exposición de lo que ha sido este último período, cabe una vez más preguntarnos al servicio de qué fuerza se ubica la sublimación, Eros o Tanatos; donde rápidamente la reconocemos en el despliegue de las pulsiones de vida, que han de ligar para conservar la vida, generando unidades más amplias. La cercanía del Eros con la creación nos permite situarla con más seguridad en este marco, que además, nuevamente nos llena de esperanzas para lo que un destino como la sublimación de la pulsión, implica para el género humano. Así, la sublimación posibilitará la descarga, en un terreno que es reconocido como estimable, ampliando a la instancia del Yo. Además, al presentar Freud la mezcla de la pulsión como otra arista del comportamiento pulsional, se debe considerar la capacidad de ligar y llegar a descarga en buen sitio como una labor de cabal importancia porque de lo contrario, todo desequilibrio favorecerá el resalto de la

pulsión de muerte.

Sin embargo, si en medio de una confusión conceptual como la que mencionamos recientemente entre desexualización y sublimación, colocamos a la sublimación solamente en calidad de desexualización de la libido, se haría de este proceso una ayuda a la labor de la pulsión de muerte. Vemos, de forma más o menos nítida, que al abandonar los fines sexuales, lo que está ocurriendo es una liberación de la tendencia a la muerte, que hasta ahora el componente libidinoso ha logrado tener dominada, dejándola la actividad de desexualización libre para su descarga.

El proceso de sublimación entonces, en una primera mirada estaría al servicio del Eros. Sin embargo, por una parte, se nos presenta el problema que implica el hecho de la coexistencia de las dos pulsiones actuando de forma mezclada; y por otra, se agrega la presencia de la sublimación considerada como desexualización de la energía sexual, en cuya calidad vimos recientemente, ésta dejaría libre al componente destructor adherido posibilitando su descarga, favoreciendo la intención del principio del nirvana. A fin de que quede más nítidamente descrito lo que estamos postulando, remitámonos a “El Yo y el Ello” de 1923,

Al apoderarse así de la libido de las inversiones de objeto, al arrogarse a la condición de único objeto de amor, desexualizando o sublimando la libido del ello, trabaja en contra de los propósitos del Eros, se pone al servicio de las mociones pulsionales enemigas. (p. 46)

El problema entonces, nuevamente surge en la homologación de los términos desexualizar y sublimar; claramente la desexualización actuaría en este sentido, pero la sublimación protege al Yo permitiendo la acción de ligar y no resiente su dominio; al contrario conquista a lo más primitivo, al Ello, en consonancia con la orientación de lo anímico, que es domeñar la excitación y ligar las mociones pulsionales.

Frente al modus operandi de la trabazón de las pulsiones, traemos a la luz otra figura en el ámbito de la creación, ésta vez a Dostoievski, cuya personalidad y naturaleza de sus obras, ilustran como se asocia el componente erótico sublimado con la destrucción. Él es ejemplo de quién dispone de agresión anudada a favor de una labor creativa, pudiendo al exteriorizarla, sofocarla en la plasmación de sus personajes, lo que se traduce en agresión hacia los lectores, tratando a éstos últimos como autores de las tramas urdidas por sus personajes. (Freud, 1928). Quién más que Dostoievski encarnado en el acto de Smerdiakov⁵², logra expresar en lo externo cierto sadismo o deseo, que de lo contrario se manifestaría en el interior como autocastigo.

En la labor creativa, en este caso consumando una sublimación, no sólo habría utilización del impulso erótico sino que la agresión también encuentra salida. Sin lugar a duda, en el proceso creativo, como ya lo vimos en otro momento, lo que está en juego es la transformación de la libido, que ahora representa la exteriorización de la fuerza del Eros, pero debemos tener en cuenta que “En cada exteriorización pulsional participa la libido, pero no toda ella es libido.” (Freud, 1930, p. 117). La pulsión de muerte también se manifiesta.

⁵² Smerdiakov, uno de los personajes de la obra de los Hermanos Karamazov, que ejecuta el acto esperado por todos, el asesinato del padre. Vale agregar el padecimiento de epilepsia de este protagonista, al igual que su creador.

Por otra parte, vemos que el ejercicio del Yo al desexualizar, acarrearía la desmezcla de pulsiones, dejando en libertad a la pulsión de agresión dentro del Superyó, el que hará de agente reduciendo al Yo al padecer, hecho que en ciertas patologías se expresa con toda crueldad hacia el Yo. He aquí precisamente el peligro que acarrea un proceso de esta índole, pues en un movimiento de repliegue no sólo la carga erótica pasaría por el Yo, sino que también la fuerza destructora se vuelve hacia él, incluso con posibilidad de aniquilarlo. Aquí la sublimación de la energía cobra especial importancia, ya que como vimos en Dostoievski, acarrearía también a la destrucción a una descarga, pero si el proceso no se ejecutase las consecuencias para el Yo podrían ser devastadoras. Quizás, es la síntesis y calidad de los componentes eróticos y su descarga, los que permiten acarrear una mayor cantidad de energía destructiva, conducirla junto con el proceso de cambio de meta y hacer que esa descarga destructiva se someta a una salida sincronizada por lo erótico.

Para sellar, este análisis de la sublimación como un proceso que se entrama con el Eros, introduzcámonos en la ligazón de este último con la obra cultural. Ya sostuvimos que la cultura sería un proceso al servicio del Eros, que apela a reunir a los individuos. Sin embargo, paradójicamente esta cultura demanda renuncia a la satisfacción pulsional para su sostén, es aquí donde la sublimación se levanta en una interesante relación con la cultura, que ya la pesquisábamos desde los inicios de este trabajo. “El programa que nos impone el principio del placer, el de ser felices, es irrealizable (...)” (Freud, 1930, p. 83), no se puede lograr una satisfacción completa fácilmente en los límites del escenario cultural, pero sin renunciar, habremos de trabajar hacia su cumplimiento.

En este contexto, para encaminar la sublimación en el logro cultural, veamos primeramente, que es lo que Freud (1930) nos refiere con respecto a la cultura.

La palabra “cultura” designa toda la suma de las operaciones y normas que distancian nuestra vida de los antepasados animales, y que sirven a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres. (Freud, 1930, p. 88).

Frente a esto se reconocen como culturales todas aquellas actividades útiles al ser humano que colaborarían con una conquista de la naturaleza, controlándola y poniéndola a su servicio. Pero además, se reconoce como cultural a lo inútil a estos fines, donde nos encontramos con la belleza, a la que también se asocia la limpieza y el orden. Por último, tampoco se pueden dejar fuera lo que todos asumimos como cultural, aquellas actividades psíquicas superiores, donde se nos aparecen, las tareas intelectuales, científicas y artísticas, las realizaciones supremas del ser humano (Freud, 1930).

Por lo tanto, en el ser humano inserto en la trama cultural, podemos dilucidar que sus actividades estarán orientadas a dos fines: la ganancia de placer y la utilidad. Hecho que es transparentemente visible en el caso de la ciencia y el arte, lo que nos permite situarlas netamente como producto de la sublimación, ya que se ajustan a las características del proceso, la posibilidad de encontrar satisfacción sin desconocer su obligación para con la obra cultural. La sublimación constituye una vía que permite que la pulsión encuentre gratificación en medio de una cultura que solicita renunciaciones y que, por lo tanto, convoca el sufrimiento. Ante esto, una transformación de la meta que permita que la pulsión acceda a la satisfacción en el mundo exterior, como lo haría la sublimación,

corresponden a “Satisfacciones como la alegría del artista en el acto de crear, de corporizar los productos de su fantasía, o como las que procura al investigador la solución de problemas y el conocimiento de la verdad (...)” (Freud, 1930, p. 79)

Pero nuevamente, y al igual que en los inicios se nos muestra que este método es asequible sólo a unos pocos poseedores de una disposición particular y también de dotes especiales. Sin embargo, cuando no se poseen aquellas dotes o no hay una tendencia directa que oriente los intereses hacia una actividad como la ciencia o el arte, Freud (1930) otorga la posibilidad de que la actividad profesional nos brinde una satisfacción de este tipo. Pero para estos efectos, debe ser un trabajo que no disminuya al sujeto, que no lo coarte en su expansión, un trabajo “elegido libremente” y que por lo tanto, en su ejecución se alcance una satisfacción, “(...) o sea, cuando permite volver utilizables mediante sublimación inclinaciones existentes, mociones pulsionales proseguidas o reforzadas constitucionalmente.” (Freud, 1930, p. 80). De esta forma, la fuerza puesta en el trabajo podría considerarse una sublimación de mociones pulsionales, pero sólo en el caso que concuerde con el fin al que ella se ajusta, la expansión del individuo.

Además, ahora Freud (1930), en los finales de su aproximación a la sublimación, vuelve a denotar que habría una cualidad particular para el proceso en juego, la que obviamente a esta altura no podemos desconocer, pero aún transcurrido el tiempo vuelve a aparecer la promesa de antaño, en torno a que se trata de una manifestación que espera algún día poder caracterizar metapsicológicamente. De esta forma, se nos continúa apareciendo una sublimación más que nada sustentada en su carácter valorativo, que se demuestra en el papel cabal que tendrá en el desarrollo y la vida cultural;

La sublimación de las pulsiones es un rasgo destacado del desarrollo cultural; posibilita que actividades psíquicas superiores –científicas, artísticas, ideológicas– desempeñen un papel tan sustantivo en la vida cultural. Si uno cede a la primera impresión, está tentado de decir que la sublimación, es en general, un destino de pulsión forzosamente impuesto por la cultura. Pero será mejor meditarlo más. (p. 96).

V. CONCLUSIÓN Y DISCUSIONES

A lo largo de esta investigación hemos querido dar cuenta del alcance del concepto de sublimación en la obra de Sigmund Freud. Es importante notar que, debido a la dispersión del concepto, un estudio de ella dentro del trabajo del autor, surge como una especie de puzzle que hay que armar, recogiendo las piezas que van quedando en distintos lugares.

La sublimación se extiende a lo largo de la obra apareciendo en diversos momentos frente a distintas necesidades, especialmente para dar cuenta de actividades del hombre que se enmarcan dentro del logro cultural, como la creación artística y la investigación científica. Donde encontramos alusiones a ella desde 1897 hasta los finales de la exposición en el “Esquema del Psicoanálisis” (1938). Sin embargo, no se observa una sistematización en torno a la sublimación en ningún momento concreto, siendo una carencia que constantemente se hace presente y que obliga a que Freud en distintos momentos aluda a que espera poder algún día dar cuenta del proceso psicológico en juego o, en ocasiones apelar a que otras ciencias como la biología, a través de un mayor estudio de lo pulsional, permitan una mayor comprensión de lo que la teoría aún no puede dar cuenta.

Más allá de esto y pese a la dispersión de Freud para trabajarla, es notable que el concepto se instala en forma parsimoniosa dentro de la obra. Donde al comienzo, en el período (1895-1909), sólo se intenta definirla y describirla posponiendo una explicación del mecanismo por el cual ésta opera, intento en este último sentido, que se nos aparece como más productivo en el segundo período (1910-1919) y desde el cual podemos sacar

más elementos a la luz para pensar cómo acontece. Sin embargo, durante el tercer período (1920-1938), la nueva conformación para el aparato psíquico y el nuevo dualismo pulsional que obligan a instalarla aquí, constituyen un tiempo difícil para la explicación de la sublimación, apreciándose un momento de letargo para un camino de esclarecimiento que se auguraba exitoso.

Terminada esta revisión que nos llevó a introducirnos en la obra de este autor, con la ventaja de poder mirar libremente sus propuestas, sin otros velos que tiñan nuestro mirar y pensamiento más que las propias limitantes personales, fuera del sólo concluir o cerrar capítulos en torno a la sublimación, abrimos muchas interrogantes; un abanico frente a un fenómeno que dada su carencia de un estudio profundo anterior, se abarcó en totalidad, sin la riqueza que probablemente permitirá abocarse en específico a uno de los temas que aquí surgen y donde la inacabable lectura de la obra de Freud permitirá llegar a un siempre más feliz desenlace. Al igual, como otras posturas en el Psicoanálisis posiblemente, también tendrán mucho que aportar en alguna de estas cuestiones abiertas y posibilitar de este modo, un camino hacia esta metapsicología que no se deja fácilmente aparecer.

Por lo tanto, a través de estas últimas líneas intentaremos dar cuenta de lo que se nos aparece como más nítido frente al proceso de la sublimación, lo que definitivamente se nos aleja de ella y aquellas conjeturas que quedan abiertas y que invitan a todo quien se interese en la Teoría Psicoanalítica, a dar una tentativa de respuesta para aquello que constituye una falencia teórica hasta la actualidad.

El concepto de sublimación se instala en la teoría, en un momento favorable, ya que los nuevos hallazgos acerca de la sexualidad se traducen en extensión y comprensión de la misma. Es en esta extensión del campo sexual, donde reconocemos la inserción de la sublimación, que viene a servir de enclave en el terreno recién conquistado; la sublimación se inserta en la teoría a modo de promesa para la consagración del Psicoanálisis, ya que permitiría mostrar cómo inclusive manifestaciones distantes a la esfera sexual encuentran también en la sexualidad un origen. Se incorpora de esta manera, a la nomenclatura de la teoría, un término que no es patrimonio exclusivo del Psicoanálisis y que debiera permitir la comprensión de la sexualidad en ámbitos más vastos que el de situar a esta última en la reproducción.

Hemos podido observar como el concepto se adapta a medida que se incrementan los hallazgos, pero es interesante que siempre conserva un mínimo común, su definición, su sentido descriptivo, una esencia que se mantiene inalterable y que además, es lo que encontramos más transparentemente expuesto por parte de Freud. Podemos decir, de este modo, que la sublimación para la teoría psicoanalítica freudiana, corresponde a un cambio de meta de la pulsión sexual hacia un fin no sexual, distante de este último; cambio de meta que no sólo corresponde a un desvío, sino que hay una transformación de la pulsión que permite su expresión sin reparos. La pulsión, de esta forma encuentra satisfacción en una actividad valorada socialmente y que estará relacionada con los logros de la cultura, poniéndose por lo tanto, como eje de la labor cultural.

En relación a esta definición se nos impuso por una parte, preguntarnos qué es lo que se sublima, de dónde proviene aquella energía que estará en condiciones de servir a

otros usos. Ante lo cual, seremos categóricos en señalar en primer término, y aunque parezca obvio, que lo que se sublima es la sexualidad, traducida en la convención que representan las pulsiones sexuales. Debemos hacer este alcance para efecto del análisis del primer período, ya que aquellas mociones que corresponden al plano de la autoconservación no serían sublimables, hallándose arraigado esto en la definición misma de la sublimación. Es la pulsión sexual que facultada de una enorme capacidad de desplazamiento, se encontraría en condiciones de mudar su fin por otro más acorde a las exigencias culturales.

Pero además, debemos tener en claro que aquella sexualidad que se sublima, corresponde a mociones pulsionales que no han encontrado cabida dentro de la genitalidad. Lectura que nos permite proponer que las que se encuentran en condición de sublimables son las pulsiones parciales de la sexualidad, las mociones perversas que en su calidad de inútiles, o más bien de infractoras, dado el desarrollo del individuo no encuentran cabida para su satisfacción, posibilitándoseles una salida en la cultura. En cuanto a su naturaleza, Freud siempre destacó a las pulsiones parciales como favorables a los fines de la sublimación, señalando como sus desplazamientos, su capacidad de trocarse unas por otras, su incierto destino, y el que no todas fueran aprovechables para someterse a la genitalidad, como por ejemplo, las mociones coprófilas o ciertos rasgos sádicos, llevaría a que se concertaran para otros usos.

Por tanto, la naturaleza de ellas y su comportamiento junto a su expresión anárquica desde un cuerpo potencialmente erótico, llevan a Freud a sostener que cualquier moción perversa es sublimable, siempre que esté libre de represión, dato que se agrega en el segundo período, junto a la idea de que esta fuerza es drenada de forma conciente, afín al principio de realidad.

Con la incorporación de la idea del narcisismo en el segundo período, y la distinción entre una libido del yo y una libido objetal, Freud ahora sostendrá que aquellas mociones que se subliman son las que se enmarcan en el campo de la libido de objeto, ya que la libido que ha investido al yo no se encuentra libre para ser sublimada. Esto se reflejará en la distinción de dos procesos, la idealización y la sublimación, donde siendo la primera algo que ocurre con el objeto, es posible tanto en el ámbito de la libido yoica como de la libido de objeto, pero la segunda, es sólo posible para un monto de libido objetal.

Frente a este mismo tema, de aquello que se prestaría para la actividad sublimatoria, lo que nos viene a sumar el análisis del tercer período es que la expresión del Eros, o sea la libido, lleva consigo también tendencia destructiva, pudiéndose por tanto a través de la sublimación otorgar una salida al impulso destructor.

Gran parte de los hallazgos invariables en cuanto a la sublimación, tuvieron lugar cuando se sentaban los pilares del Psicoanálisis en la dialéctica sexualidad-represión, a partir de ahí, ya en ese tiempo se nos impuso cuestionarnos si ante las exigencias de la cultura, era dable visualizar un horizonte más allá de la represión en el aparato psíquico. Mas, lo interesante de este cuestionamiento es que necesariamente fue él quien nos convocó a una reflexión para el operar de la sublimación, su mecanismo, su ejecución, puesto que la descripción del fenómeno nos daba cuenta de que ella tenía un alcance mayor que el otorgado por el trabajo represivo. De ahí que todo esfuerzo debía

encaminarse en esta búsqueda, dado que es lo que aparece como más oscuro frente a ella.

En tal contexto, lo primero que nos prometimos dilucidar fue la relación entre sublimación y represión; en este sentido, los aportes del primer período no fueron alentadores, apareciéndose la idea de una imposibilidad de despliegue de la pulsión dentro de los límites del escenario cultural. El pesimismo de Freud frente a esto, da cuenta de una imposibilidad de satisfacción para la pulsión en una cultura que restringe toda manifestación de ella. En tal ámbito, se hizo prácticamente imposible diferenciar la sublimación de un síntoma o del proceso de la represión, surgiendo el producto sublimado como un retorno de lo reprimido, con la característica de su valoración social. Sólo algunas intuiciones nos permitieron señalar a la sublimación como diferente de la formación reactiva, pero sin que el propio Freud fuera preciso en este punto. La represión se impone y su vasto accionar cobija a la sublimación de forma paradójica, porque a la vez no la interpreta, y la sublimación hallará salida como un hiperrendimiento compensador, de suerte administrado por una represión más laxa, como una forma de vivir mejor en la cultura.

Es esta misma sensación la que nos queda tras haber indagado algunos escritos clínicos, que hacen referencia a la sublimación. En el trato del concepto se pierde toda distinción respecto de la represión, apareciendo muchas veces lo que se refiere como sublimado más bien como un síntoma del analizado. Ante esto, no nos quedaría más que reconocer cierto relajamiento de la aplicación del término en la clínica o apostar a que sólo un conocimiento de las condiciones y del movimiento a través del que se da el producto, podrían llevar a una intelección de si efectivamente lo que se produjo fue una sublimación. Pero como en los casos clínicos analizados el énfasis no está puesto en esto, es difícil a través de ellos hacerse una idea de la sublimación.

Fue el segundo período el que nos permitió más explicaciones, más aún, Freud se mostró enfático en sostener a la actividad sublimatoria como distinta de la represión, e incluso a esta última como un obstáculo para la sublimación, la presencia de una niega la emergencia de la otra, pero sólo si esto coincidiese sobre una misma moción pulsional, lo que muestra su posibilidad de convivencia frente a distintas tendencias.

El viraje que se produce en el tratamiento de la sublimación es producto del logro que acarrea la introducción del narcisismo en la teoría. Es tiempo de que la sublimación de vele su explicación a través del engranaje metapsicológico (dinámico, tópico, económico), lugar del que se podría generar un conocimiento acabado. Así, como primer paso se le asigna una delimitación, apareciendo la sublimación como un destino con eficacia propia, que permite rastrear una ganancia en lo subjetivo.

Para ello, el narcisismo aporta un modelo explicativo en base al postulado de libido yoica y libido de objeto; resulta así que visualizamos ante la resignación de la investidura de objeto un trabajo por parte del yo que podría encaminar esas mociones hacia otro uso. En este punto, sería legítimo asignar la utilidad de la hipótesis de un tipo de apuntalamiento en pulsiones no sexuales, que ya se nos había esbozado en los Tres Ensayos con las vías de acción recíproca, pudiéndose pensar en el caso de Leonardo y la relación que guardaría la nueva meta con la meta originaria.

Además, frente a esta relación entre represión y sublimación queda en evidencia el importantísimo papel del yo, que tomará aún más fuerza en el tercer período. Es el yo que en conocimiento de la realidad debe arreglárselas para dar un espacio a aquello que pese a todo sigue empujando por satisfacción. Nos encontramos entonces, frente a un yo que no desconoce la realidad y donde se nos aparece la figura del Ideal del yo que frente a la imposibilidad de satisfacción ilimitada de la infancia se comporta como posibilidad de satisfacción narcisista, pudiéndose encontrar otra arista para una gratificación al sublimar.

Con estos progresos señalados, anticipamos un nuevo y último período que permite nuevas lecturas con la sublimación, es un período en que se renueva el dualismo pulsional, con las pulsiones de vida y muerte e ingresan instancias psíquicas (Superyó, Yo, Ello) que viene a complejizar la metapsicología.

En este momento, se rescata a la instancia del Yo como sublimante, puesto que es él quien dispone de la noción de realidad y que en conocimiento de ella desplegará sus estrategias con el fin de armonizar las demandas de lo pulsional. Así, el Yo dispondrá de fuerzas, gracias a la libido de objeto resignada, instalándose como mediador de cualquier proceso psíquico, donde la sublimación no quedará excluida. Será el Yo quien debe hacer algo con las mociones del Ello, a fin de conseguir un nuevo uso de la energía, la satisfacción de la pulsión en la consecución de un producto que sirve a la cultura.

De este último período, se recogen también los hallazgos para la sublimación frente al nuevo dualismo de las pulsiones, donde hallamos que la sublimación se dispone para el servicio de Eros. Así lo refleja todo el proyecto civilizador que aspira a sostenerse integrando y sintetizando diversos elementos, para el cual, la sublimación ha otorgado una enorme contribución, pues hemos de esperar algo más grande para la fuerza de un impulso que no ha sido coartado, donde se sitúan el arte y la ciencia como expresiones colosales de la humanidad.

Para finalizar los hallazgos en torno a la sublimación en este tercer período debemos consignar que ésta no es equivalente de desexualización. La sublimación implica que la fuerza de la pulsión se encaminará por nuevos fines y no simplemente un desvío respecto del objeto. De ahí que en el segundo período, la sublimación se nos aparezca cercana a la creación o que en general se la asocie con un producto que se expresa en la realidad, un producto a la altura de la fuerza pulsional, que ha encontrado una satisfacción casi intacta a través de él. En la sublimación algo acontece en la propia pulsión, que se ve modificada por la influencia de la realidad. De esta manera, el Yo ha obrado en un plano conciente, de modo tal que ha cancelado las demandas, se ha gratificado, y a la vez su trabajo para con la pulsión se ha transformado en un beneficio para la obra cultural.

Una vez hecha una síntesis de los hallazgos visualizados a lo largo de los tres períodos propuestos, no podemos dejar de lado a la hora de un término, algunas consideraciones que convocan a una mayor reflexión.

Quiénes se encuentran en mayores condiciones de sublimar es un pregunta que queda abierta, puesto que no nos propusimos como objetivo dar cuenta de esto, sino que es una interrogante que surge en el transcurso frente a la constante sugerencia de que habría una disposición para ello, junto a la presencia de dotes especiales en el individuo.

Freud será enfático en señalar que no todos poseemos igual posibilidad de sublimar, de aquel arte de sublimar las pulsiones, sino que esto se asocia a una “disposición especial” dada en parte por la historia de vida, pero también por una cualidad desde lo biológico, la que en momentos se califica como la más relevante.

En cuanto a una disposición en juego, podríamos mencionar por ejemplo, la intensidad de las pulsiones, algunas fijaciones y la calidad de la estructuración del Yo, donde Freud nos habla de una mezcla en la personalidad de un sublimador entre capacidad de rendimiento, perversión y neurosis, una mixtura en el carácter que veíamos en el caso de Leonardo y donde la personalidad del artista se alza como el misterio que al develarse, también nos mostrará más nítidamente a la sublimación. Además, se nos abre un camino al mencionarse a los homosexuales como portadores de la cualidad de sublimar las pulsiones; en este sentido, la relación entre narcisismo y homosexualidad nos puede dar algunas pistas. Pero cada una de estas proposiciones requiere de un penetrante estudio y esperamos que un mayor acercamiento hacia quien está más proclive a sublimar, permita por consecuencia determinar con mayor exactitud las características del proceso sublimatorio.

Otro eje a considerar y que es digno de una mayor profundización, es el lugar que la sublimación cobrará en la terapia analítica. La sublimación, como vimos, se considera uno de los destinos más importantes de la fuerza sexual y su ligazón con el principio de realidad y la expansión del Yo, la encaminan a que sea de forma explícita uno de los logros de la terapia, pues daría cuenta de un triunfo de lo consciente sobre lo inconsciente, donde el Yo se ha dado a la labor de otorgar una manifestación para aquello que se ha mantenido reprimido. Sin embargo, su peculiaridad como fenómeno y las posibilidades para sublimar de acuerdo a la disposición del sujeto, no permitirían situarla como una directriz del trabajo terapéutico, aunque si constituiría un criterio de restitución del Yo o de avance en la terapia.

Para terminar, tampoco quisiésemos dejar fuera una última inquietud que nos sobreviene en los finales de este pensar en torno a la sublimación. Curiosamente, al inicio de nuestro trabajo nos propusimos dar cuenta de por qué Freud no vacila en mantener el concepto de sublimación pese a las dificultades con que se topa, y por lo tanto, cuál sería su importancia para el Psicoanálisis.

Lo cierto, es que la sublimación como fenómeno se impone, no podemos negar su existencia porque numerosos signos dan cuenta de ella, pero la teoría no consigue explicarlo en su totalidad, encontrándose más bien aproximaciones e intentos pese a un empeño largo y continuado. Nos surge por tanto la duda, de si efectivamente es suficiente la teoría psicoanalítica de la pulsión para dar cuenta de la magnitud del fenómeno cultural, o de lo más elevado en el ser humano, dado que es ahí donde se inscribe la sublimación. El vacilar de Freud en torno a la explicación de ella que observamos incluso hasta el final, es un signo de que la sublimación no ha encontrado un asentamiento en la teoría y que el intento de dar cuenta de ciertos fenómenos a partir de la pulsión aún no encuentra cabida por completo. Pero sin lugar a duda, cualquier alcance en este sentido requiere de un análisis mucho más profundo, pero es un cuestionamiento que no podemos dejar pasar en la medida que se hace presente.

VI. BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía de Sigmund Freud ⁵³ :

- (1897/1997) Carta N° 61. En S. Freud, *Los orígenes del psicoanálisis*. Obras Completas V. 9. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (1896/1986) *Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa*. Obras Completas V. III (2ª ed.) Bs. Aires: Amorrortu.
- (1901/1986) *Psicopatología de la vida cotidiana*. Obras Completas V. VI (2ª ed) Bs. Aires: Amorrortu.
- (1905a/1978) *Fragmento de análisis de un caso de histeria*. Obras Completas V. VII. Bs. Aires: Amorrortu.
- (1905b/1978) *Tres ensayos de teoría sexual*. Obras Completas V. VII. Bs. Aires: Amorrortu.
- (1905c/1986) *El chiste y su relación con lo inconciente*. Obras Completas V. VIII (2ª ed). Bs. Aires: Amorrortu.

⁵³

El primer año del paréntesis corresponde al del escrito original, el segundo al de la edición utilizada.

- (1907/1986) *El creador literario y el fantaseo*. Obras Completas V. IX (2ª ed.) Bs. Aires: Amorrortu.
- (1908a/1986) *Carácter y el erotismo anal*. Obras Completas V. IX (2ª ed.) Bs. Aires: Amorrortu.
- (1908b/1986) *La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna*. Obras Completas V. IX (2ª ed.) Bs. Aires: Amorrortu.
- (1909a/1986) *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*. Obras Completas V. X (2ª ed.) Bs. Aires: Amorrortu.
- (1909b/1986) *Cinco conferencias sobre psicoanálisis*. Obras Completas V. XI (2ª ed.) Bs. Aires: Amorrortu.
- (1909c/1997) *Psicoanálisis. Cinco conferencias pronunciadas en la Clark University*. Obras Completas V. 5. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (1910a/1986) *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*. Obras Completas V. XI. (2ª ed.) Bs. Aires: Amorrortu.
- (1910b/1986) *La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis*. Obras Completas V. XI (2ª ed.) Bs. Aires: Amorrortu.
- (1911/1986) *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*. Obras Completas V. XII (2ª ed.). Bs. Aires: Amorrortu.
- (1912a/1986) *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico*. Obras Completas V. XII (2ª ed.). Bs. Aires: Amorrortu.
- (1912b/1986) *Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa*. Obras Completas V. XII (2ª ed.). Bs. Aires: Amorrortu.
- (1913/1986) *El interés por el psicoanálisis*. Obras Completas V. XIII (2ª ed.). Bs. Aires: Amorrortu.
- (1914/1984) *Introducción del narcisismo*. Obras Completas V. XIV (2ª ed.). Bs. Aires: Amorrortu.
- (1915a/1984) *Pulsiones y destinos de pulsión*. Obras Completas V. XIV (2ª ed.). Bs. Aires: Amorrortu.
- (1915b/1984) *La represión*. Obras Completas V. XIV (2ª ed.). Bs. Aires: Amorrortu.
- (1917/1984) *Duelo y melancolía*. Obras Completas V. XIV (2ª ed.). Bs. Aires: Amorrortu.
- (1916-17/1984) *Conferencias de introducción al psicoanálisis (Parte III)*. Obras Completas V. XVI (2ª ed.) Bs. Aires: Amorrortu.
- (1919/1986) *Pegan a un niño*. Obras Completas V. XVII (2ª ed.) Bs. Aires: Amorrortu.
- (1920/1984) *Más allá del principio del placer*. Obras Completas V. XVIII (2ª ed.) Bs. Aires: Amorrortu.
- (1921/1984) *Psicología de las masas y análisis del yo*. Obras Completas V. XVIII (2ª ed.) Bs. Aires: Amorrortu.
- (1923a/1984) *Dos artículos de enciclopedia: "Psicoanálisis" y "teoría de la libido"*. Obras Completas V. XVIII (2ª ed.) Bs. Aires: Amorrortu.
- (1923b/1984) *El yo y el ello*. Obras Completas V. XIX (2ª ed.) Bs. Aires: Amorrortu.
- (1923c/2001) *El yo y el ello*. Obras Completas V. 7 (2ª ed.). Madrid: Biblioteca Nueva.

-
- (1926/1986) *Inhibición, síntoma y angustia*. Obras Completas V. XX (2ª ed.) Bs Aires: Amorrortu.
- (1928/1986) *Dostoievski y el parricidio*. Obras Completas V. XXI (2ª ed.) Bs Aires: Amorrortu.
- (1930/1986) *El malestar en la cultura*. Obras Completas V. XXI (2ª ed.) Bs Aires: Amorrortu.
- (1931/1986) *Tipos libidinales*. Obras Completas V. XXI (2ª ed.) Bs Aires: Amorrortu.
- (1933/1986) *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*. Obras Completas V. XXII (2ª ed.) Bs. Aires: Amorrortu.
- (1937/1986) *Análisis terminable e interminable*. Obras Completas V. XXIII (2ª ed.) Bs. Aires: Amorrortu.
- (1938/1986) *Esquema del psicoanálisis*. Obras Completas V. XXIII (2ª ed) Bs. Aires: Amorrortu.

Bibliografía de otros autores:

- Bercherie, P. (1988) *Génesis de los conceptos freudianos*. Bs. Aires: Paidós.
- Fractman, A., Hornstein, L., Moguillansky, C. (2000) Ecos de la mesa redonda sobre sublimación [versión electrónica]. *Psicoanálisis APdeBA*, 3, 591-603.
- Fenichel, O. (1945) *Teoría psicoanalítica de la neurosis*. Bs. Aires: Nova.
- Gerber, D. (2001, dic.) Creación y sublimación. *Acheronta*, 14. Extraído de <http://www.acheronta.org/acheronta14/creacion.htm>
- Hartmann, H. (1955) Notas sobre la teoría de la sublimación. En H. Hartmann, *Ensayos sobre la psicología del yo*. México: Fondo de cultura económica.
- Laplanche J., Pontalis, J. (1971) *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Labor.
- Laplanche, J. (1973) *Vida y muerte en psicoanálisis*. Bs. Aires: Amorrortu.
- Laplanche J. (2002) *La sublimación. Problemáticas III*. Bs. Aires: Amorrortu.
- Matte Blanco, I. (1955) *Estudios de Psicología dinámica*. Santiago: Universidad de Chile.
- Reich, W. (1955/1997) *La función del orgasmo*. Barcelona: Paidós.
- Treurniet, N. (1991) Introducción a "Introducción al Narcisismo". En J. Sandler (comp.), *Estudio sobre "Introducción al Narcisismo" de Sigmund Freud*. Madrid: Julián Yébenes.